

ZAPATITOS MOJADOS



Antonio Sánchez Cozar



ZAPATITOS MOJADOS



Antonio Sánchez Cozar



ZAPATITOS MOJADOS



Antonio Sánchez Cozar

©1° Edición Diciembre 2019

©Antonio Sánchez Cozar

ZAPATITOS MOJADOS

Numero de asiento registral 00/ 2019/ 4853

numero de solicitud;PM-281-19

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

ÍNDICE

<u>Capítulo 1</u>	<u>5</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>19</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>29</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>44</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>71</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>93</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>111</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>125</u>
<u>Agradecimientos</u>	<u>158</u>

Capítulo 1

Posiblemente haya pasado cientos de veces en distintos lugares de nuestro mundo, antes y después de que existieran las fronteras y, por tanto, las naciones... El ser humano, el único de todos los seres vivos que supuestamente razona, con una inteligencia superior al resto de las especies de este planeta, capaces de ser héroe un día, y al siguiente cometer las mayores atrocidades. No diré fechas ni lugares concretos ni naciones, pues ninguno de nosotros estamos exentos de que, en cualquier momento, nos pueda suceder. Dos familias se encontrarán, y el destino de ambas decidirá su final.

Ahora miren en su mente, imaginen una explanada de unos cinco kilómetros cuadrados con decenas de tiendas de campaña; unas de la Cruz Roja, y otras de otros grupos de ayuda humanitaria de distintas partes del mundo. Simplemente, arropadas por un bosque de grandes pinos y abetos que las rodean. ¡Acérquense y miren dentro de una de ellas, una cualquiera! Todas guardan historias terribles que contar. Pero si prefieren seguirme a mí, dirijan la mirada a la que tiene la bandera de la Cruz Roja justo encima, la única con una luz naranja parpadeante. ¿Ven la ventana de plástico de su izquierda? En ella hay un chico que mira fijamente al barro mojado por la lluvia... ¿Tal vez se preguntan quién es? Posiblemente les pasaría inadvertido si no fuera porque tiene una gran historia que contar; la pregunta es ¿lo hará?... No se preocupen, si no fuera así, yo no estaría aquí.

Pero, por otro lado, supongo que cada una de esas tiendas está llena de dramas. Aunque en este caso me centraré en una en concreto, la de la tienda de la luz naranja parpadeante.

Ahora les pido que vuelvan a ese chico, ¡vengan! Él mismo les contará su historia. Les está esperando...

Soy un adolescente normal, uno de tantos, y me encuentro en esta tienda de campaña repleta de gente desconocida. La lluvia cae sin cesar, el frío y la humedad entumece nuestros huesos cansados. No estoy solo, y no hemos llegado hasta aquí por propia voluntad, sino porque fuimos arrancados de nuestros hogares. Nadie nos preguntó, ni los que murieron obtuvieron respuesta alguna a esa sinrazón, a esa simple pregunta: ¿por qué? La huida ha sido dura y difícil, imposible de olvidar, grabada a fuego en nuestros corazones. No ha sido fácil ni para mí ni para ninguno de los que estamos esperando la solidaridad de nuestros países vecinos, una ayuda que parece no llegar nunca. ¿Quizás nos hayan olvidado? O tal vez la gente como nosotros provoca empatía solo cuando estamos lejos.

Miro dentro de mi mente y navego por ella. Ahora empiezo a recordar aquel preciso instante. Acababa de cumplir los dieciséis años. Vivíamos en un barrio a las afueras de la ciudad, la cual era muy grande, o por lo menos a mí me lo parecía. En una casa que era igual a todas las que había en mi calle, como supongo que las hay en todas partes. Nuestro hogar, sin ser demasiado grande, era ideal. Un pequeño jardín, un porche en la entrada, comedor, salón, dos baños, cuatro habitaciones y un sótano. Con fotos de la familia por todas partes. El color de las paredes cambiaba a menudo, ya que a mi madre nunca le terminaba de gustar. En aquel momento el

comedor era rojo, con algunas paredes grises, al igual que la cocina, o parte de ella. El resto de la casa era de paredes blancas. Aunque creo que el color del interior de mi hogar no les interesará demasiado, ni si tenía más o menos fotografías colgadas de sus paredes. ¿Qué importa eso ahora?

Pasadas las vacaciones de verano, llegó el primer día de curso, recién empezado el otoño. Oí a mi madre levantarse. Mi padre, debido a su trabajo, hacía un par de horas que ya no estaba en casa. Me tapaba la cabeza esperando que no me llamara: «Por favor, que no me llame; por favor, que no me llame», pero ese momento siempre llegaba, día tras día, hasta llegar el fin de semana.

—Tomi, cariño, es hora de levantarse. —Mi madre, como siempre, bostezando y con el pelo un poco revolucionado, me despertaba dulcemente. Y, a continuación, yo siempre le decía lo mismo:

—¡Por favor, mamá, cinco minutos más! —Sabía que me diría que no, pero debía intentarlo. Y casi siempre conseguía dormir esos cinco minutos, mamá me los regalaba.

—Ni uno más, cariño, o llegareis tarde.

—Sí, mamá. —La verdad es que ese tiempo no te soluciona nada, pero, aun así, se convirtió en una costumbre para mí, ya que estudiaba hasta tarde y me faltaban horas de sueño.

—Tomi, hijo, ya han pasado los cinco minutos... Levanta y ayúdame con tus hermanas.

Ya no me quedaba más remedio que asomar los pies por la cama. Fui al dormitorio de las pequeñas, debía despertarlas como cada día de colegio. Abrí la puerta medio entornada y me acerqué lentamente a Desi. Era la mayor de las dos. Por entonces tenía siete años. Tenía el pelo negro, liso y a la altura de los hombros, y unos ojos azules como el cielo: era la niña más guapa de siete años de todo el mundo. Recuerdo la mirada tímida y profunda. Y luego estaba Ana, mi pequeña Ana. Con su pelo rubio y rizado, y los ojos almendrados y negros como el carbón más puro. Tenía tan solo cinco años. Yo soy una mezcla entre ambas, con los ojos azules de Desi y el pelo de Ana. Por suerte, soy el mayor de los tres. Ya cerca del oído de Desi y en voz baja, dije:

—Cariño, es hora de levantarse, tenemos que ir al cole.

Abrió los ojos lentamente, me miró sonriendo y, medio dormida y estirando el brazo hasta mi cara, entonces me empezó a acariciar con sus deditos. No esperaba algo así.

—¡Hoy no me apetece ir al cole, Tomi! —Al momento, se puso muy seria y, haciendo una mueca con los labios, dijo—: ¡Dile a mamá que no voy! —Al constatar su negativa a levantarse, levanté las manos y se las puse sobre los hombros. Y mirándola seriamente, le dije:

—Desi, si no te levantas, le diré a mamá que venga ella a decírtelo, y ya sabes qué hace para levantarte. —Su expresión cambió por completo, al igual que su rapidez en apartar el edredón y sacar los pies por el borde de la cama.

—¡No, no, ya me levanto, Tomi! —Siempre daba resultado, cuando mi madre se enfadaba era mejor salir corriendo. Cuando se sentó en la cama, le dije:

—Llama a tu hermana, e id al baño a lavaros la cara. —Me aseguré de que despertara a Ana, o no llegaría yo a la taza del váter. Cuando acabé fui a ver qué hacían, pues la liaban a menudo. Me acerqué al otro baño y toqué a la puerta, pero sin llegar a abrir la.

—Desi, Ana, daos prisa o llegaremos tarde. —Algo me alarmó, no hacían ningún tipo de ruido y eso no era bueno, ¿qué pasaba? Estaban demasiado calladas y decidí entrar. Siempre utilizaban el mismo baño, de hecho, iban una con la otra a todas partes—. ¡Voy a entrar! —Ahí estaban las dos, cuando miré una de las paredes, me sorprendió lo que estaba viendo—. Pero ¿qué has hecho, Ana! —exclamé. Ella muy seria y cabizbaja, respondió:

—Nada, Tomi, solo es un dibujo en la pared —me lo dijo como si no hubiera hecho nada fuera de lo normal. La miré incrédulo y muerto de asco al mismo tiempo.

—Pero ¿qué es esto?... ¡Mierda! —Inocente de mí, pasé la mano por lo que parecía que era, en

voz alta avisé a mi madre...—. ¡Mamá, Ana ha hecho caca y ha dibujado en la pared con ella! ¡Y encima me he llenado la mano! —Con la mano llena y enseñándosela, me dirigí a mi otra hermana.

—¡Y tú, Desi! ¿Qué estabas haciendo, no te has dado cuenta? —Desi, a pesar de ser la mayor, la dejaba hacer lo que quería sin cuestionarla.

—Me estaba cepillando el pelo, Tomi, tengo que ir guapa al colegio. —Entonces se me quedó muy pensativa mirando mi mano; y unos segundos después...—: ¡Qué asco, tienes la mano llena de caca, creo que voy a vomitar!

Mientras Desi se apoyaba en la taza del váter, llamé a mi madre de nuevo, y esta vez vino lo más rápido que pudo. Por la forma en que la llamé gritando, se asustó. Supongo que creyó que alguna de las dos había sufrido algún tipo de accidente. Al ver todo aquello se le pusieron los pelos de punta, pero por otro lado respiró tranquila.

—¡Cariño!, ¿qué has hecho!? —le preguntó enfadada y tierna al mismo tiempo. Ella, muy tranquila y sin temor, respondió:

—Un dibujo, mami, ya se lo he dicho a Tomi. —¡Mi hermanita! Ahora, cuando pienso en aquello, solo puedo sonreír.

—¡Ana, mi amor, no se dibuja en la pared, y menos con lo que has utilizado para hacerlo! —a la vez que se lo decía, Ana se llevaba la mano a la boca—. ¡No, ni se te ocurra ponerte las manos en la boca! —De pronto, mi madre giró la cabeza hacia mí y mirándome entre seria y enfadada, me dijo:

—Tomi, lávate esa mano y acércame esa toalla, ¡date prisa!

—Voy, mamá. —Me tuve que lavar las manos sin mirar; en aquel momento y con la edad que tenía, estaba a punto de vomitar.

—¡Date prisa, hijo!

—¡Me lavo lo más rápido que puedo, mamá! —Por mucho que me frotaba con el jabón, no parecía estar limpio nunca. Por fin terminé y ayudé a mi madre con Ana.

—Por favor, llévate a Desi y empezad a desayunar —No dije palabra, solo había que mirar la cara de mi madre. Cogí a mi hermana e hice lo que me dijo. Ya en la mesa, miré a Desi algo serio.

—¿¡Y tú...!?, ¿¡qué, tu hermana pequeña hace eso y no le dices nada!/? —pregunté. Ella, muy segura de sí misma, respondió:

—¡Me estaba cepillando el pelo, Tomi!, ¡ya te lo dije! ¡Tengo que ponerme guapa para ir al cole! —Con aquella respuesta me dejó sin palabras, al fin y al cabo, no dejaba de ser una niña pequeña. Me resigné.

—Está bien, ahora desayuna. De todas formas, nuestra hermanita es un bichito, hoy ha hecho eso y mañana hará otra cosa.

Por seguridad, desayuné con la mano izquierda, la derecha no la sacaba del bolsillo; creo que no quería recordar aquel mal momento.

Al rato mi madre vino con Ana y la sentó en su silla. Mamá y yo nos mirábamos. No sabía qué pensar. Entonces empezó a reír, no estaba enfadada; de tal modo que yo hice lo mismo.

Durante unos segundos nos salieron las carcajadas pensando en lo que hizo el bichito. Poco después todo se calmó.

—Tomi, prepara las mochilas y los bocadillos, el agua ya sabes dónde está... ¡Y lávate bien esas manos, hijo! —A mi madre le salió esa sonrisa tan bonita que tiene.

Por cierto, es morena, muy guapa, con unos ojos verdes color esmeralda. La madre más buena y

comprensiva del mundo. Ahora que ya sabéis cómo es mi madre, continuaré con lo que pasó.

—Sí, mamá. —Me fui al lavabo y gasté el resto de la pastilla de jabón. Alguna vez recuerdo con cariño aquello, como ya he comentado, aunque en aquel momento no fue muy agradable. Cuando volví a la cocina, mamá acababa de tomarse el café y en casa todos sabíamos lo que ocurría a continuación.

—¡Tengo que ir al baño! —Eso ya lo decía yendo hacia allí—. Recuerda enseñarles cómo deben ir por la calle, ¡algún día lo tendrán que hacer solas! —Entonces, cuando estaba a punto de entrar, volvía hacia nosotros de nuevo—. ¡Venga, dadme un beso e iros que es tarde y os encontrareis las puertas cerradas! —Se despidió de nosotros sin mirar atrás, corrió por el pasillo y entró por fin al baño. Yo pregunté a mis hermanas:

—¿Estáis preparadas?

—Sí, Tomi, estamos listas —me respondió Desi.

No perdimos tiempo y nos pusimos en camino. Estábamos a unos diez minutos del colegio. Ese día el aire era muy frío, parecía cortarte la cara y las manos. No se veía a nadie por las calles. Con aquel tiempo, la gente no se atrevía a salir de casa. Hasta ese momento, no recuerdo haber soportado esa temperatura tan baja.

—Tomi, tengo mucho frío —me decía la pequeña entre tartamudeos.

—Mete las manos en los bolsillos. ¡Ven! Acércate que te coloque bien la bufanda. —Así lo hice. Recuerdo su cara roja con sus moquitos cayéndole por su dulce rostro y tiritando. Al fin llegamos al centro, y las conduje a sus aulas—. ¡Dadme un beso! —No solo me dieron unos besos, además me abrazaron fuertemente. Qué dulces.

—Hasta luego, Tomi —se despedía de mi Desi, mientras Ana corría para entrar en su clase.

—Vendré a veros en el patio —Seguidamente entré en la clase de Ana y le dije:

—Bichito, pórtate bien. ¿Lo harás?

—Sí, me portaré bien. ¿Vendrás a vernos? —me decía con la cabeza un poco inclinada hacia abajo y mirándome.

—¡Claro, cariño! —dije abrazándola de nuevo. Sentía un poco de pena, pero tenía que ir en busca de mis compañeros.

Por el pasillo, al lado de las taquillas, me encontré con mi mejor amigo.

—Hola, Barri. —Lo observé algo nervioso—. ¿Qué te pasa? ¡Tienes mala cara!

—Hola, Tomi, estoy hecho polvo. Estuve jugando con mi hermana hasta muy tarde. —Barri tiene el pelo corto, moreno, con los ojos marrones y es un cachondo mental. ¡Pero es un buen tío!

—¿No estudiaste el tema de hoy?

Sorprendido por la pregunta, y como si no fuera con él, contestó con otra pregunta.

—¿Qué tema? ¿De qué me estás hablando?

—¡El de mates!; ¡tenemos un examen a primera hora!

Por desgracia, en aquel momento, no se esforzaba lo suficiente en los estudios, para él eran más importantes otras cosas como, por ejemplo, los vídeos de juegos y el fútbol. En esos dos *hobbies*, era un experto. Supongo que empezó a poner en marcha su memoria, y reaccionó.

—¡Mierda, lo olvidé! ¡Suspenderé el examen!... ¡Mi madre me va a matar! Y mi padre..., no quiero ni pensar en lo que me hará.

—Ahora es tarde, Barri, lo siento... Te matará lentamente y luego te tirará a los perros, te comerán con grandes mordiscos, después te chuparán los huesos como postre. Y a tu padre... A tu padre ya no le quedará mucho que hacerte. Así que no te preocupes por él.

Después de escucharme atentamente y con los ojos muy abiertos, preguntó:

—¿Qué perros? ¡Si no tenemos! —De todo lo que le dije, solo pensó en que no tenía ningún perro. A veces le costaba entender la ironía.

—Barri, ¿te ha matado alguna vez tu madre?

—No, ¡qué va!

—Entonces relájate, será un suspenso más, no le des más vueltas.

Quedó callado durante unos segundos, y los problemas que tendría con su madre pasaron a un segundo plano. Triste y aparentemente ausente, siguió en su línea.

—De continuar así, seré él más viejo del colegio, Tomi.

—No te preocupes por eso —dije poniéndole la mano en el hombro—. ¡Ya lo eres!

—En eso tienes razón... Soy el más viejo de mi clase; pero dime, ¿tú te lo sabes el examen?

—Creo que sí, más o menos. —A Barri le cambió la cara, se la jugaba con sus padres. No había empezado muy bien el curso, sus vacaciones eran para disfrutar, y no estudiaba nada.

Entramos en nuestra clase. Recuerdo los pupitres con los chicles pegados debajo y los corazones dibujados por los distintos alumnos que habían pasado por allí a largo de los años. Nos sentamos. ¿Adivinan dónde?... Así es, al fondo. Pasaron diez minutos desde que debería haber empezado la clase. Deduje que algo raro estaba sucediendo; los profesores iban de aula en aula como locos, y ninguno de ellos nos decía nada. Entonces entró ella, Marí, la chica más guapa de mi clase y hermana melliza de Barri.

La conocí cinco años atrás. Tenía el pelo rubio como el sol y los ojos negros y con la mirada profunda. En fin, no sé cómo explicar lo que sentí cuando la vi por primera vez, pues con diez años solo piensas en jugar. Tenía una voz dulce y era muy tímida. La profesora la sentó a mi lado en las gradas; ella me miró saludándome con un hola. Sé que un simple saludo es solo eso, pero algo me pasó, mi corazón empezó a latir estrepitosamente. Me quedé bloqueado sin poder decir ni una sola palabra. No sé qué pensaría en aquel momento de mí, aunque deseaba con todo mi ser que ella pensara lo mismo que yo. Fueron pasando los días y yo, a cada minuto que transcurría, me sentía más enamorado, si es que un niño de diez años se puede enamorar. Siempre buscaba la excusa ante mis amigos para estar cerca de Marí. En un par de ocasiones, fui hasta donde vivía andando por el arcén de una carretera, sin ver el peligro al que me exponía; de hecho, los coches me pitaban y no entendía el porqué. De todas formas, llegué a encontrar su casa. Vivía en un gran chalet pegado a la playa. En una ocasión, vi cómo se abría la puerta de su hogar y Marí salía sonriente. Un pastor alemán se abalanzó hacia ella, le lamió la cara a la vez que jugaba. Entonces, ella me miró y sonrió. Pero todo lo bueno se acaba, pues nada más hacerlo volvió a entrar.

Y está claro que siempre hay alguien que te conoce. Mi madre se enteró por un vecino de mis idas y venidas, he ahí el conocido. En la última escapada, después de dos horas intentando verla de nuevo, desistí y volví a casa. Mamá estaba detrás de la puerta esperándome, y no estaba contenta precisamente.

—Tomi, ¿de dónde vienes? —Con aquella pregunta supe que la espera de mi madre no sería buena para mí, los nervios me empezaban a aflorar.

—He estado con mis amigos..., como siempre, mamá.

Hizo una mueca, me miró sonriente y volvió a preguntarme:

—¿Con tus amigos?... ¿Dónde? —En ese preciso instante supe que sabía que la engañaba, ya no tenía dudas. Aun así, seguí intentando convencerla de mi versión.

—En la plaza, mamá.

Entonces, con mi última respuesta en mi defensa, me miró fijamente, muy seria y, en un tono calmado, siguió:

—Allí no, Tomi; he visto a tus amigos y tú no estabas entre ellos. ¿Me vas a decir ahora dónde has estado?

El mundo se me cayó encima, las piernas me temblaban y un sudor frío empezó a surgir. Creí que estaría el resto de mi vida castigado, ya no tenía razón de ser seguir mintiendo. La miré cabizbajo, avergonzado, pensando en lo peor.

—Creo que ya lo sabes.

—Sí, hijo, lo sé. Y me siento defraudada contigo, Tomi. Eres el mayor... Jamás hubiera creído que me mentirías. ¡No quiero ni pensar!... ¿Sabes a lo qué te exponías al ir por esa carretera, hijo? Podrían haberte atropellado. ¡No te das cuenta del peligro que corrías?... Si te hubiera pasado algo..., ¡Dios mío! Nunca me lo hubiera perdonado. —Lloraba mientras me decía todo aquello, y ahora la entiendo.

—Lo siento, mamá, no debería haberlo hecho. —Yo también me puse a llorar, ambos lo hacíamos. Entonces me abrazó y yo a ella.

—¡Tomi! ¿Qué voy a hacer contigo? —Sufría de pensar en lo que me podría haber pasado.

—¡No volveré a hacerlo, mamá, te lo juro!

—Está bien, te creo, pero debo decírselo a tu padre, y no sé qué pasará cuando lo sepa.

A pesar de que mi padre era una persona equilibrada y cariñosa, cuando se enfadaba me temblaban las piernas. Tenía que intentar convencerla para que me guardara el secreto.

—¡Mamá, no se lo digas a papá, por favor! ¡No lo volveré a hacer más, de verdad! —Rezaba para que me guardara el secreto. Mamá me miraba pensando si era sincero en mis palabras de arrepentimiento.

—No sé, Tomi, pues te hemos educado lo mejor posible, y aun así te has puesto en peligro conscientemente... —Durante unos minutos se hizo el silencio, simplemente me miraba. Entonces se acercó a mí y me puso las manos sobre los hombros y, en un tono suave, me dijo—: ¡Me prometes que no volverás a hacer una locura como esa nunca más! ¡Prométemelo!

—¡Te lo juro, mamá, no lo volveré a hacer! —Mi madre nunca le contó aquello a mi padre y yo cumplí mi promesa.

Respecto a Marí, el azar quiso que sus padres vinieran y compraran la casa de enfrente. ¡Qué casualidad!, ¿verdad? Nos hicimos vecinos y grandes amigos ambas familias. Así fue como realmente pude conocerla.

Volviendo al punto donde lo dejé, estaba decidido a averiguar lo que pasaba en mi colegio. Marí y Barri, al ver que salía de clase, me preguntaron:

—Tomi, ¿qué vas a hacer?

—Barri, tengo que saber qué sucede, no me quedaré aquí esperando.

Marí, preocupada al oírnos hablar, intervino:

—Tomi, si te cogen fuera de clase sin permiso te castigarán o, lo que es peor, te expulsarán. —Marí siempre tan preocupada por todo, sensata y, a la vez, tan humilde; algo difícil de creer en una chica tan bella. La miré a los ojos, para mí algo tan simple como una mirada, se me hacía muy difícil con Marí.

—Tranquila, no me verán.

Salí de la clase y me dirigí a la sala de profesores; escondido detrás de la puerta, los oí hablar. Al principio simplemente parecían discutir, después me percaté de que iba aquella discusión.

Cuando entendí de lo que estaban hablando, sentí un escalofrío por todo mi cuerpo. Mi profesor preguntó al director:

—Robert, ¿qué podemos hacer? ¡Esto es una locura! —Mi tutor no era muy alto, de hecho, era más bien algo regordete, tenía poco pelo o casi nada. Aunque era un gran hombre, culto y siempre sabía qué decir.

—Eduardo, no esperaremos al Ministerio a que den la orden del cierre del centro, yo mismo cerraré bajo mi responsabilidad.

Por el contrario, mi profesor era más espontáneo, y casi nunca pensaba las consecuencias de sus actos; y volvió a intervenir:

—¡Esto no acabará bien! Me temo que este golpe de Estado provocará una guerra, ¡y no pienso estar aquí cuando empiece! Tengo familia en Francia... Me marcharé cuanto antes.

En aquel momento, la profesora de educación física, la señorita Irene, intervino. Era toda energía, no muy agraciada físicamente, ni simpática, pero enseñaba bien, y se tomaba muy en serio su trabajo.

—¡Yo no me voy de mi país cuando más me necesita! Si es necesario me uniré a la resistencia, hay que acabar con esta dictadura encubierta, en forma de democracia y llena de corruptos.

Todos los profesores asintieron con la cabeza a sus palabras, y durante unos segundos dejaron de hablar. Hasta que el director se dirigió a ella:

—Irene, es tu decisión y la respeto, cada uno de nosotros debe hacer lo que considere mejor para él y los suyos. Hoy mismo cerraremos el centro

Los demás profesores callaron, oí movimiento de sillas y salí pitando de allí. Volví a clase muy nervioso; una guerra se avecinaba, la muerte estaba a la vuelta de la esquina. Me encontré con Barri y Marí:

—¡Estás blanco! ¡Cuéntanos, Tomi! ¿Qué sucede? —me preguntó Marí preocupada por mí. Entonces me acerqué a pocos centímetros de ellos.

—Escuchadme bien los dos: ha habido un golpe de Estado o algo así, y parece que va a estallar una guerra civil en nuestro propio país. Van a cerrar el colegio, ¡yo no esperaré!... Me marchó de aquí ahora mismo, si queréis podéis venir conmigo.

Barri no dudó y Marí le cogió la mano y se la apretó fuertemente.

—¡Nosotros también nos vamos de aquí!

Les expliqué al resto de los compañeros de mi clase lo que estaba pasando, pero ninguno de ellos quiso unirse a nosotros. Sin perder ni un segundo, fuimos a buscar a mis hermanas. Íbamos pegados a las paredes y entre las columnas de los pasillos, mirando que ningún profesor nos viera. Por suerte, no nos cruzamos con ninguno de ellos. Llegamos a la clase de Desi y abrí la puerta. Al verme, mi hermana vino hacia mí y me dio un gran abrazo.

—Cariño, nos vamos a casa.

Me miró y exclamó:

—¡Tomi, no he merendado!

—No te preocupes por eso ahora, por el camino merendarás.

Aceptó esperar, aunque no soltaba su bocadillo.

—Vale, Tomi.

Desi fue por su mochila y vino con nosotros. La cogí en brazos y corriendo llegamos al pasillo de la clase de Ana. Allí estaba, sentada en el suelo llorando y agarrada a sus propias rodillas. Me acerqué a ella preocupado por verla en esa postura.

—¿Qué te pasa, cariño? ¡No llores!

—Mi señorita no ha venido y quiero ir a buscarla —me decía entre lágrimas y moquitos. Su tristeza se hacía mía.

—No llores más, cariño; no te preocupes por tu señorita, ya estamos aquí, y nos vamos a casa.

—Pero, Tomi, no le he dado mis dibujos, ¡míralos, los tengo aquí!

—Anita, son preciosos, pero ahora debemos irnos, no te preocupes por los dibujos, mañana se los darás.

Era muy pequeña y sensible, solo pensaba en darle a su seño lo que le pidió. Ya convencida, dijo:

—Vale, Tomi, vayámonos.

Barri cogió en brazos a mi pequeña Ana, y empezamos a correr. Llegamos, sin que nadie nos viera, hasta la entrada del colegio, entonces noté una mano en el hombro derecho. En ese momento, un escalofrío me recorrió el cuerpo, el mundo se hizo muy pequeño, me giré, y frente a nosotros estaba el director.

—¿Dónde vais, Tomi?

¿Qué debía decirle? Me armé de valor:

—¡Señor director!... A casa, señor. —Nos pilló, tendríamos que volver y probablemente llamaría a nuestros padres, pensé.

—Esperad a que os abra la puerta... —al decir aquello, los tres nos miramos extrañados—. O no podréis salir... Tomi, escuchadme con atención, decidles a vuestros padres que debéis marcharos del país; estar aquí es muy peligroso para todos, ¿lo has entendido?

Me sorprendió lo que me dijo, fue todo lo contrario a lo que pensaba que nos diría. Abrió el portón y, agradecido, respondí:

—Así lo haré. Gracias, cuídese usted también.

—¡Decídselo, va a estallar una guerra! —Su cara se entristeció, y no era para menos: lo que se avecinaba solo traería dolor y sufrimiento—. Sabes lo que pasa en las guerras, ¿verdad, Tomi?

—Sí, señor director... Muere gente.

—Así es. ¡Ahora iros y comunicadlo a vuestros padres! No perdáis tiempo.

Salimos de allí, no podía creer que el mismísimo director nos alentara a marcharnos, y la verdad es que sentí un gran alivio al tener su aprobación. Por la carretera pasaban camiones militares y la gente salía de sus casas preguntándose qué estaba ocurriendo. Desi, desconcertada, y a pesar de su corta edad, preguntó:

—Tomi, ¿por qué todos esos camiones son verdes, y llevan gente dentro con escopetas?

—Son de ese color para que nadie se enfade por ser el más bonito. No pasa nada, cariño, solo son maniobras, y llevan escopetas para defenderse de los osos.

Ella, con cara de asombro, volvió a preguntarme:

—¿Qué son maniobras, Tomi? —Su necesidad de saberlo todo, bueno, casi todo, era enorme.

—Se reúnen para un espectáculo. —No sabía qué decirle para no preocuparla. Por el momento pude tranquilizarla, y al fin llegamos a casa.

Capítulo 2

Marí y Barri nos dijeron adiós tristes y preocupados. Abrieron la pequeña puerta exterior de su jardín. Mis hermanas y yo hicimos lo propio en la nuestra. Marí me dirigió una mirada justo antes de entrar, con una expresión de preocupación, yo le guiñé un ojo y sonreí. Ya dentro de casa, mi padre había vuelto y estaba al lado de mi madre, ambos muy serios; me pareció muy raro, estaban muy nerviosos. Entonces, papá me preguntó:

—Tomí, ¿os han dejado salir del colegio?

—Sí, el director ha dicho que debemos irnos del país lo antes posible, papá, que va a estallar una guerra.

Mi madre, al oírme, no dudó en intervenir mientras miraba con preocupación a mi padre.

—David, deberíamos hacer caso al director del colegio y marcharnos cuanto antes.

Por el contrario, la expresión de mi padre era fría, parecía no preocuparle lo que se avecinaba.

—¿Y si se equivoca, Sofí! Es mejor permanecer aquí en casa, no se pueden permitir una guerra. No contra su propio pueblo —dijo mamá mirándolo seriamente, pues la vida de todos nosotros dependería de esa decisión.

—¡Espero que tengas razón y no te equivoques! Pero no sería la primera vez que hay una guerra civil en alguna parte del mundo, David.

Mi padre insistía.

—¡Cálmate, todo saldrá bien, ya lo verás!

Mamá no quedó muy convencida, pero aceptó la decisión de mi padre. Transcurrió un rato, no recuerdo cuánto. Me dirigía al baño, cuando, al pasar por su dormitorio los oí hablar, la puerta estaba entreabierta. Hubiera preferido haber pasado de largo y no pararme en aquel pasillo, pero por desgracia no lo hice y me puse a escuchar. Mi madre, llorando, preguntó a mi padre.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Sigues queriendo el divorcio? —Al oír aquello, mi mundo se detuvo, las personas que más quiero querían separarse. He visto amigos pasar por esa situación y verse entre la espada y la pared teniendo que elegir entre padre o madre. ¿Qué dedo te cortas que no te duela?

—¡No creo que sea el momento de sacar el tema! Ahora no. —Seria e indignada y levantando en un par de tonos la voz, respondió:

—¡Es el mejor momento! ¡Nos estamos jugando la vida, y yo no soy tu muñeca!... Eso sin contar a tus hijos. ¿Qué les vas a decir?... Que dejas a su madre por otra. ¡Que van a tener otra nueva mamá! ¿Crees que tus hijos merecen pasar por esto? Deberías haber pensado en ellos, y no lo hiciste, solo pensabas meterte en la cama con una nueva mujer.

—¡No, por supuesto que no merecen pasar por esto! Pero deberán asumirlo, ahora es tarde para rectificar el paso que di.

—¡Pudiste haber dicho que no cuando te seducía! ¿O fuiste tú el que la sedujo? ¿Sabes?, no entiendo el porqué. Siempre estuve ahí para ti, dándote todo, pero te aburríste de mí y no me respetaste. Decidiste acabar con todo lo que habíamos creado... Nuestro hogar, nuestra familia... Nuestro matrimonio.

Sé que no estuvo bien escuchar tras la puerta, pero no podía moverme, mi padre decidió, con sus actos, divorciarse de mi madre. Él seguía intentando hacerle el menor daño posible. Pero el mal ya estaba hecho.

—Ninguno sedujo al otro, simplemente ocurrió. Te juro que hubiera preferido que jamás hubiera pasado. Pero no puedo cambiarlo. ¡Y te quise, te quise muchísimo, Sofí!

Lo miró moviendo ligeramente la cabeza de izquierda a derecha, en señal de negación.

—¡Nunca me quisiste! Para ti solo fui la que compartía parte de tu vida. —Mi madre lloraba sin poder evitarlo, deshecha, pues veía que su matrimonio, con el que creía él hombre de su vida, había muerto para ella.

Mi padre no se sentía lo que se dice, precisamente, bien. No lo excuso, pero la vida no es blanca o negra, a veces es gris.

—¡Eso no es cierto! Te quise y mucho, ya te lo he dicho.

Mamá quedó en silencio durante unos segundos con la mirada baja; entonces volvió a dirigirse a él.

—¿Por qué, David? Creía que éramos una pareja ideal, que el amor prevalecería por encima de todo. Ahora veo que me equivoqué.

—No sé si éramos una pareja ideal..., pero ya no importa, Sofí. Deja de martirizarte y no preguntes más en qué me fallaste... No es culpa de nadie. Volverás a ser feliz, algún día encontrarás a alguien que de verdad te merezca.

Ella, más tranquila y calmada, lo miró fijamente a los ojos.

—Puede que tengas razón, ya no importa, pues no hay marcha atrás. ¿Qué opina tu nuevo amor, se lo ha dicho a su marido?, porque supongo que está casada.

Mi padre agachó la cabeza espirando fuertemente y mirándola de nuevo la respondió:

—Creo que sí... De todas formas, hablaré con ella si te parece bien, para parar todo esto hasta que sepamos a qué atenernos.

—¿Sabes?, todavía no entiendo qué pasó entre nosotros. ¿En qué te fallé? No lo entenderé nunca.

—Tú no me has fallado Sofí, he sido yo el que no ha estado a la altura. No he sabido valorar lo que tenía en casa, lo siento... No sabes cuánto.

Mi madre insistía en el porqué, pero el dolor en el corazón no la dejaba respirar. Era a ella a la que le estaban pidiendo que todo acabara.

—No puedo obligarte a amarme, tengo muy claro que, en el corazón, no manda nadie. Supongo que es lo mejor para los dos.

Mi padre, el hombre al que yo hubiera querido parecerme me defraudó. Y mi orgullo por él menguaba aceleradamente. Supongo que no fui demasiado justo con él. Ahora sé que, en el amor, no manda nadie.

—Te juro, Sofí, que yo no lo busqué, simplemente sucedió... Nunca quise hacerte daño; para mí lo eras todo. —En ese momento mi padre intentó acariciarle los hombros. Mi madre reaccionó furiosa al notar sus manos.

—¡Quítame las manos de encima, no te atrevas a tocarme!... ¡Nunca más seré la que está ahí para ti; no vuelvas a hacerlo! Ya no soy nada tuyo.

Él entendió que todo terminó entre ellos para siempre, y que, por mucho que se arrepintiera y buscara su perdón, no lo obtendría, no como esposo avergonzado.

—Claro, por supuesto..., lo siento, no era mi intención ofenderte.

Mi madre, muy seria, volvió a repetírselo:

—¡No vuelvas jamás a tocarme, ya no!

—Está bien, no lo haré más.

Ahora tenemos que sacar a nuestros hijos de todo esto.

—En eso sí tienes razón, unos días más no nos hará daño, tendrán tiempo de saberlo.

Quedé deshecho con lo que oí; y sin hacer ruido me dirigí a mi dormitorio. Mi padre salió de casa, arrancó el coche y aceleró como nunca lo había hecho. Lentamente me acerqué de nuevo al dormitorio de mis padres preocupado por mi madre. Allí estaba, tumbada llorando sobre la cama. No sabía qué hacer, si entrar a consolarla o si ir con mis hermanas y hacerle creer que no sabía nada. Al final, decidí no entrar, de tal modo que hice lo segundo. Al rato, vino mi madre como si nada hubiera ocurrido. Estaba claro que no quería hacernos pasar por ese trago en aquellos momentos tan difíciles para todos. La miré; tenía la vista perdida y los ojos rojos de haber llorado. Respeté su decisión con respecto a mi padre y no le pregunté. Pasando el rato lo mejor que pudimos, mi madre empezaba a olvidar esa ruptura inminente, simplemente parada, por esa más que posible guerra civil.

No sé cuántas horas trascurrieron, pero él regresó, nos saludó y se acercó donde estaba mi madre, esta vez sin beso. Sin vacilar le preguntó:

—Sofi, ¿de cuánto dinero disponemos en casa?

—Unos tres mil, ¿por qué lo preguntas? —Ella mantenía el tipo por nosotros.

—Debemos hacer acopio de víveres, sobre todo, comida en lata y agua, mucha agua, por lo que pudiera suceder.

Ella lo miró extrañada por su sugerencia, una parte de su mente creía que pronto acabaría esa barbarie, aunque, por otro lado, la razón le decía que papá no se equivocaba con todas esas provisiones.

—¿Crees que podrían acabarse los víveres? ¿Tan grave es?

—Sí lo es, Sofi. Será lo primero que haga la gente sensata; posiblemente escasee el agua y no haya electricidad.

Al oír su explicación, ya no dudó.

—¡Hagámoslo cuanto antes!

Entonces, papá se acercó a mí.

—Tomi, llena las bañeras de agua, las picas y todos los cubos que encuentres, y hazlo rápido.

Durante todo el resto del día estuvieron trayendo comida y bebida y la almacenamos en el sótano. También compraron linternas, pilas y todo tipo de cosas que podrían hacernos falta. Acabábamos de comer, y mi padre volvió a preguntar a mi madre.

—Sofi, ¿recuerdas la nevera y la encimera a gas que tenían tus padres en la casa de campo?

—Sí, claro, ¿por qué lo preguntas?

—¿Están allí todavía?

Durante unos segundos quedó pensativa.

—Supongo que sí, lo conservamos todo y mis hermanos no me han dicho nada de que quieran deshacerse de esas cosas.

Papá se puso a pensar, y trascurridos unos segundos, continuó:

—Debemos ir a buscarlas, podríamos necesitarlas pronto.

Ya decidido, fuimos todos hasta el coche.

—Tomi, ayúdanos con las niñas, asegúrate de ponerles bien el cinturón de sus sillitas.

—¡Voy, mamá!

Mis padres no se atrevían a dejarnos solos en casa y prefirieron llevarnos con ellos. Montamos

en el monovolumen y nos pusimos en marcha. Justo antes de llegar al desvió para ir a la casa de mis abuelos, encontramos la carretera bloqueada por gente armada vestida de calle. Uno de ellos dio unos pasos hacia nosotros y nos hizo parar. El más joven, de unos veinte años, se acercó a la ventanilla de mi padre y le pidió que la bajara. El otro joven armado miraba por el interior del vehículo. Mi madre nos decía que no pasaba nada, que estuviéramos tranquilos. Papá bajó la ventanilla y aquel hombre, sin dejar de apuntarle, le preguntó algo nervioso:

—¿Dónde os dirigís?

Con el temor grabado en la cara por lo que nos pudiera pasar por aquella gente, y armándose de valor, mi padre le respondió:

—Vamos a la casa de mis suegros; necesitamos algunas cosas, debemos prepararnos por lo que pueda pasar.

Muy serio y autoritario, aquel “soldado” se dirigió de nuevo a él:

—¡Baje del coche y abra el maletero! No haga ningún movimiento extraño; y las manos, donde pueda verlas.

Mi padre bajó del coche con los brazos en alto, tal como le exigió. El soldado no dejaba de apuntarle con aquel revólver. Lo miraba con miedo, pero obedeció y le enseñó el interior del maletero. Le ordenó que sacara todo lo que había dentro. Después de registrarlo exhaustivamente, dijo:

—Ciérrelo y suba al vehículo.

Algo aliviado volvió a entrar.

—¡Está bien, hagan lo que tengan que hacer, pero háganlo rápido!

De nuevo nos pusimos en marcha, papá se quedó blanco y no pronunció palabra en varios kilómetros. Era la primera vez que sentía la muerte sobre su cabeza. Debo reconocer que yo también sentí mucho miedo, más que miedo, terror. Nunca había visto a nadie armado a esa distancia. Realmente todos lo sentimos. Por fin llegamos a la casa de mis abuelos. Mis padres bajaron y mi madre me abrió la puerta, pues llevaba el seguro para las niñas.

—Tomi, coge a las niñas y sácalas del coche.

—Sí, mamá.

Saqué a mis hermanas y me las llevé entre unos naranjos que mi abuelo plantó cuando yo nací. Allí las entretuve jugando mientras mis padres cogían lo que habían venido a buscar sin quitarnos la vista de encima. Mi hermana pequeña se acercó a mí.

—Tomi, yo quiero jugar a las casitas y Desi solo quiere bailar.

—Ana, cariño, ¿por qué no bailas con Desi y luego jugamos a las casitas? —Me miró, muy quieta y seria.

—Está bien, Tomi... ¡Pero luego jugamos a las casitas!

En ese momento mi padre me llamó:

—Tomi, ven a ayudarnos.

—Papá, estoy con las niñas. —Con lo que estaba pasando no me atrevía a que estuvieran solas.

—Déjalas, no les pasará nada.

Miré a mis hermanas y les dije que no se movieran de allí, y fui con mis padres. Metimos la cocina y la nevera, aunque no pudimos cerrar el maletero del todo. Sin perder tiempo, emprendimos el viaje de regreso. Esta vez tuvimos suerte, pues no encontramos ningún grupo armado. Ya en casa, les ayudé a bajar al sótano las cosas que trajimos, y lo preparamos para dormir todos en él. Mi pequeña Ana se acercó a mí.

—Tomi, ¿por qué tenemos que dormir en el sótano? Yo no quiero dormir ahí abajo, me da

miedo.

La cogí en brazos y, sonriendo, le dije:

—Cariño, no tengas miedo, estaremos todos juntos.

Ana no entendía el porqué de todo aquello, ni Desi tampoco. Ni siquiera yo lo hacía, pero era el mayor y tenía que ser fuerte. Durante la noche, Ana se despertó; debían ser las tres de la madrugada. Estaba muy nerviosa y lloraba muy interiormente, apenas podía oírla, aunque no sé si esa es la forma correcta de describir su manera de llorar, a pesar de caerle las lágrimas, no se la oía. Me abracé a ella, pero seguía llorando amargamente...

—Ana, cielo, cielito, ¿por qué lloras? —Seguía haciéndolo y no me contestaba, pues no podía hablar—. Respira hondo y dime qué te pasa, por favor.

Al fin se tranquilizó y pudo contestarme. En un momento dado levantó la mirada hacia mí y, dejando de llorar, me dijo:

—He tenido una pesadilla, Tomi. Muchas personas morían, hacía frío y había nieve, estábamos todos menos papá.

Aquella forma de expresarse me hizo sentir emocionado y triste a la vez. Necesitaba calmarla y hacerle entender que solo era un mal sueño.

—Mi niña, solo es una pesadilla. Ya ha pasado todo, y yo estoy aquí junto a ti.

Poco a poco se tranquilizó y volvió a dormir, y así pasó la noche.

—David, ven —le decía mi madre a mi padre desde una de las ventanas del sótano—. Todo el vecindario se marcha. ¡Deberíamos hacer lo mismo e irnos de aquí cuanto antes! —Ella insistía en irnos, no estaba tranquila en casa, pero mi padre pensaba lo contrario.

—Que todos se marchen no significa que sea lo más apropiado, aquí estaremos a salvo. — Mamá lo miraba sin entender por qué mi padre se mantenía firme en su decisión.

—¡Eres tan cabezón, siempre has de tener la razón! ¡Y tengo miedo! Deberías pensar en los niños... ¡Que todos nuestros vecinos se vayan no te dice nada?

—Es en lo que pienso todo el tiempo, por ellos no nos vamos. Los vecinos me dan igual, son ellos los que se equivocan —respondió convencido de sus palabras. Pero mi madre no pensaba lo mismo, y aunque no quería que nos quedáramos, aceptó su decisión.

—¡Espero que tengas razón! Porque de, no ser así, lo lamentaremos todos.

Mis padres discutían, aunque ambos solo querían mantenernos a salvo. Al final ganó él, y nos quedamos en aquel sótano; ya con todo lo necesario para instalarnos definitivamente.

Llevábamos un par de horas abajo cuando sonó el timbre de casa. Mi padre se asomó moviendo una de las cortinas de la ventana, al lado de la puerta principal. Nosotros mirábamos desde el sótano; al ver de quién se trataba, subimos los cinco a la puerta de entrada. Eran los padres de Marí y Barri; mi padre les abrió mirándolos extrañado por su visita.

—Hola, ¿en qué os puedo ayudar?, ¿necesitáis algo? —Al oír sus preguntas, el padre Marí y Berni, se dirigió a los míos.

—Sofi, David, uniros a nosotros, nos vamos de aquí, intentaremos cruzar la frontera por las montañas. Es el sitio más seguro para hacerlo, por favor no os quedéis. —Mi madre miraba fijamente a mi padre, y le decía que deberíamos ir con ellos, pero él se mantenía firme en su decisión a la vez que impasible. La miró y, con la misma expresión fría, la respondió:

—Sofi, ya sabes lo que pienso y nada ni nadie me hará cambiar de opinión. —Al oírlos hablar, el padre de nuestros amigos insistió en su ofrecimiento, aunque no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué? ¿Os habéis vuelto locos? —les dijo sin entender esa decisión, pues para él, era un suicidio—. ¡Si os quedáis, tarde o temprano os ocurrirá lo peor! David, tenéis que venir con nosotros, ¡no puedes exponer así a tu familia!

Mi padre, inamovible, los miró y les comunicó su decisión final:

—No nos marcharemos, ya está decidido. Entiendo que vosotros lo hagáis, pero nosotros nos quedamos.

Con la batalla perdida y bajando el tono de voz, respondió:

—Veo que lo tenéis claro, no insistiré más. Nosotros nos marchamos... Os deseo mucha suerte... No podemos perder ni un segundo, y vemos que será inútil insistir... ¡Está bien! Tardaremos un par de horas en irnos de aquí, si en ese tiempo cambiáis de idea, ya sabéis donde vivimos. Solo esperamos que decidáis lo mejor, adiós.

Marí y Barri nos miraban mientras se alejaban, al igual que nosotros a ellos; y una gran tristeza me invadió, quizás no volvería a verlos jamás.

Papá siempre acertaba en situaciones difíciles, creo que fue por eso por lo que decidió que nos quedáramos. Ellos se marcharon y nosotros, bueno, debimos habernos ido como hicieron todos. Ya no había marcha atrás, pasaron dos días y los cortes de electricidad eran continuos.

Al amanecer del tercer día, me encontraba tumbado sobre mi cama, mi hermana pequeña vino a mi lado.

—Tomi, ¿por qué estamos aquí abajo? Yo quiero ir al parque a jugar con mis amigas.

—¡Deja que te suba aquí a mi lado! —Me incorporé y, asomando los pies por el lado de la cama, la cogí en brazos sentándola sobre mis rodillas—. Mi pequeña Ana, no podemos salir de aquí porque hace mucho frío en la calle, y se nos quedaría helada la nariz y se nos pondría muy muy roja. —Con lo que le dije, me regaló una sonrisa, pero insistió medio llorando como hacen los niños.

—Me aburro, Tomi, y Desi no quiere jugar conmigo.

—¡Olvidas que yo estoy aquí, junto a ti! ¿Qué quieres que hagamos? —Ilusionada, volvió a sonreírme.

—Podemos jugar a las casitas. —Agachó su linda cabecita y levantándola de nuevo con una voz muy dulce, añadió—: Si tú quieres, Tomi.

No pude negarme, ¿cómo hacerlo?

—Está bien, juguemos.

El tiempo era difícil de matar, estábamos solos en el barrio. Todo el mundo se había marchado, amigos, vecinos. Algún que otro perro abandonado pasaba por la calle de vez en cuando. Ni siquiera sabíamos cómo entretenernos. Las horas parecían días y los días semanas; aun así, el tiempo transcurría. Cuando al amanecer del quinto día se oyeron explosiones, mis hermanas se asustaron y corrieron al lado de mis padres. Yo hice lo mismo. Mi pequeña Ana estaba aterrorizada.

—Mami, mami, ¿qué es ese ruido? ¡Me da miedo!

—Nada, Ana, no tengas miedo, seguramente son petardos que están probando para el día de la nación.

Capítulo 3

—No se extrañen al oír mi voz de nuevo, ¿me recuerdan? Soy el que, al principio de esta historia, les hizo mirar en el interior de aquella tienda de campaña. ¡Sí!... Aquella en la que había un chico mirando desde una ventana.

Las bombas que oyeron a lo lejos la familia de Tomi no cayeron en el campo, sino al otro lado de la ciudad. Por suerte, las bajas fueron mínimas, ya que la mayoría de la gente había abandonado sus hogares. Pero, aun así, algunas personas no lo hicieron.

Ahora vuelvan a mirar, haremos un recorrido de cuatro kilómetros en ese barrio repleto de edificios... ¿Ven a ese hombre aturdido? Ese que va con una gabardina gris, ¡sí!, ese hombre moreno de ojos azules, que va golpeándose contra esos coches aparcados junto a esos edificios de oficinas. Parece que va ebrio, pero no, solo lo parece. Una de esas bombas cayó muy cerca de él, y pudo salvar la vida por unos metros. Si lo desean, síganme, pero no en este momento del tiempo, sino media hora antes. Más tarde volveremos con la familia de Tomi.

Ahora iremos a ese edificio de oficinas, ese cuya fachada parece un gran espejo. Está justo al lado de donde caerá esa bomba. Subamos a la décima y última planta. ¿Ven a ese señor del fondo sentado frente a un ordenador, en una gran mesa llena de papeles, ese que tiene justo el reloj de pared encima de él? Es el de la gabardina gris... Y ahora justo por el extremo opuesto de esa planta, por aquella puerta del final, entra alguien con camisa blanca y corbata roja, de pelo castaño y ojos negros. Se dirige hacia él, prácticamente llegará en segundos, pues va muy rápido, casi corriendo. Se apoya sobre la mesa, apenas sin aliento.

—Dim, somos los últimos en el edificio... Debemos irnos cuanto antes de aquí. —Dim lo miró impasible, como si no fuera con él; su concentración en lo que hacía era absoluta.

—Ya termino, dame un minuto, esto es importante —le respondió sin levantar la mirada y sin dejar de teclear.

Su compañero, poniéndole las manos encima del teclado, añadió:

—Ya nada tiene importancia, deja lo que estés haciendo y vayámonos. ¡Ya!

—Soy periodista, Samuel. Termino el artículo, lo subo a Internet y nos vamos.

Samuel entendió su determinación.

—Está bien, ¡pero, por Dios, no tardes! —De pronto, un sonido puso en alerta a Dim; dejó de escribir súbitamente y giró la cabeza hacia un lado intentando averiguar de qué se trataba.

—¿Oyes ese silbido?

—Sí, y creo reconocerlo. ¡Deja eso ya y corramos, es una bomba Dim!

—Listo, vayámonos de aquí.

El silbido se oía a cada segundo más y más cerca. No pasaron más de cinco cuando aquella bomba cayó en un edificio cercano. El ruido fue atronador y decenas de cristales saltaron en miles de pedazos. Ambos cayeron al suelo debido a la onda expansiva. Dim, aturdido y desorientado se levantó buscando con la mirada, hasta que vio a su amigo tirado en el suelo. Con algo de esfuerzo, se acercó a él.

—Samuel, Samuel, ¿estás bien?

Seguía inmóvil. Dim no lo dudó; acercando el oído a su pecho y una sensación de alivio lo inundó. Su corazón latía con normalidad. Al ir por delante de Dim, recibió la lluvia de cristales. Su traje salvó la mayor parte de su cuerpo, pero su cara y sus manos no corrieron la misma suerte. De pronto, abrió sus ojos.

—Estoy bien, no te preocupes. —Samuel se miraba las manos. Desorientado, a la vez que temeroso, preguntó muy preocupado—: ¿Qué es toda esta sangre?

—Son cristales. La explosión, ¿recuerdas? —Desde el suelo le respondió:

—Sí..., ahora recuerdo ese ruido ensordecedor. Ayúdame a levantarme.

Dim lo miró sin poder creer que ese era su amigo, pues la sangre le caía por la cara como si de un grifo abierto se tratara. Sin perder ni un segundo, fue al baño más cercano en busca de papel. De vuelta con Samuel y con todo ese papel en la cara y las manos, dijo:

—Lo siento, debí hacerte caso; no estarías así de haberlo hecho.

Él lo miró sin sonrisa alguna y, seriamente, respondió:

—Si crees que te voy a decir que no tienes la culpa, te equivocas, pero ya no tiene remedio. Ahora vayámonos cuanto antes.

En aquel momento, las bombas cesaron, por lo que consiguieron llegar a la entrada del edificio. Una vez fuera y a unos cien metros de ellos, vieron acercarse a unos militares del Gobierno.

Samuel, preocupado, agarró del brazo a su amigo.

—Dim, creo que será mejor que volvamos a entrar.

Sin pensarlo más, retrocedieron y se escondieron en el baño de mujeres. Rezaron para que allí no entraran. Los segundos pasaban. Hasta que, al cabo de unos minutos, oyeron voces de hombres por el pasillo. En susurros, comentaron.

—Dim, ni respires... están cerca.

—Tranquilo, no lo haré. —Aquellos soldados registraban por doquier. Cada minuto parecía una hora de espera.

—Samuel, ¿crees que deberíamos salir? —Lo miró, pero no podía responderle, pues tenía tantas dudas como él. Al fin lo hizo.

—No oigo nada, tal vez se hayan ido.

—¿Qué te parece si salimos sin hacer ruido y lentamente?

—Está bien, saldremos, pero con sigilo.

Ambos abrieron la puerta del baño intentando no hacer ningún tipo de ruido. Agachados, se dirigieron a una gran columna y se colocaron justo detrás de ella. Samuel, muy lentamente, asomó la cabeza por el lado izquierdo.

Parecía no haber nadie y salieron. Solo habían recorrido unos metros en dirección a la puerta principal cuando de la escalera anexa al ascensor, salía un soldado arrastrando por el cabello a una mujer: una de sus compañeras.

—¡Joder, es Julia! —exclamó Dim sorprendido. Al ver su intención, Samuel le agarró del brazo nuevamente.

—¡Dim, no intervengas! Volvamos... o seremos los tres arrastrados de los pelos. No podemos hacer nada por ella, son soldados bien armados. —Dim intentaba que le soltara el brazo.

—¡Tenemos que ayudarla! —insistía en ello—. Samuel, desesperado por la obstinación de Dim, protestó:

—¿Cómo lo hacemos? Somos periodistas, no soldados. Ellos tienen armas y nosotros bolígrafos. —Samuel lo miraba esperando que entendiera que no debían intervenir. Dim, con

resignación, aceptó el hecho de que no podían hacer nada por ella, salvo intentar salir y pedir ayuda. Entonces, en aquel momento, otros soldados salieron de aquella escalera y se unieron a la vejación a la que estaba siendo sometida esa mujer.

Uno de ellos, el que parecía el jefe, les dio una orden:

—Traedla aquí y subidla a la mesa. —El que la arrastró, obedeciendo, la tiró sobre aquella mesa de la entrada a la oficina. Aquel hombre rapado llamó a dos de aquellos soldados.

—¡Sujetadla! —les ordenó en voz alta. Seguidamente, se dirigió a aquella pobre mujer; la agarró por los brazos y la miró fríamente a los ojos—. ¿Sabes, preciosa?, hace tiempo que no me divierto con una mujer, y menos con una tan hermosa.

Ella gritaba pidiendo ayuda, y forcejeaba sin apenas fuerzas. Aquel depravado se reía más y más al oírla. Sin miramiento, le bajó los pantalones, le rompió la ropa interior y la violó una y otra vez.

—¡Te gusta! —le decía frunciendo el ceño y con cara de enajenado, mientras que ella sufría de dolor e impotencia al sentirse violada y vejada por aquel salvaje. Sangrando por los muslos sin poder hacer nada por evitarlo; clamaba en silencio pidiendo ayuda al cielo, una ayuda que nunca llegaría. Buscaba con las manos algo que la pudiera sacar de aquel dolor. Con la mano izquierda, moviéndola desesperadamente, dio con un abrecartas: un pequeño puñal fino y alargado. No lo dudó y levantó el brazo. Le rajó la cara de un extremo al otro. Aquel maldito ser sacó su revólver de reglamento y se lo puso en la sien a la vez que la agarraba del cuello fuertemente. La cara de aquel tipo denotaba ira y locura.

—Lástima, esto solo será una cicatriz para mí, en cambio tú... —Ni siquiera terminó la frase. Apretó el gatillo y acabó con su vida en el acto. Miró a los dos soldados que estaban frente a él, e impassible ordenó:

—Limpiaos esa sangre o pondréis el camión perdido.

Dim y Samuel no daban crédito a esa barbarie. Finalmente, pudieron reaccionar.

—¡La ha matado! ¡Dios mío!, ¡ese cabrón la ha matado!

Ambos quedaron perplejos al ver cómo ese mal nacido segaba la vida de su compañera. Dim hizo el gesto de levantarse, y Samuel lo volvió a agarrar fuertemente del brazo derecho mientras lo miraba con el miedo en el cuerpo.

—¡Solo conseguirás que nos maten a nosotros también! Piénsalo, ya no podemos hacer nada por ella, ¡está muerta y nosotros no!

Siguió agarrándolo hasta que Dim, lentamente, cejó en su empeño.

—¡La han matado, malditos sean! ¿Dónde está Dios? ¿Por qué lo ha permitido? —Aquel pequeño segundo de la vida a la muerte los dejó hundidos y les rompió el corazón en mil pedazos—. ¿Qué valor tiene una persona para esta gente? —preguntó Dim.

—Ninguno, y no dudarán en hacer lo mismo con nosotros si nos descubren; por favor, no te levantes. ¿De verdad crees que no tengo ganas de ir a ese maldito cabrón y hacerle pagar por lo que ha hecho? Créeme, es lo mejor.

Reflexionó y no se levantó. No fue por cobardía, sino por supervivencia. El resto de aquellos depravados no se inmutaron, más bien, permanecieron impassibles ante aquel horrible crimen. Uno de ellos preguntó al que apretó el gatillo sin ni siquiera parpadear:

—¿Qué hacemos con ella?

Ese tipo con la cara ensangrentada le respondió fríamente:

—Nada, dejarla ahí donde está. No creo que se mueva de la mesa. —No lo dudó y cambió de tema—. ¿Están listas las cargas explosivas?

—Sí, a su orden las haremos detonar.

Ese ser se subió los pantalones como si aquel crimen no fuera con él, guardó su revólver y, con total tranquilidad, dijo:

—Muy bien, trabajo hecho, marchémonos de aquí.

Ambos miraban cómo salir del edificio. Al verlos fuera, Dim corrió hasta su compañera muerta. Su amigo fue tras él. Los dos la miraban sin dar crédito a ese crimen irracional.

—Dim, ya los has oído... Esto va a estallar en cualquier momento —le decía mientras seguía mirando el cuerpo ya sin vida de su compañera y amiga, Julia—. No hay tiempo, piensa en tu hijo, no puedes dejarlo a su suerte con una guerra de por medio. —Cerró los ojos y le cogió de la mano y, durante unos segundos, quedó en silencio.

—Adiós, amiga, sé feliz haya donde vayas. —Con una tristeza enorme al dejar allí el cuerpo, no les quedó más remedio que tomar una decisión.

—¡Salgamos por la puerta de atrás mientras podamos, Dim! —Ambos corrieron como jamás lo habían hecho. Encontraron la salida, pero tras unos metros recorridos, una gran explosión derribaba lo que fue su periódico. La onda expansiva los tiró al suelo. No podían creer lo que estaba pasando. Aturdidos y doloridos, se arrastraron uno hacia al otro. Ayudándose mutuamente, consiguieron ponerse de pie. Samuel se dirigió a su compañero y amigo:

—Dim, creo que aquí nos separamos —dijo al ver el estado en que se encontraba.

—Deja que te lleve a un hospital.

—No te preocupes por mí, apenas sangro... Ve a buscar a tu hijo. Por cierto, ¿dónde está?

—A salvo con mi madre, no corre peligro.

—¿Qué vais a hacer?

Durante unos segundos se hizo el silencio. Transcurrido ese tiempo le respondió:

—De momento nos quedaremos, espero que esto no dure mucho.

—Nosotros nos marchamos, Dim. Espero que hayas tomado la decisión correcta... ¡Suerte, amigo! —Se abrazaron y se despidieron deseándose lo mejor. Cada cual tomaría un camino.

Pero ahora centrémonos en Dim. Su mujer murió dos años atrás, un accidente de coche acabó con su vida. Después de aquello, decidió vivir con su madre y su hijo: su única familia.

Ahora conocen un poco más su historia, pero retomemos el relato. Dim iba en busca de su vehículo cuando, de pronto, de nuevo oyó ese silbido. No lo dudó, se tiró debajo de un camión que había allí aparcado. Aquella bomba dio en su objetivo, apenas a unos metros de él, y destruyó por completo el edificio de siete plantas anexo a su periódico. La explosión lo dejó sordo por un tiempo, aunque salvó la vida gracias a aquella decisión de parapetarse debajo del camión. Nada más recobrar el equilibrio, corrió hasta su coche y lo arrancó. Pisó el acelerador a fondo y llegó a su casa. Entró gritando en busca de su familia.

—¡Mamá, hijo, ¿dónde estáis? ¡Mamá!

Su madre le respondió, finalmente, abriendo la puerta de entrada:

—Hijo, ¿qué sucede?, ¿por qué gritas? —Parecía no estar al corriente de lo que estaba pasando.

A Dim se le iluminó la cara al ver que estaban bien.

—¡Abrázame, mamá! Por un momento pensé lo peor. —Y rápidamente añadió—: ¿Dónde está el niño?

—Está abajo, en el sótano, jugando.

—¡Gracias a Dios! Mamá, no sé qué hacer, si quedarnos o marcharnos de aquí.

—Cariño, tengo setenta años, y esta es mi casa. Coge al niño y marcharos vosotros, yo me

quedo... Aquí están todos mis recuerdos y, por supuesto, tu padre.

—Mamá, yo también tengo a mi padre aquí enterrado y a mi mujer, pero ¿qué pasa con nuestras vidas? ¿Y tu nieto? Él necesita a su abuela.

—Precisamente por mi nieto debéis marcharos; y por ti, hijo mío. A mí no me queda mucho de estar aquí entre los vivos... Pronto me reuniré con tu padre y he de estar cerca cuando ocurra. — Aquellas palabras de su madre, fueron directamente a su corazón.

—Mamá, por favor, los médicos te pronosticaron seis meses de vida, ¿no puedes quedarte aquí sola! ¡No lo permitiré!

—Hijo mío. —Lo miraba fijamente y con dulzura—. ¿Cuánto tiempo hace de ese pronóstico? —Dim se giró sobre sí mismo para mirar por una de las ventanas. Quedó cabizbajo durante un minuto hasta que se giró de nuevo hacia su madre para responder a su pregunta:

—Tres meses, mamá.

En aquel momento, se acercó a su hijo y lo abrazó. Se apartó de él unos centímetros y, en un tono de voz tranquilizador, le dijo:

—No arriesgaré vuestras vidas por tres meses de la mía. Marchad y sobrevivid, hijo. Alejandro te necesita, a él y a ti os queda mucha vida por delante. Debes hacerlo, marchaos y sobrevivid.

Dim la miraba sobrecogido y diciendo que no con su cuerpo.

—No te dejaré aquí, ¡ni por un momento pienses algo así!

—¡Lo harás!... ¡Ya lo creo que lo harás! —Su madre creía que era lo mejor para su hijo y su nieto, y no quería sacrificarlos por tres meses de su vida.

—Mamá, esta vez no te saldrás con la tuya, no te muevas de aquí. Voy a buscar a Álex.

Ya de noche, se acercó a su nieto y le dijo:

—Ven, cariño, hoy la abuela te hará tu cena favorita.

—¿Cuál de ellas, abuela? —Álex lo tenía claro, tenía varias.

Ella sonreía al escucharlo.

—¿Qué prefieres, tortilla francesa, tortilla de patatas, o *pizza*?

—¿Puedo cenar de todo?

—No, cariño, debes elegir una cosa y la abuela te lo hará de todo corazón, con todo mi amor.

—Está bien, cenaré *pizza*!

Álex sonreía a su abuela, y ella se sentía feliz mimándolo, como debe ser. Lo cogió en brazos y dándole un gran abrazo, le dijo:

—Mi niño, cómo me recuerdas a tu abuelo, eres su vivo retrato. ¿Sabes una cosa? —Álex la miraba atentamente—. Cuando ya no esté aquí con vosotros, no quiero que llores, ni que estés triste. La abuela siempre estará contigo para cuidarte y para darte buenos consejos; y cuando notes una ligera brisa en el rostro, piensa en mí, pues seré yo que te estaré besando.

Álex la abrazó muy fuerte y le dio un beso muy largo. A los dos se les veía felices. Esa noche, en la cena, los tres se miraban apenas sin decir nada. Ella, debido a su estado de salud, se despidió; Abrazó y besó a su hijo y a su nieto efusivamente.

¿Qué debía hacer Dim, coger a su hijo y marcharse dejando allí a su madre a su suerte? No podía hacer eso; era su madre, y lucharía por verla viva todo el tiempo que le quedara en este mundo. La decisión estaba tomada, pasaron unos días y las bombas ya eran continuas. Edificio tras edificio, todos iban cayendo ante ellos. Dim no soportaba la idea de que, en cualquier momento, les tocara a ellos.

No lo dudó y fue a la habitación de su madre. Tocó a su puerta.

—Mamá, mamá. —Le extrañó que durmiera tan profundamente, e intentó abrir girando el pomo, pero la llave estaba echada por dentro. Algo sucedía, y no parecía bueno. Sin pensarlo, intentó abrir la puerta a golpes.

—¡Mamá, mamá! —gritaba desesperado, pues no oía ni una sola palabra salir de la habitación. Se echó hacia atrás y le dio una patada a la maldita puerta. Está vez consiguió abrirla. Pero ya era tarde, su madre yacía en el suelo, fría como el hielo. Dim se acercó a ella y, aunque sus ojos no querían ver lo evidente, su mente le decía que ya no estaba entre los vivos. A su lado, un bote de pastillas para la tensión, volcado con algunas de ellas alrededor del mismo.

No se equivocó, su nieto y su hijo sí se marcharían sin ella. Álex entró en el dormitorio donde su abuela, ya sin vida, yacía en el suelo.

—Papá, ¿qué le pasa a la abuela? —preguntó con mucho esfuerzo para poder articular las palabras, con los ojos bañados en lágrimas.

—Ven, acércate. —Ya a su altura, lo abrazó y le acarició el pelo. Entonces, poniéndole las manos en la cara, le dijo—: La abuela nos ha dejado; ahora está con el abuelo y con mamá en el cielo, hijo.

Álex, sin dejar de mirarla, y sin entender en absoluto lo que es la muerte, preguntó:

—¿Y dónde está el cielo, papá? ¡No quiero que la abuela esté en el cielo, quiero que esté con nosotros!

Indignado y desecho, Dim intentaba calmar a su hijo como buenamente podía.

—No lo sé, hijo, nadie lo sabe. Y por mucho que deseemos que la abuela esté aquí, hablando con nosotros, no ocurrirá..., ya no, hijo mío.

Alejandro se abrazó a su padre y lloró sobre su hombro. Trascurridos unos segundos, le preguntó:

—¿Estás llorando, papá?

—Sí, cariño, lloro por mi madre.

Su hijo, al verlo llorar y de alguna forma entender sus palabras, se derrumbó, y las lágrimas resbalaban por su rostro bañándolo por completo. Con tan solo seis años, tuvo que ver a su abuela ya sin vida en el suelo. Y no es precisamente un buen recuerdo.

—¡No quiero que se vaya, papá!, quiero que se quede con nosotros.

—Yo también quisiera que no se marchara. Pero ya no volverá nunca más; al igual que mamá y el abuelo. Ya te lo he dicho antes, cariño, la tendrás que llevar en tu corazón.

Ambos lloraban su muerte. Dim la bajó de su habitación y la llevó junto con su hijo al cementerio donde yacían su mujer y su padre. Allí buscó al sepulturero. Después de media hora dando vueltas por el recinto, lo encontró. Aquel hombre, de unos sesenta años, vestido de negro y con la piel curtida por el duro trabajo, se marchaba buscando una oportunidad de salvar su vida. Dim se acercó a él.

—Por favor, mi madre ha muerto y necesito enterrarla junto a mi padre y mi mujer.

Aquel hombre paró con lo que estaba haciendo, lo miró y empatizó con él.

—Lo siento, no puedo hacer nada, me marchó de aquí. Le doy mi más sentido pésame por la pérdida de su madre. Las bombas no respetarán ni siquiera este lugar santo, y no quiero estar aquí cuando eso pase.

Ese hombre tenía el miedo metido en el cuerpo y ni siquiera atinaba colocando las maletas en su vehículo. Dim insistió en que le ayudara.

—¡Por favor, se lo suplico! No puedo dejarla de cualquier forma, es mi madre. Le ruego que me ayude. —Volvió a parar en su propósito y lo miró de nuevo pensativo. Entonces, miró al niño.

Después volvió a mirarlo a él.

—Está bien, lo haré, pero necesitaremos un cura.

Dim debía decirle algo importante.

—No soy demasiado creyente, con lo que he pasado en la vida, no tengo muchos motivos para creer. Además, pienso que mi madre se quitó la vida, y no sé si un sacerdote querrá dirigir el entierro.

—De que no crea no tengo nada que decir, es libre para ello, pero sobre lo segundo... ¿Está usted seguro que pudo haberse quitado la vida?

—No, no del todo, pero encontré un bote de pastillas a su lado.

—Necesitaríamos un forense para verificar su suicidio, y no creo que encontremos ninguno. Y, por otro lado, será mejor que piense que no fue así. Nadie tiene por qué saberlo, y no lo haré si no es en presencia de un ministro de Dios. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Sí, creo que sí. ¿Dónde podemos encontrarlo?

—No se preocupe, eso correrá de mi cuenta. —Aquel buen hombre contactó con un sacerdote, el cual accedió a ejercer el sepelio. Mientras lo esperaban, prepararon su lugar de descanso eterno. Todo se llevó a cabo, aunque sin apenas gente para darle su último adiós, exceptuando a su nieto, el sacerdote, el enterrador y él. Al terminar, Dim se dirigió al enterrador.

—No sé si a estas alturas el dinero servirá de algo. —En ese momento sacó de su bolsillo derecho un sobre cerrado—. Tenga, es lo único que tenía en casa. —El enterrador levantó su mano, poniéndosela en el hombro.

—Guárdelo, al fin y al cabo, no estaba de servicio, y a usted y a su hijo les hará falta.

Ese día, la humanidad y la bondad de aquel hombre consiguieron que la madre de Dim descansara en lugar santo al lado de su esposo, a pesar del peligro al que se exponía al hacerlo.

—Gracias por todo. Solo espero que tenga suerte y consiga salir de este genocidio.

—No me las dé, y váyanse de aquí, huyan. Este país se va al traste, y con él todos los que no compartan sus ideas.

—Así lo haremos, y gracias de nuevo.

En aquel lugar la dejaban enterrada; no estaría sola, y con su sacrificio, tal vez tendrían una oportunidad de sobrevivir. Dim, deshecho por la pérdida de su madre, y teniendo que ser fuerte por su hijo, se acercó a él arrodillándose.

—Álex... Ahora iremos a casa, cogeremos lo necesario y nos marcharemos. La abuela ya descansa en paz al lado del abuelo.

Álex lo miraba con los ojos llorosos, pero con un gran temple.

—Vale, papá, ya no estoy tan triste. ¿A dónde iremos? —le preguntaba, pues no era el momento de ir de vacaciones; para él, era algo nuevo ese viaje.

—Lo más lejos de aquí que podamos. —Entonces, Dim levantó la mano y estiró su dedo índice—. ¿Ves aquellas montañas?

El niño miró hacia ellas tal como le indicó su padre.

—Sí, aquellas que tienen eso blanco arriba.

—Sí, mi vida..., aquellas con eso blanco. Detrás de ellas encontraremos la libertad.

Con su hijo más tranquilo por todo lo acontecido con su abuela, volvieron a casa y empezaron a cargar lo necesario para marcharse. Por unos momentos lo perdió de vista.

—Álex, ¿dónde estás? ¡Nos vamos! —siguió llamándolo. Empezaba a ponerse nervioso por su silencio. Al fin contestó:

—Estoy aquí, papá, en el sótano.

Ya más tranquilo al oír su voz, dijo:

—¡Sube, debemos marcharnos! —De pronto, un silbido se empezaba a oír. Dim ya sabía muy bien a qué se debía ese sonido.

«Dios mío, Álex».

—¡Álex, sal de ahí! —gritaba llamándolo desesperado. Él sabía que esa bomba iba hacia ellos. En aquel momento estaba cargando lo necesario en su vehículo. Desde el coche corrió hacia la casa, y unos metros antes de llegar, aquella maldita bomba cayó sobre ella. Dim salió despedido por la onda expansiva y quedó en el suelo sin conocimiento. Un par de horas después, al despertar y sin apenas saber qué había ocurrido, miraba la casa ya destruida. No habría más de un par de paredes en pie. Sin fuerzas para gritar, dijo:

—¡Alejandro!, ¡Álex!

Estaba desesperado. Tenía la cara ensangrentada y pensaba lo peor. Se acercó a los escombros lo más rápido que su cuerpo le permitió. Llegó a lo que unas horas antes fue el sótano de su casa e intentó mover los escombros en busca de su hijo; aunque su esfuerzo no obtenía recompensa, ya que eran muy pesados. Exhausto, desistió, y se sentó junto a lo que quedaba de lo que un día fue su hogar. Lloraba gritando su nombre:

—¡Álex!, ¡Aleeeex!... ¿Dónde estás, hijo mío? ¿Dónde estás? —No podía evitar pensar que también había perdido a su hijo; y no había nadie por las calles a quien pedir ayuda. La noche llegó, y con ella el frío. Con la esperanza perdida de encontrarlo con vida y exhausto, quedó dormido en un recoveco de aquellos restos. Por fin amaneció, los primeros rayos de sol lo despertaron. Entonces, alguien se acercó a él.

—Dim, Dim, ¿estás bien? ¡Despierta! —Al oír su nombre, un atisbo de esperanza lo envolvió.

—¡¿Samuel, eres tú?!

—¿Quién va a ser si no, amigo mío? —En ese momento, Dim, alterado e intentando retirar los escombros de nuevo, reaccionó:

—¡Mi hijo está ahí entre los escombros, tienes que ayudarme! —le decía desesperado y centrado en la esperanza de que su hijo siguiera vivo.

—¿Tu hijo?... Tu hijo no está ahí, Dim.

No comprendía esa afirmación, pues vio como caía esa bomba. No entendía que Samuel le dijera que no estaba. Y mirándolo seriamente, exclamó:

—¡Claro que está!, yo cargaba el coche, y justo cuando me disponía a ir a buscarlo, cayó una bomba. Él estaba en el sótano.

—Dim, a tu hijo lo he visto esta mañana, iba en un camión. De hecho, creía que tú y tu madre ibais con él.

«¿Cómo puede ser?», pensó con alivio.

—¡Dios mío!, ¿estás seguro de lo que dices? Yo estaba aquí cuando cayó esa maldita bomba.

—¡Por supuesto que sí! Por cierto, ¿tú no eras ateo?

Dim lo miró a los ojos y, con un suspiro, le respondió:

—Ahora ya no sé lo que soy. Juraría que cuando cayó esa bomba, Álex estaba en el sótano. Aunque puede que saliera antes. ¡Ojalá tengas razón y vaya en ese camión!... ¿A dónde se dirigían? ¡Dime que lo sabes!

—A las montañas, cruzarán por allí la frontera. Y, tranquilo, te aseguro que iba en ese camión.

—No lo entiendo, ¿por qué no me buscó?

—Tal vez lo hizo, ¿quién sabe? Quizás lo encontraron y creían que estaba solo. No puedes culpar a nadie por ello.

—Posiblemente tengas razón y sea como dices. Creí que lo había perdido, pero ahora la esperanza de encontrarlo me hace querer seguir adelante; aunque esa bomba podía habernos matado.

—Por suerte no ha sido así, Dim. —Samuel empezó a mirar por todo, dejó de hacerlo y volvió a mirar de nuevo a Dim—. ¿Y tu madre?

Con aquella pregunta se entristeció y se derrumbó llorando como un niño.

—Ayer la enterramos.

Su amigo quedó descolocado, pues no sabía nada.

—Lo siento, sé que estaba muy mal, aunque no imaginaba que su enfermedad se la llevara tan rápido.

Dim prefirió no entrar en detalles acerca de la posibilidad del suicidio de su madre. Hablaron y ambos se alegraron por Álex, aunque seguían tristes por esa muerte adelantada. Samuel insistió para que lo acompañara:

—Tengo una avioneta esperando en un pequeño aeródromo; nos vamos a Suiza. Precisamente venía a buscaros. Vente conmigo, desde allí iremos a buscar a tu hijo.

—Te lo agradezco, pero prefiero hacerlo solo.

—¿Qué estás diciendo? Desde Suiza lo encontraremos.

Su amigo no podía entender su negativa, pero Dim, había tomado una decisión.

—Sé lo que hago, y te agradezco lo que intentas hacer por nosotros, pero la decisión está tomada.

Samuel, al ver firme en su decisión a su amigo, desistió en su propuesta.

—Lo entiendo, os deseo mucha suerte. Dios quiera que lo encuentres pronto.

—Y yo a ti, gracias... por todos estos años de amistad.

—Nos veremos pronto.

Allí se despidieron. Samuel se marchó y Dim subió a su camioneta.

Se alejó de lo que fue su casa sin mirar atrás, y atravesando lo que una vez fue una ciudad próspera y llena de vida.

Pero ahora, si me lo permiten, volveremos a la primera familia. ¿recuerdan...? Pues ambas están entrelazadas, y no olviden que , a partir de este momento, dejaré que aquel niño que miraba por la ventana sea el que cuente lo que pasó a continuación.

Capítulo 4

Ana y Desi estaban aterrorizadas con las bombas que caían sin cesar; ambas se abrazaban fuertemente a mi madre, mientras ella intentaba calmarlas.

—¡Mami, tengo miedo! —le decía Ana aterrorizada.

—No lo tengas, cariño, verás que pronto se acabará. Imagina que son fuegos artificiales y piensa en el cielo iluminado por sus luces multicolores.

Mamá no cesaba en su intento de tranquilizar a mis hermanas pequeñas, sobre todo a Ana. Desi era más introvertida y apenas demostraba el miedo que tenía; aunque el ruido de esas explosiones, cada vez más cercano, hacían que el suelo empezara a temblar. Por fin cesaron durante unas horas y mis hermanas y yo conseguimos dormir. Mi madre, aprovechando el descanso, se acercó a mi padre.

—¡David, esas explosiones llegarán aquí pronto! —Tenía mucho miedo y estaba nerviosa, pues sabía que era cuestión de tiempo que les tocara a ellos.

—Ten fe, Sofí, eso no pasará, ¡saldremos de está, ya lo verás!

Durante todo el día se sucedieron explosiones, pero, por fin, la noche trajo el silencio. Al día siguiente, los vehículos militares pasaban continuamente por la calle, incluidos soldados a pie. Registraban casa por casa, era cuestión de tiempo que entraran en la nuestra.

—¡Sofí! Quiero que os ocultéis todo lo posible cuando lleguen.

Con esos militares por las calles y con lo que le dijo mi padre, los nervios y el miedo afloraban en ella.

—¿Estás seguro de que entrarán aquí?

—Me temo que sí, Sofí, lo harán.

—¿Qué vas a hacer tú?

A pesar de lo sucedido y de que todo se había acabado entre ellos, no le deseaba nada malo.

—Si entran, hablaré con ellos, los convenceré de que estoy solo.

Mi madre lo miró con desconfianza y temerosa, temía por nosotros.

—No pasará nada, ¡tienes que estar tranquila! Todo saldrá bien.

—¡No te pongas en peligro, por favor! Los niños necesitan a su padre.

—No lo haré, ¡tienes que creer en mí!, no te preocupes todo saldrá bien!

A los pocos minutos, los soldados entraron en el jardín. El miedo nos sobrevino de golpe. Mi padre nos alertó.

—Ya están aquí, no hagáis ruido.

En ese momento, Ana se puso a llorar.

—¡Sofí, haz que se calle, o nos descubrirán a todos!

Mi madre no lo dudó y abrazó a mi pequeña.

—Ana, por favor, tienes que calmarte o nos van a descubrir esos hombres malos.

Lo intentaba, pero estaba muy nerviosa y seguía llorando. Los soldados se acercaban cada vez más.

—¡Mamá, tengo mucho miedo! ¡Esos hombres malos nos van a hacer daño!

—Ana, cariño, no lo tengas. Te prometo que, si no hacemos ruido, todo saldrá bien. Ahora cálmate y deja de llorar. —Mi madre, finalmente, consiguió calmarla. Acercándose a mi padre, le dijo—: ¿Qué vas a hacer, David?

—Saldré por detrás y hablaré con ellos, les haré creer que estoy solo como ya te comenté. No te preocupes, se marcharán.

Lo miraba y en sus ojos se percibía el terror; y no era para menos, el ejército del Estado estaba demostrando no ser muy civilizado que digamos.

—Es muy peligroso, no sabes si te harán daño. Es mejor que estemos todos juntos aquí.

—Sofí, si no salgo nos descubrirán a todos.

Mi padre la miró con arrepentimiento, asumiendo que lo más probable era que no nos volvería a ver.

—Si tengo que morir por mi familia, lo haré.

Entonces, mi madre le devolvió la mirada y su rostro era de perdón. Perdón al hombre al que un día amó. Con un tono humilde y confirmando que se equivocó.

—Debí hacerte caso a ti y a nuestros amigos... No acerté en mi decisión y lo siento, te fallé en todo, Sofí. Ahora debo arreglarlo. Si algo me ocurriera, huid de aquí; huid a las montañas. Yo os encontraré... ¡Os quiero!

Mi padre nos hizo venir a todos junto a él y nos abrazó fuertemente, nos besó y salió tal y como dijo, justo antes de que entraran los soldados. Se dirigió hacia la puerta principal como si nada ocurriera, cuando uno de ellos le gritó:

—¡No dé un paso más, no se mueva!

Mi padre se dirigió a él haciendo su papel:

—¿Qué sucede, por qué están en mi casa?

Aquel soldado lo empujó haciéndole caer al suelo. Seguidamente, uno de ellos lo agarró por las manos y él que le preguntaría a continuación le apuntó con un revolver.

—¡Aquí las preguntas las hago yo! ¿Quién eres?

El otro le soltó las manos y le cogió del pelo tirándolo para atrás. En susurros y casi sin poder hablar, mi padre dijo:

—Soy el dueño de esta casa. ¿A qué viene esto?

Aquel soldado, al oírle quejarse, le respondió levantando la voz:

—¿Estás solo?

—¡Sí! ¡Sí, estoy solo! Mandé a mi familia fuera del país cuando todo empezó.

—Y tú te quedaste como se puede ver... —Era evidente que no terminaba de creerlo.

Mi padre intentaba convencerlo de ello:

—Debía poner todo en orden y averiguar cómo podía ayudar a mi país.

Desde el suelo me miró y, con los ojos al igual que con su expresión, me dio a entender que no hiciera nada.

—Está bien —le dijo sin terminar de creerlo—, veremos si es cierto lo que dices. —Entonces, dirigiéndose a sus compañeros, ordenó—: Lleváoslo e interrogadlo. Sabremos si nos estás diciendo la verdad...

Por una de las ventanas del sótano escondido tras un matorral, presencié lo que le hicieron. Tuve que ver cómo le golpeaban una y otra vez. Hasta que, por fin, dejaron de pegarle para obligarle a entrar en un camión militar. Volví al sótano por una de las ventanas. Aquellos hombres se llevaban todo lo que querían, como si fuera botín de guerra. Uno de ellos se acercó a la puerta del sótano, ya había puesto la mano en el pomo y estaba empezando a girarlo.

Mirábamos hacia la escalera muertos de miedo... Mi madre tapaba la boca a Ana e intentaba tranquilizarla.

Cuando, de pronto, el soldado que le hizo aquello a mi padre les ordenó salir. Un gran alivio nos sobrevino a todos. Se lo llevaron con ellos. Y a nosotros, solo por unos segundos, no nos descubrieron.

—¡Mamá, se han llevado a papá!

Mi madre, pensando en lo peor, en que podrían matarlo, tuvo que ser fuerte por nosotros, y algo nerviosa me respondió:

—Lo sé, hijo. No te preocupes, papá sabe cuidarse. Cuando vean que no tiene nada que ver con esto, lo soltarán y volverá con nosotros.

Nada era lo mismo; por la cabeza nos pasaban los peores pensamientos. ¿Qué le harían a mi padre? Los días pasaban y no volvía. Las bombas cada vez se oían más y más cerca. Mi madre, desesperada, por lo que nos pudiera pasar, se acercó a mí.

—Tomi, si en dos días tu padre no ha vuelto, nos marcharemos de aquí, no podemos esperarlo más.

En aquel momento odié a mi madre. ¡No debíamos abandonarlo a su suerte!

—¡Mamá, tenemos que esperarlo, él volverá! ¡Cuando llegue, debe encontrarnos aquí!

Mamá sufría con todo aquello, pero debía ser fuerte y tomar una decisión. Aunque fuera abandonar a su suerte a mi padre.

—Hijo, debo hacer lo que sea mejor para todos. Nos dijo que nos fuéramos si no volvía. ¡Cariño, es lo que él hubiera querido!

En aquel momento solo pensaba en mi padre, en esperarlo para huir todos juntos. Ahora recuerdo dolorosamente lo que le dije y me doy cuenta de lo injusto que fui.

—¿Estás segura de que no es porque te ha pedido el divorcio?!

Me miró sorprendida y dolorida al mismo tiempo. Sé que fui injusto y cruel, insisto en ello, pero con mi edad no terminaba de entender aquella situación. Mi madre, sin explicarse cómo sabía aquello, quedó en silencio. Pasados unos minutos, oímos un silbido y a los pocos segundos una bomba, destruyó la casa de Marí en un millón de pedazos. Todos los cristales de nuestra casa saltaron por los aires, sentimos en nuestros cuerpos la onda expansiva: todo tembló.

—Mami, no oigo nada, me pitan los oídos —le decía mi hermanita con voz temblorosa y muy asustada.

Ella, con tanto miedo como nosotros, debía tranquilizarnos; y así lo hizo.

—Ana, cariño, pronto se te pasará y nos iremos de aquí, y todo esto será solo un mal recuerdo.

Mi hermana, atemorizada, no dejaba de pedirle a mi madre que pararan:

—¡Diles que paren, no me gustan los cohetes!

Cuando todo parecía haberse calmado, de nuevo oímos ese silbido, pero esa vez era más persistente y agudo. Mi madre se percató de ello.

—¡Tomi, ayúdame a traer esos colchones!, ¡rápido!

Nos hizo ponernos detrás, justo al lado del hueco de la escalera, la parte más fuerte de la casa, ya que era de hormigón armado.

No se equivocó, aquella bomba cayó de lleno sobre nosotros y destruyó la casa casi por completo. A los pocos minutos, volví en mí. Me sangraban los oídos y un pitido retumbaba en mi cabeza; apenas podía oír nada. El polvo y los escombros lo envolvían casi todo. Buscaba a mis hermanas y a mi madre casi a tientas y esforzándome para poder respirar.

—¡Mami, Desi, Ana! ¿Dónde estáis? —las llamaba, pero no obtenía respuesta alguna.

Cinco minutos después, Desi me respondió:

—Estoy aquí, Tomi, con Ana.

Me acerqué hacia ella un poco aturdido todavía, aunque feliz y, a la vez terriblemente preocupado.

—¿Cómo estáis?, ¿Os encontráis bien?, ¿estáis heridas?

Estaba desesperado por saber si se encontraban bien. Las miré por todo el cuerpo. No me explicaba cómo, pero no tenían ni un solo rasguño.

—¿Y mamá? ¿Dónde está mamá? —pregunté a la mayor.

—Está ahí, Tomi, creo que está dormida, no se mueve.

Me acerqué a ella; tenía un fuerte golpe en la cabeza y sangraba por la nuca. En aquel instante pensé en lo peor. Pero un brote de esperanza me sobrevino al verla mover ligeramente la cabeza.

—¡Desi, dame esa sábana!

Se la puse detrás de la nuca y, como lo había visto hacer en las películas, acerqué el oído a su pecho y pude oír cómo latía su corazón. Con eso confirmé que estaba viva. Miré por todas partes buscando el botiquín y allí estaba, en lo alto de unos escombros. Entonces me dirigí de nuevo a Desi:

—Cariño, ¿crees qué podrías llegar hasta el botiquín?

—Sí, Tomi, creo que sí.

—El hueco es pequeño, Desi, y yo no puedo pasar por ahí.

Desde donde estábamos me era imposible acceder al botiquín; en cambio, Desi podía conseguirlo.

—Está bien, Tomi, yo lo traeré.

Muy valientemente, empezó a arrastrarse entre todo aquel desastre hasta que lo alcanzó. Lo había cogido, pero, al volver, metió el pie en un agujero. A pesar de mi sordera, la oí gritar de dolor y llamarme desesperadamente.

—¡Tomi, Tomi, me he enganchado el pie y no puedo sacarlo; me duele mucho!

Intenté calmarla:

—Ya voy, Desi, no te muevas.

Me arrastré hasta ella como pude rozándome por todo el cuerpo con los escombros. Ya a su lado, pude comprobar que lo tenía enganchado entre unos hierros.

—Ahora te sacaré de ahí, ¡mírame, Desi, mírame solo a mí! Y no llores, no te pasará nada.

El dolor de Desi se hizo mío, debía sacarle el pie lo antes posible.

—Sí, Tomi, no lloraré.

Mi hermana, tan pequeña y con esa entereza. Intenté sacárselo lentamente. Le sangraba, y yo no podía hacer nada. Cuando tiraba de él, el dolor le era insoportable. En ese momento, por una entrada que se había hecho con la explosión, una silueta cubrió la luz del sol. Era un hombre que, arrastrándose por los escombros, se acercó a nosotros.

Un miedo atroz y la imposibilidad de huir me envolvieron por completo, hasta el momento en que nos habló.

—No tengáis miedo, os he oído gritar y vengo a ayudaros. —Al ver la situación de mi hermana, se dirigió a mí—: ¿Qué le ha pasado?

Un gran alivio me sobrevino, un adulto parecía querer ayudarnos.

—¡Le hice ir en busca del botiquín!, ¡fue culpa mía, no debí haberle dicho que lo trajera! Tiene el pie enganchado entre unos hierros y no puedo sacárselo.

Me miró y, con una gran calma, me dijo:

—Tranquilízate, ¿cómo te llamas?

—Tomi, mi nombre es Tomi, señor.

Aquel hombre desconocido empatizó con nosotros, y en aquel momento, fue como el milagro que nos hacía falta.

—El mío es Dim, y necesito que me dejes intentarlo. Ahora le sacaremos el pie de ahí. Habla con ella, no dejes de hacerlo.

—Está bien.

Hice lo que me dijo y empecé a hablarle:

—Desi, tendremos que buscar entre todo este desorden tu osito, o se perderá. —Daba resultado, por momentos no pensaba en el dolor.

Aquel hombre, mirándome seriamente, me dijo:

—Sigue así, lo estás haciendo bien. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Desi, señor.

—Tomi, tutéame, no hace falta que me llames señor; preferiría que empezáramos a ser amigos.

Apartó el escombros de su alrededor, y agarrando fuertemente uno de los hierros, lo dobló hacia él. Por fin, mi hermana estaba liberada y pudo sacar el pie de entre aquellos hierros. Entonces volvió a preguntarme:

—¿Tomi, hay más personas aquí?

—Sí, mi madre y mi hermana pequeña —dije señalándolas—. Están allí, detrás de aquel colchón. Mi madre está herida, no despierta y le sangra la cabeza por la parte de atrás. Por eso le pedí a Desi el botiquín.

—Está bien, ahora curaremos a tu hermana, no parece grave, se recuperará, vayamos con tu otra hermana y tu madre.

Tuvimos que sortear los escombros para poder llegar. Dim llevaba a mi hermana encima de la espalda, agarrada a su cuello.

—¡Coge a tu hermana y acércame el botiquín!

Así lo hice. Lo abrió y se dispuso a limpiar la herida de Desi.

—¿Me va a doler? —le preguntó con miedo, a la vez que nerviosa.

—No, quizás te pique un poco, pero veo que eres una chica fuerte, además de guapa. —Después de intentar calmarla de nuevo, sacó el alcohol y empezó a limpiar la sangre—. Tomi, acércame el yodo y esas gasas.

—¡Me escuece mucho! ¡Me hace daño! —le decía con lágrimas en los ojos. Nunca la había visto llorar de esa manera, y de nuevo, su dolor se hizo mío. Por fin, Dim terminó, aunque no pudo evitar su sufrimiento al curarla.

—Ya está, he terminado, ¿no ha sido tan doloroso verdad?

—¡Sí que lo ha sido! ¡Me has hecho mucho daño, te odio! ¡Nunca te perdonaré! —Desi lo miraba y lloraba. Estaba muy enfadada con él. Aunque, por supuesto, se le pasaría.

—Tomi, consueta a tu hermana; yo miraré a tu madre.

Cuando estaba a pocos centímetros de llegar hasta ella, mi hermana pequeña se cruzó entre ambos.

—Hola, tú eres la más pequeña, ¡a que sí!

Mi pequeña Ana lo miraba como si de un ángel se tratara.

—Sí, me llamo Ana. Estoy sucia, llena de polvo; ¡y no me gustan los fuegos artificiales!

—No pasa nada, con agua y jabón lo solucionaremos. Ahora, si vas con Tomi y tu hermana, intentaré ayudar a tu mamá.

—Vale.

Dim examinó a mi madre, le limpió la sangre y le puso unas vendas. Cuando terminó se acercó a mí.

—Tu madre tiene un fuerte golpe en la nuca, posiblemente le golpeó algún escombros en la explosión.

Eso ya lo sabía, lo que necesitaba es que me dijera que se pondría bien.

—¿Se pondrá bien? Es mi madre. —La miraba y no podía soportar la idea de que muriera.

—Sí, pero no sé cuándo despertará.

Aquello me dio esperanzas, por un momento creí que nunca más despertaría, ¿qué haría yo sin ella?

—Si en dos días no ha despertado, tendremos que sacarla como podamos e irnos de aquí. ¿Tenéis reservas de comida y agua?

La idea de marcharnos me estremecía por mi padre, pero mi madre corría peligro, al igual que mis hermanas y yo, así que tendríamos que hacerlo llegado el momento. Y a la pregunta que me hizo le señalé la zona donde teníamos almacenados los víveres.

—Justo debajo de esos escombros están la comida y el agua.

Dim, poniéndome las manos en los hombros, me dijo:

—Intentaremos recuperar toda la que podamos, o no sobreviviremos.

Toda nuestra comida quedó enterrada por la explosión. Pero, aun así, debíamos recuperar toda la que fuera posible.

—Ayúdame a quitar esas piedras.

Nos acercamos los dos con mucho cuidado; el peligro de derrumbamiento no había desaparecido. Nos llevó un par de horas conseguir recuperar parte de la comida y el agua; a lo demás nos fue imposible acceder.

—¿Cómo nos iremos?

—Tomi, no te preocupes por eso, tengo mi camioneta en la parte de atrás. Mañana empezaremos a cargarla, aunque habrá que conseguir más víveres.

No terminaba de entender por qué no huyó como los demás, y por qué se quedó a ayudarnos. Al fin y al cabo, éramos desconocidos para él. No pude resistirme y le pregunté:

—¿Por qué nos ayudas?

A aquella pregunta le siguió un profundo silencio, así que volví a preguntarle. Me miró y, con el rostro entristecido, me respondió:

—Yo también tengo familia, Tomi. Mi hijo va en un camión hacia las montañas con desconocidos, y me gustaría que lo cuidaran lo mejor posible. No se puede pretender que eso suceda, si yo no hago lo mismo por los demás.

Lo vi deshecho y pensativo; ya que sufría por su hijo, preferí no seguir preguntándole. En ese momento, Ana se acercó y pegándose a mi oído, dijo:

—Tomi, tengo pipí y caca.

—¡Cariño, ve al lavabo! —Con la respuesta que le di, me miró desconcertada y avergonzada a la vez.

—Ya no tiene puerta, y Desi no quiere venir conmigo.

Por suerte, el baño se salvó de aquella bomba.

—¿Qué problema hay, cariño?

—¿Y si Dim me mira?, ¡me da vergüenza!

—Está bien, yo iré contigo y nadie te mirará, ¡yo vigilaré!

A Dim le volvió la sonrisa a la cara después de oír a mi hermana. No había día en el que mi pequeña Ana no te hiciera reír de alguna forma. Pasaron las horas y terminaba el plazo para nuestra partida. Oí unos susurros casi inaudibles.

—Tomi... Tomi —¡Esa voz!, esa voz era la de mi madre. Feliz de haberla oído, me acerqué a ella.

—¡Mamá, has despertado! ¡Estábamos muy preocupados por ti!

Muy suavemente, y apenas sin poder hablar, dijo:

—Claro, cariño, no podía dejaros aquí solos.

Algo sucedía, no me miraba a los ojos, su mirada estaba perdida. Extrañado por ello, le pregunté:

—Mamá, ¿qué te ocurre, por qué no me miras?

Buscó mi mano y la apretó fuertemente.

—Hijo, enciende la luz, está muy oscuro.

Miré a Dim, y él hizo un gesto de resignación, moviendo la cabeza ligeramente de lado a lado.

—¡Mamá, es de día y hay luz por todas partes! ¿Qué te pasa, por qué no puedes vernos?

Dim se acercó hasta nosotros.

—Deja que la mire. —Ya a su lado, se dirigió a mi madre—: Hola, señora. Me llamo Dim y estoy aquí para ayudarles.

Al oír su voz, sonrió y puso las manos sobre su cara.

—Hola, Dim... Llámame Sofi. En tu rostro noto tu tristeza. —Él quedó en silencio, no dijo nada a esa afirmación. A los pocos segundos...

—Sofi, les cayó encima un obús, posiblemente le golpeó algo en la cabeza y ha afectado a su vista.

El rostro de mamá cambió a resignación y tristeza.

—¿Me he quedado ciega? —le preguntó con temor.

Él me miró y, seguidamente, se dirigió de nuevo a ella:

—Creo que es pronto para decirlo, confiemos en que recupere la visión paulatinamente, no debe perder la esperanza.

Mi madre dejó a un lado su ceguera, y volvió a preguntarle:

—¿Por qué estás aquí?, ¿no deberías haberte marchado como los demás?

Dim suspiró profundamente y tras unos segundos, explicó:

—Por desgracia, tomé la misma decisión que vosotros y también nos quedamos.

—¿Por qué hablas en plural?

—Tengo un hijo, y va de camino a las montañas con desconocidos... Aunque mejor eso que haberlo perdido en esta absurda guerra.

En aquel momento, mi madre entendió el porqué de su tristeza.

—Lo siento mucho, Dim, seguro que lo encuentras. —Se sintió mal y algo angustiada; pues, con tres hijos, entendía por lo que estaba pasando—. ¿Quieres hablar de ello? —Se sentía agradecida por su ayuda y necesitaba compensarle en lo que pudiera.

—Me encontraba fuera de mi casa, seguía pensando que todo acabaría pronto. Nada más lejos de la realidad... Nos cayó una bomba, un misil perdido, supongo, o quizás dirigido al igual que a vosotros... ¡Qué más da ahora! Aquella bomba destruyó mi casa, todos los esfuerzos de una vida... Yo quedé fuera, tirado en el suelo, aturdido.

En un principio, creí que mi hijo había muerto. Por suerte, no fue así... Por alguna razón consiguió salir a tiempo, posiblemente perdido y desorientado. Dio con un grupo que huía y lo

llevaron con ellos. —Otro drama se cernía sobre un padre y un hijo. Por supuesto, no serían los únicos.

—Lo bueno, Dim, es que ha sobrevivido y va camino de la libertad, estoy segura de que lo encontrarás; eres una gran persona y la vida te ayudará.

—Quiero pensar que será como dices, Sofi. Ahora lo importante es sacarlos de aquí cuanto antes. Los soldados volverán, de un bando u otro, lo harán y ninguno de ellos es de fiar. ¿Crees que podrás viajar?

A pesar de su estado, sabía que todos corríamos peligro si no nos marchábamos de ahí.

—¡Sí!, por supuesto que podré. Debimos haberlo hecho hace tiempo.

Mi madre parecía que se recuperaría, y un ángel apareció en el momento oportuno, el optimismo entró con él. Pero mi padre quedaría atrás, y no sabríamos qué había sido de él. Pero marcharnos era lo más sensato. Dim agarró fuertemente las manos de mi madre y no apartaba la mirada de ella. A mamá, una lágrima le caía por el lado izquierdo de la cara.

—Nunca es tarde para intentar sobrevivir. Mañana, al amanecer, emprendemos camino.

—Gracias..., no sé qué hubiera sido de nosotros sin tu ayuda. Ni sé que te hizo pasar por nuestra calle, si el destino o el azar, pero doy gracias al cielo por tu llegada, Dim.

Él movió la cabeza ligeramente afirmando con ella.

—Está bien, supongo que es como dices, debe ser cosa del destino o de Dios, pero eso no importa ahora, Sofi. Lo importante es que todos salgamos de esta con vida.

—No seas tan duro contigo mismo. Yo también he perdido al padre de mis hijos, aunque yo mantengo la esperanza de que siga vivo, por el bien de los niños.

Supongo que Dim se dio cuenta de que no hablaba diciendo mi marido, solo decía «el padre de mis hijos», y «por el bien de ellos». Aunque, por prudencia, no le preguntó. Mi madre jamás perdonaría lo que le hizo como marido.

—Me contó Tomi lo sucedido. Puede que solo esté retenido y algún día volváis a estar juntos de nuevo.

Ella se mojaba los labios uno contra el otro y suspiraba profundamente.

—¡Ojalá sea así! Los niños lo necesitan. Ahora será mejor que intentemos descansar.

—Tienes razón, mañana será un día duro y largo.

Pasó la noche y el sol salió como siempre. Llegó el momento, todo estaba preparado para la partida. Dim se acercó a mí.

—Tomi, acercaré la camioneta lo máximo posible; debéis estar preparados.

Hizo lo que dijo y sacamos a mi madre por un gran agujero creado por la bomba, el mismo por el que Dim entró por primera vez. Él la cogió en brazos, y yo a Desi. Ana iba delante de nosotros. Entramos en la camioneta. Era de esas muy grandes, con muchas plazas, y de color rojo.

—¿Estáis todos listos? —preguntó Dim.

—Cuando quieras —le respondí.

—¡Pues vayámonos de aquí!

Dejábamos atrás todo aquello, mi padre, mi casa, mi barrio y toda nuestra vida. Los kilómetros se sucedían uno tras otro en dirección a la frontera. Las montañas siempre majestuosas. Ni un solo vehículo por esa autopista como compañía; miles de árboles a izquierda y derecha. La suerte estaba de nuestro lado, aunque no duraría mucho tiempo.

—Tomi, abre el mapa.

—¿Qué buscamos? —le pregunté, pues quería saber cuál era su plan.

—No te preocupes, enseguida lo sabrás, ahora necesitamos gasolina. Dim paró la camioneta y

miró el mapa, después de ojearlo, dijo:

—A tres kilómetros debería haber una estación de servicio; mataremos dos pájaros de un tiro. Justo al lado hay una gran superficie. ¿Quizás encontremos algo de comida? —La mirada y su expresión denotaban incertidumbre, no las tenía todas consigo—. ¡Espero que sigan allí!

Al fin divisemos esa gasolinera y al lado la gran superficie, la cual parecía estar en perfecto estado. Nos acercamos a los surtidores y su expresión cambió de nuevo, gracias al cielo todavía estaban ahí.

—¡Maldita sea! —exclamó Dim muy enfadado—. No hay electricidad.

Preocupado, le pregunté, ya que en aquel momento no entendía qué problema había, la gasolina estaba ahí.

—¿Qué vamos a hacer?

—No podemos hacer nada, Tomi, es imposible sacar la gasolina.

En ese instante entendí lo necesario de la electricidad. Miré por todas partes, pronto vi a unos treinta metros un almacén.

—En aquella esquina hay una puerta de garaje, quizás haya algo que nos pueda servir.

La esperanza me sobrevino de nuevo, quien sabe si tendríamos una oportunidad, o si encontraríamos algo con que sacar el combustible.

—Vamos, puede que tengamos suerte.

Forzamos la puerta y entramos. Estaba oscuro, llena de trastos. Parecía que alguien con síndrome de Diógenes, viviera ahí.

—Tomi, ¿llegas a la ventana?

—¿A qué ventana?

—Está a la derecha según hemos entrado.

—La veo, ahora la abro.

Cogí un bote de pintura que había allí tirado, me subí en él y conseguí abrirla y la luz entró. Al hacerlo, un enorme gato salió de entre aquellos chismes dándonos un susto de muerte y haciéndome caer al suelo.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado, ya que me di un buen golpe en la cabeza. No sé si eran estrellas lo que vi, pero la cabeza me daba vueltas. El golpe me produjo un dolor intenso.

—Estoy bien, pero me ha dado un susto de muerte ese gato.

Dim sonrió, se adentró unos metros y empezó a retirar chismes, cuando, de pronto...

—¡Acércate, Tomi, ayúdame a sacar esto de aquí! —Fui hasta él, allí había un extraño aparato.

—¿Qué es eso? —le pregunté. No tenía ni idea de para qué servía esa cosa.

—Nuestro pequeño milagro. ¡Saquemos esa gasolina!

Al final, la suerte estuvo de nuestro lado: encontramos una bomba manual para extraerla. No sin esfuerzo, conseguimos averiguar cómo se utilizaba. Llenamos el depósito y fuimos a la gran superficie. Aparcamos justo en la entrada principal; entonces, se dirigió a mi madre:

—Sofi, no tardaremos, pero si no encontramos víveres, nos será muy difícil sobrevivir.

—Ten fe, encontrareis comida, y no os preocupéis por nosotras, aquí estaremos bien. ¡Id y que tengáis suerte!

—De acuerdo, volveremos lo antes posible.

Mi madre y mis hermanas quedaron en la camioneta. Nosotros cogimos dos carros y nos acercamos a la entrada principal, la cual estaba cerrada.

—¿Cómo vamos a entrar?

Dim pensó y, a los pocos segundos, reaccionó:

—Son cristales, por tanto, se pueden romper. Será mejor que te echas hacia atrás unos metros.

Dim arrancó un pilón que había algo suelto, supongo que algún vehículo lo había golpeado y doy gracias por ello. Lanzó el pilón contra una de las puertas de cristal y, después de unos intentos, la hizo añicos.

—Entremos, no perdamos más tiempo.

Yo le seguía entre aquellos pasillos vacíos llenos de cosas inservibles para nuestros propósitos tiradas por el suelo.

—¡No hay nada! —le dije entristecido y hundido.

¿Cómo sobreviviríamos? Solo pensaba en mis hermanas y en mi madre. Dim Paró súbitamente y se giró hacia mí.

—Como tu madre siempre dice, la esperanza es lo último que se pierde. Tomi, esto es muy grande. Algo encontraremos.

Habíamos recorrido ya todos y cada uno de los pasillos y no dimos con nada, cuando, de pronto...

—¡Para!

—¿Qué sucede? —Me miraba, pero no decía nada, estaba pensativo. A los pocos segundos me respondió:

—Aquí no hay nada, pero quizás en la parte de carga sí lo haya; estamos buscando en el sitio equivocado.

Dim estaba empeñado en encontrar comida y no cesaría en su empeño. Entonces, nos dirigimos a la parte de carga. Una vez allí, empezamos a buscar por todas aquellas estanterías. Al principio no encontramos nada. Ya desesperados de ver estanterías vacías, giramos a la izquierda, y ya en el final de uno de aquellos pasillos interminables, ¡por fin!, encontramos agua y algunas latas de conservas, verduras y legumbres... ¡Sobre todo, legumbres! Las odiaba, pero por primera vez sentía ganas de comerlas.

—Vale, Tomi, tenemos ya llenos los carros y aquí no parece que haya mucho más; será mejor que volvamos.

Nos dirigíamos a la camioneta sonrientes; habíamos encontrado todo aquello y teníamos el depósito lleno. Nos pusimos en la parte de atrás de la camioneta, abrimos el maletero y vaciamos los carros.

—Marchémonos de aquí —exclamó Dim.

De pronto, unos hombres, tres, para ser exactos, gritaban y corrían hacia nosotros.

—Dim, ¿qué deben querer esos? ¿Y por qué nos gritan?

—No lo sé Tomi, pero sube rápido a la camioneta —me dijo en un tono tranquilo y a la vez imperativo; algo le hizo pensar que era mejor salir de allí cuanto antes—. Echad todos el pestillo.

Aquellos tipos no estaban a más de veinte metros de nosotros, y al fijarme en ellos, vi que llevaban bates de béisbol; Dim tenía razón. No eran precisamente amigables.

—¡Dim, nos van a alcanzar!... ¡Llevan bates!

Venían por nosotros y la falta de comida y vehículos, nos hacía imprescindibles para sobrevivir. Dim intentaba arrancar la camioneta, a la vez que miraba cuán cerca estaban.

—¿Por qué no arrancas? —le pregunté aterrado.

—No lo sé, nunca me había fallado. —Intentaba una y otra vez arrancarla sin éxito.

Esos tipos se nos echaron encima y golpeaban la camioneta fuertemente.

—¡Abrid las puertas! —nos decían todos ellos, enfurecidos y desesperados por conseguir lo que teníamos.

—¡Arranca, Dim, por favor! —le pedía mi madre desesperada.

Uno de ellos golpeaba la luna delantera una y otra vez, al mismo tiempo que gritaba que abriéramos las puertas.

—¡Necesitamos la maldita camioneta! Bajad ahora y no os haremos daño —repetían incansables.

Por fin, Dim consiguió arrancarla y pisó el acelerador. Salimos de allí casi arrollándolos. Mirábamos hacia atrás por miedo a que nos siguieran.

—¿Por qué actuaron de esa manera? —le preguntó mi madre.

—Querían la camioneta, y la querían a toda costa, Sofi.

—Cómo puede haber cambiado la gente de esa forma —insistía, pues no entendía por qué las situaciones límite hacen cambiar a las personas, y a veces, la ética y la moral quedan a un lado.

—Me temo que es supervivencia. No podemos esperar nada bueno de lo que nos encontremos a partir de ahora. No debemos fiarnos de nadie.

Mis hermanas y yo, no dijimos palabra en varios kilómetros. Aquellas personas nos metieron el miedo en el cuerpo a los tres. Todo fue bien durante un tiempo, hasta que, al salir de aquella curva, tuvo que frenar bruscamente. Nos quedamos al borde de aquella carretera desaparecida, como si la hubieran cortado y puesto de nuevo cien metros bajo nuestros pies. Ante lo que estaba viendo, sobrecogido, exclamé:

—¡Dios mío, el puente! ¡No está! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Él estaba tan perdido como yo. Tendríamos que volver por donde habíamos venido.

—Ni idea, Tomi, es el único camino.

Mi madre, al oírnos, me llamó.

—¿Qué sucede, Tomi?

—¡El puente, mamá, no está, lo han destruido!

No pude evitar romper a llorar, parecía que el destino no quería que saliéramos de allí.

—Cariño, no llores. Eres un hombre y tienes que ser fuerte. Ve con Dim, seguro que encontrareis una solución.

Mamá me animó e hice lo que me dijo. Dim era un hombre con recursos y de sangre fría.

—Siéntate, daremos la vuelta.

A unos tres kilómetros, me pareció ver una salida. Dim creía haber visto una posible vía de escape. Dimos la vuelta y comprobamos que, tal como dijo, ahí estaba el desvío. No nos quedó otra que probar suerte, aquello ya no era una carretera, sino, más bien, un camino de montaña. El frío aumentaba y el cielo se cerraba con unas nubes muy blancas y compactas.

—No tardará mucho en nevar; asegúrate de que tu madre y tus hermanas tienen mantas suficientes.

No dudé en hacer lo que me dijo. Seguidamente, pregunté a mi madre:

—Mamá, ¿estáis bien?

—Sí, Tomi, no te preocupes, estamos bien.

—Mamá, ¿consigues ver algo?

Rezaba para que así fuera y recuperara la vista.

—Algo ha mejorado, los bultos se empiezan a definir.

—¡Me alegro mucho, mamá! Pronto volverás a ver, y ya no dependerás de nadie.

No perdía la esperanza de que volviera a ser la de antes. Lo deseaba con todo mi corazón. Cansada, quedó dormida. Una de mis hermanas se acercó a mí.

—Tomi.

La miré con dulzura y le tendí los brazos.

—Ven aquí, siéntate encima de mí y cuéntame.

Ana se sentó en mis rodillas y, muy preocupada, me dijo:

—¡Desi está mojada por todo, suda mucho!

«Dios mío», pensé.

—Déjame ver.

Al acercarme a ella supe que no era bueno; sudaba como nunca la había visto antes y tenía escalofríos. No sabía qué hacer, así que llamé a mi madre.

—¡Mamá, mamá!, despierta, es Desi, creo que tiene fiebre.

—Cariño, poco puedo hacer yo. Por favor, trae a Dim, él sabrá lo que hacer.

Así lo hice, paró la camioneta y le quitó las vendas. Al ver su herida, dijo:

—No me gusta esto, necesitamos antibióticos, tiene una gran infección.

Seguidamente, habló con mi madre y le dijo lo que pasaba.

—¿Aguantará? —preguntaba llorando de la impotencia al no poder hacer nada por su hija.

Dim, cogiéndole las manos, intentó tranquilizarla.

—Conseguiremos esos antibióticos, te lo prometo.

Volvimos a ponernos en marcha. Yo me quedé a su lado poniéndole paños fríos para bajarle la fiebre.

De pronto, empezó a nevar. En cuestión de minutos estaba todo blanco. La suerte se volvió a poner de nuestro lado: una señal anunciaba un pueblo a dos kilómetros. Llegamos, aunque no era un pueblo, sino, más bien, una aldea con una veintena de casas. Parecía estar abandonada, todos debieron marcharse cuando empezó esta guerra sin sentido.

—Tomi, quédate aquí y echad los pestillos. Yo buscaré ese medicamento.

Empezó a alejarse entre la ventisca. Le costaba un enorme esfuerzo dar cada paso; apenas se podía ver por la fuerte nevada que estaba cayendo. Pasaban los minutos y Dim no volvía. A Desi le aumentaba la fiebre, tenía espasmos y deliraba cada vez más.

—¡Mamá!, ¿qué puedo hacer?

—Quítale la ropa poco a poco. Y recemos para que Dim regrese con los medicamentos a tiempo. Ahora ayúdame a acercarme a ella.

Me aparté y la ayudé para que pudiera estar a su lado.

—Desi, cariño, soy mamá y estoy aquí contigo... Mi niña, mi princesa.

Entre sollozos y temblores, mi hermana abrió los ojos y, con una sonrisa subió su pequeña mano derecha y le acarició la cara.

—Hola, mami... ¿Puedes verme? Tengo mucho frío. ¿Tú estás mejor?

A pesar de su estado, lo único que le preocupaba era mi madre, sonreía y temblaba al mismo tiempo.

—No, cariño, pero estoy segura de que pronto podré mirarte y ver lo preciosa que eres.

Desi seguía acariciándole la cara. Los temblores iban cesando. Ya casi desnuda, mi madre, con todo su amor la abrazó dándole fuerzas. Sufría por ella y pedía a Dios que Dim volviera pronto con los antibióticos.

Pasaron cincuenta minutos y, por fin, llegó. Tocó la puerta y le abrimos. Entró tiritando de frío, aunque en su caso no era por la fiebre.

—¿Cómo se encuentra? Lo siento, no he podido llegar antes —mi madre preocupada e impotente por el estado de Desi. Dijo.

—No te preocupes, lo importante es que has vuelto. Pero dime, ¿está muy mal? ¿Has conseguido los medicamentos? ¡Dime que los has traído! —Esperaba su respuesta positiva, pues de lo contrario, mi hermana podría morir.

—Sí, los he encontrado muy cerca de aquí. No os preocupéis, todo saldrá bien.

Dim cogió con mucho cuidado a Desi. Le pasó el brazo por el cuello y la incorporó para darle un jarabe para la fiebre y un antibiótico para parar la infección de su herida. Mi madre buscó las manos de nuestro protector.

—¿Cómo podré agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotros?

Él la miró tiernamente, y poniendo su otra mano sobre la de mi madre, le respondió:

—Te dije, Sofi, que no tenías nada que agradecerme. Lo hago de todo corazón. Tienes una familia preciosa e increíble. Para mí es más que suficiente poder ayudaros.

—De todas formas, gracias por todo. Sé que eres un hombre bueno, pero aun ese tipo de personas no arriesgarían su propia vida más de una vez.

—Cuando lleguemos a la frontera y estéis a salvo, podrás darme las gracias si aún lo deseas... ¡Ahora, vayamos cuanto antes a esa casa! Pasaremos allí la noche o nos quedaremos congelados.

Bajamos de la camioneta y, tal como dijo, fuimos donde encontró los medicamentos. La chimenea estaba encendida y había preparado unos colchones con sus mantas frente a ella. Era una casa rústica de madera por fuera y de piedra vista por dentro. Tenía un salón enorme con grandes cristalerías por las cuales se veía nevar. Dim y yo acostamos a mi madre sobre uno de los sofás del interior del salón, y a mis hermanas en el otro. Ya con todos acomodados, se acercó a mamá.

—Sofi, ¿cómo te encuentras?

—Me siento mucho mejor gracias a ti Dim. No me cansaré de darte las gracias por todo lo que estás haciendo.

—Olvídate de eso. —Dim levantó el dedo índice—. Ahora sigue mi dedo.

Movía la mano derecha de un lado al otro. Mi madre apenas la veía y le preguntó.

—¿Crees que recuperaré la vista?

—¡Claro que sí!... ¡Por supuesto que la recuperarás! Solo es cuestión de tiempo. —Se giró dirigiéndose a mis hermanas—: Y vosotras dos, ¿qué? ¿Os vais a dormir?

Era muy amable con todos nosotros, en especial con mis hermanas pequeñas. Desi se encontraba mejor y habló con él.

—Dim, cuando lleguemos a ese sitio que llamáis frontera, ¿te quedarás con nosotros? Seguro que te harás muy amigo de mi papá.

—Siempre estaré cerca, pero tu familia sois vosotros cuatro y tu papá.

Ana se acercó a él y, abrazándolo, le dijo:

—¡Dim, quiero que vivas con nosotros, porque eres muy bueno y muy guapo!

Mi hermana Ana, viviendo en su mundo de fantasía, demostró a Dim, su cariño al decirle aquellas palabras. Él se conmovió al escucharlas. Ambas abrazaron fuertemente a aquel recién llegado a nuestras vidas, un total desconocido que nos había salvado y que empezaba a convertirse en parte de nosotros. Yo escuchaba emocionado, y los miraba con lágrimas en los ojos, pues, en aquella situación de barbarie y locura, él apareció como si de un enviado celestial se tratara.

—Y tú, ¿qué? ¿No piensas darme un abrazo? ¿O es que eres demasiado mayor para eso? Pues para mí también os habéis convertido en mi familia.

En aquel momento sentí vergüenza, pero con todo lo que estábamos pasando, eché a un lado mis prejuicios y también lo abracé como si se tratara de mi ángel de la guarda. Miré a mi madre y

pude ver como sonreía, se sintió feliz al saber que no estábamos solos. El me miró entristecido.

—Cuando perdí a mi hijo al subir a aquel camión, creí que tal vez no lo volvería a ver. Tendría que mover cielo y tierra para conseguirlo. Y que posiblemente él o yo no lo conseguiríamos. Ahora, de alguna forma, al encontraros, he recuperado la esperanza y sé que volveremos a estar juntos de nuevo. Vosotros me habéis devuelto la ilusión y la fe. Os prometo que os llevaré a la frontera, tendréis una oportunidad fuera de la sinrazón y la barbarie.

Sé que mis hermanas no entendían nada, pero a mi madre y a mí nos llenó de optimismo. Mi padre decidió mal, al igual que Dim. Pero aquello ya no tenía remedio, y ambos pagaron un alto precio por su error. Pasó la noche en la que un día, gente normal como nosotros vivía haciendo sus vidas, y, por un momento, llegué a pensar que nada de aquello había sucedido. Aunque, por desgracia no era así. Miles o, tal vez, cientos de miles de hombres, mujeres y niños permanecerían en las ciudades y alrededores viendo como su mundo se derrumbaba ante ellos, teniendo que soportar hambrunas terribles, y sin poder hacer nada por evitarlo, sintiendo el abandono y viendo morir a sus familiares por la sinrazón de ese genocidio dirigido y orquestado por un presidente despiadado, incapaz de ver más allá de su poder. A pesar de todo ese sufrimiento, debíamos continuar con nuestra huida. El día siguiente llegó, y con él la realidad.

—Tomi. ¡Tomi, despierta!

Alguien me tocaba el hombro, y oía una voz, pero no sabía si dormía o, por el contrario, estaba despierto. Supongo que el cansancio hacía mella en mí. Al fin, abrí los ojos y allí estaba.

—Hola, Dim, soñaba con todo esto, perdona.

—Buenos días, Tomi. Está bien soñar, pero ahora debemos marcharnos. Despierta a tu madre y a tus hermanas, no podemos perder tiempo, sería peligroso.

Me levanté, e hice lo que me dijo. Él se acercó a mi hermanita.

—Desi, tengo que cambiarte el vendaje, ¿puedo?

—Claro, sé que ahora no me harás daño.

Desi no olvidaba cuando la curó por primera vez. Dim, lentamente, le quitó las vendas, pero al ver su herida, su cara cambió. Cuando vi su expresión, me temí lo peor.

—¡Es increíble, no puede ser! —dijo Dim.

Mi cuerpo tembló. «¡Dios mío!», pensé.

—¿Qué es increíble? Es algo malo, ¿verdad?!

En aquel momento creí que se moría.

—Todo lo contrario, Tomi, podemos alegrarnos; las perforaciones se le han curado por completo, nunca había visto nada igual, es como... si nunca hubiera tenido esas heridas.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. El miedo a perderla desapareció por completo. Mi hermana se había curado. Con una gran sonrisa, le agradecí lo que hizo por ella.

—¡Esa es la mejor noticia que podía oír! ¡Gracias, Dim, gracias!

—¡Corre, ve y hazle saber a tu madre que su pequeña está curada! —Fui hasta ella, tenía que contárselo cuanto antes, la felicidad era total y estaba muy emocionado.

—¡Mamá, mamá! —Apenas podía pronunciar palabra—. ¡Mamá, Desi está curada! ¡Es un milagro, mamá!

Con su rostro irradiando felicidad y cayéndole las lágrimas, exclamó:

—¡Mi niña!, ¡gracias, Dios mío! Esto es una gran alegría en medio de este infierno, mi pequeña se ha curado. Dios ha escuchado mis súplicas.

El pie de mi hermana se había curado. Toda esa culpa que sentía se disipó. No sé si fue un milagro, pero aquella herida sanó de una manera sobrenatural. Tal vez fue Dios, que se apiadó de

mi pequeña Desi o, tal vez, fue Dim con sus conocimientos, o ambos juntos. Lo único importante era que estaba bien. Nuestro ángel en la Tierra decidió acercarse a nosotros, y gracias a su decisión, puedo contarle ahora.

—Tomi, ¿por qué lloras?

—¡Es de alegría, creí que la perdería y saber que se ha curado...!, No..., no sé cómo expresar la emoción que siento. Fue culpa mía. Si no le hubiera pedido que fuera a por el botiquín...

—Tomi, tú no tuviste la culpa; hiciste lo que debías, no lo olvides. Y ahora vayámonos, tenemos un largo camino por delante, y no quiero verte sacar una sola lágrima más, todo está bien. De acuerdo, será como dices, y no lloraré más.

Desayunamos y emprendimos la marcha. Por suerte, durante unas horas no nevó, pero aquella carretera de tierra congelada estaba llena de nieve y hielo. A Dim le era muy difícil mantener la dirección del vehículo. Ya recorridos treinta kilómetros, de pronto, Dim frenó súbitamente.

—¿Qué sucede, por qué paramos?

Miró hacia la lejanía de la carretera pensativo. A los pocos segundos me respondió:

—Esa pendiente, Tomi, me temo que, si intentamos subir por ella, perderemos el control de la camioneta.

—¿Qué vamos a hacer?

Por unos segundos estuvo ausente de nuevo. Debía decidir y pronto. Yo miré a nuestro alrededor, aunque la ventisca apenas me dejaba distinguir nada, pero no sé cómo, lo vi.

—A nuestra derecha hay un camino, podríamos ir por allí.

Con una mirada de extrañeza y sorprendido, respondió:

—Bien hecho, Tomi, probaremos. Tal vez encontremos un sitio donde pasar la noche.

Arrancó de nuevo, dio marcha atrás unos metros y cogió ese camino. Media hora después de ver paisajes increíbles, de miles de árboles cubiertos por la nieve elevándose sobre el terreno, por fin, se divisaba algo en la lejanía.

—¡Dim, mira, hay una casa!

—Perfecto, iremos ahora.

No era una simple casa, más bien, era una mansión. Alguien muy importante debía vivir allí, grandes muros rodeaban aquel lugar y, frondosas enredaderas los cubrían. El portón de la entrada era de hierro forjado y de unos tres metros de altura. Estaba abierto. Se acercó hasta él frenando y parando justo al lado.

—¡Esperad aquí! Iré a comprobar que no sea peligroso. Poned los pestillos.

Bajó de la camioneta y se dirigió a la mansión. Pasaban los minutos y empezábamos a preocuparnos; con lo que estaba ocurriendo, cualquier sitio podía ser peligroso. Ya nerviosos por su tardanza, me acerqué a mi madre.

—Mamá, tarda mucho tiempo en volver, ¿crees que puede haberle ocurrido algo malo?

—No te preocupes, cariño, no tardará. La casa es grande, supongo que la está revisando a fondo para que estemos seguros de que no corremos peligro.

Sus palabras me tranquilizaron; mi aprensión aumentaba día tras día desde que empezó todo. El miedo a perder a alguno me aterrorizaba, y pedía a Dios con todo mi ser que, tanto mi padre como el resto de nosotros sobreviviéramos a todo aquello. Ya más tranquilo, le dije:

—Tienes razón, mamá, debe ser eso.

No trascurrieron muchos minutos más, cuando Dim golpeó el capó dando nos un pequeño susto, pero lo importante es que había vuelto. Abrió su puerta y entró. Con optimismo se dirigió a nosotros:

Capítulo 5

—Hemos tenido suerte, parece que no hay nadie, aquí estaremos a salvo.

Arrancó la camioneta y nos dirigimos hasta la misma puerta de aquella mansión.

—Ayúdame con tu madre. Desi, ve con tu hermana. La puerta está abierta, esperadnos allí.

Entre Dim y yo entramos a mi madre. Aquella casa era impresionante: una gran entrada con dos escaleras frente a ella hechas de madera noble con muchos adornos; y al principio de ambas, dos leones parecían custodiarlas. Eran simétricas, una la derecha y otra a la izquierda. Todo enmoquetado, con grandes cuadros en las paredes y candelabros dorados. Me quedé un poco ensimismado, nunca había visto nada igual. Dim, al verme sorprendido y perdido en mis pensamientos, dijo:

—Tomi, olvídate de la escalera y ayúdame.

—¡Claro! Perdona.

Fuimos hasta un gran salón, y de nuevo grandes cuadros muy antiguos, objetos que parecían haber sido sacados de una película de la Edad Media, con algunas de las paredes hechas en piedra, ventanales enormes y unas armaduras de caballeros plateadas y muy antiguas. Era como si dentro se sintiera que personas de la antigüedad, siguieran ahí. En frente, una gran chimenea en la que cabían cinco personas de pie.

Tumbamos a mi madre en uno de los grandes sofás. Todo estaba impecable, como si, simplemente, los que habitaban en ella hubieran desaparecido. Dejamos a mamá y a las niñas en ese gran salón. Ya en la puerta...

—Tomi, no te separes demasiado de ellas; yo iré a inspeccionar la zona, ¿podrás hacerlo?

—Claro, me quedaré cerca.

Mi madre dormía, de tal modo que cogí a mis hermanas y empezamos a recorrer aquella mansión como si fuéramos exploradores en busca de tesoros. Subimos las escaleras y entramos en una habitación tras otra. Llevábamos unas diez inspeccionadas cuando, al abrir la última, mis hermanas quedaron boquiabiertas al igual que yo. Era muy grande y estaba llena de juegos y repleta de juguetes de niñas.

—¡Tomi, podemos jugar, podemos jugar! —me preguntaban emocionadas y sonrientes—. ¡Porfa, Tomi!

—No veo por qué no.

Para ellas era el paraíso de los niños, en este caso, de las niñas. Cortinas de seda rosa, paredes blancas con ribetes de pan de oro, con dos camas a juego. Decenas de muñecas, cuentos, juegos de té, casas en miniatura, en las que cabían sin problema: era una habitación fascinante. Todo lo que unas niñas hubieran soñado tener estaba ahí dentro.

Oí que me llamaba Dim. Dejé a mis hermanas jugando y fui a su encuentro. Ya frente a él, le dije:

—Dime, Dim.

Se preocupó al verme solo.

—¿Y tus hermanas? ¿Por qué no están contigo?

Estaba emocionado por lo que encontramos, y le respondí:

—¡No te lo vas a creer, hay una inmensa habitación llena de juguetes! Allí se han quedado. No he podido sacarlas.

—Eso es fantástico, fuera no hay nada que parezca peligroso, pero, aun así, no las pierdas de vista. He cerrado el portal de entrada a la mansión y hay muros de tres metros que rodean toda la hacienda. Hasta que podamos emprender de nuevo la marcha, estaremos aquí. Ahora será mejor que encendamos esa gran chimenea, y de paso buscaré la caldera. Una casa tan grande, necesita mucho calor.

Fui con él, le ayudé en todo lo que pude sin dejar de vigilar a mis hermanas. Cenamos y pasamos la primera noche en aquella extraordinaria casa. El día siguiente amaneció con un sol radiante. Todo sucedía con normalidad. Aprovechando ese magnífico día, salí con ellas a jugar fuera.

—¿A qué queréis jugar? —les pregunté. Sonrientes y tocando la nieve con las manos desnudas, me miraban sin contestarme—. ¿Si queréis podemos hacer un muñeco de nieve?

A pesar de mi ofrecimiento, ellas querían otra cosa.

—Tomi, ¿jugamos a escondernos?

Aunque la nieve que había era fantástica para hacer un muñeco de nieve, la pequeña de mis hermanas tenía muy claro a lo que quería jugar.

—Ana, se dice jugar al escondite.

Me miró sonriendo y asintió con la cabeza.

—Sí, Tomi, yo también quiero jugar al escondite —reafirmó mi preciosa Desi, ya repuesta del todo. Ganaron.

—Está bien, contaré hasta veinte, luego me giraré... ¡e iré y os encontraré!

Desi, agarrándole la mano a mi bichito, dijo:

—¡Corre, Ana, que no nos encuentre!

Conté hasta veinte, supuse que fueron a una nave que había a unos treinta metros de la casa, así que llegué hasta ella y entré.

—¡Ana, Desi, os voy a encontrar! —les dije en voz alta para que hicieran algún ruido. Era un establo enorme. Busqué cuadra a cuadra, pero algo extraño pasó. Ana salió de su escondite y me habló muy seria, sin preocuparle que la hubiera encontrado. Entonces, con una expresión de asombro.

—¡Tomi, no estamos solos!

—Cariño, ¡claro que estamos solos!

Supuse que su gran imaginación le hizo ver algo.

—No, Tomi, ven conmigo y lo verás.

Me cogió de la mano fuertemente y entramos donde se escondió. Debajo de un comedero había un niño de unos doce años, de grandes ojos marrones, casi negros, con un lunar en el párpado inferior del ojo izquierdo. Estaba acompañado por un perrito. Ana estiró de mi suéter y me acercó hasta él.

—¿Lo ves, Tomi?, ¡no estamos solos!

Mi sorpresa fue mayúscula al verlo. Me acerqué aún más al niño. Lo hice lentamente, pues parecía tener miedo; estaba abrazado a sus rodillas con la cabeza hacia abajo; y desde esa postura me miraba. El perrito, a su vez, me ladraba para proteger a su dueño, un foxterrier negro, blanco y marrón, de estatura pequeña.

—No tengas miedo, no te haré daño, confía en mí. —Él seguía igual, bajando más la mirada.

Ya a su altura, proseguí—: ¿Cómo te llamas? —Estaba muy asustado, a pesar de eso levantó su cabeza y volvió a mirarme con sus grandes ojos negros.

—Javi... Mi nombre es Javi. —Por fin empezó a confiar en mí.

—Yo soy Tomi. ¿Cómo se llama tu perrito Javi?

—Dólar.

Me sorprendió el nombre, era original y llamativo.

—Es un nombre muy bonito, me gusta. ¿Estáis solos? —Con aquella pregunta levantó la cabeza y miró a un lado—. ¡Hay alguien más!, ¿verdad? —No me respondió. Miré hacia donde miró él y vi asomar una cabeza de otro niño.

—Hola, soy Tomi y ellas son mis hermanas, Ana y Desi. —También estaba asustado, al igual que Javi—. No os vamos a hacer daño, baja, no tengas miedo. Si vosotros queréis, podemos ayudaros. Al principio dudó si hacerlo, pero trascurridos unos segundos se levantó. Por una escalera lateral, vimos como bajaba ese segundo niño. Se acercó a nosotros y Javi se puso junto a él. Los dos estaban aterrorizados.

—¿Cuál es tu nombre?

Me miró; supongo que pensó que no éramos peligrosos, y, ya más tranquilo, pero avergonzado, respondió:

—Berni... ¿Nos vais a entregar a los soldados?

—Hola, Berni, no... No os vamos a entregar a nadie. ¿Hay alguien más con vosotros?

—No, solo nosotros tres, no hay nadie más.

—¿Dónde está todo el mundo?

En aquel momento, solo pensaba en cómo acabaron solos esos niños. Javi levantó la mirada, y empezando a confiar en mí.

—Se los llevaron los soldados... Se los llevaron a todos.

El Ejército parecía haber estado en todas partes.

—¿Qué pasó? ¿Queréis contármelo?

En ese momento, Berni se puso a llorar. Mis hermanitas se acercaron a él para consolarlo, y Javi me respondió a la pregunta con los ojos impregnados en lágrimas:

—Llegaron tres camiones con soldados vestidos de verde, hicieron salir a todos. Incluidos a nuestros padres y hermanos. El señor Márquez, dueño de la casa, les preguntó por qué habían entrado sin permiso. En aquel momento, uno de ellos le dio un puñetazo que lo tiró al suelo. Dos más se sumaron dándole patadas por todas partes... Se los llevaron a todos.

Esos dos niños tuvieron que ver cómo maltrataban a sus seres queridos y conocidos sin poder hacer nada por evitarlo.

—¿Dónde estabais vosotros?

—Estábamos buscando renacuajos en el estanque. ¡Allí! —Señaló con el brazo estirado—. Al verlos, nos escondimos detrás de aquellos setos y desde allí lo vimos todo. Desde entonces estamos aquí escondidos.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Una semana, ese mismo día oímos una gran explosión. —Aquel estruendo, posiblemente, era el puente por el que casi caemos.

—Siento mucho que tuvierais que ver todo aquello, pero ya no estáis solos, ahora estaréis a salvo con nosotros.

—Pero somos desconocidos, ¿por qué querríais ayudarnos?

Pobres niños, aquella gente hizo que quedaran a su suerte. Pero el destino quiso que viniéramos

nosotros y tuvieran una oportunidad. Ana y Desi, abrazándome las piernas y mirando hacia arriba, insistieron en que vinieran con nosotros.

—¡Claro que vendrán! —Miré a los niños y les dije—: No sois desconocidos, ya no.

Mi hermana Ana se acercó a Javi extendiendo la mano y regalándole una gran sonrisa.

—¿Me das la mano, Javi?

Él me miró, parecía pedirme permiso, entonces le hice el gesto con la cabeza dándole mi aprobación.

—Claro que puedes.

Ana lo miró ilusionada.

—¿Sabes que eres muy guapo?! —Javi se puso rojo como un tomate y me miraba avergonzado. Tanto él como Berni tenían doce años. El pelo de Javi era castaño, algo más claro que el de Berni. También tenía los ojos oscuros y, aunque no eran hermanos, se parecían mucho en altura y en que tenían un cuerpo delgado. De lejos, muchas veces no los distinguías. Los llevé junto a mi madre y Dim.

—Esperad aquí un momento.

Se quedaron detrás de la puerta; yo entré.

—Mamá, Dim, hemos encontrado a unos niños en las cuadras.

—¿Dónde están? —preguntó Dim algo sorprendido.

—Están aquí, detrás de la puerta.

—¿Por qué no les has hecho entrar? Por favor, ve y diles que pasen, seguro que tienen frío y hambre.

Me giré y fui hasta ellos.

—Entrad, no tengáis miedo, están deseando conoceros.

Ambos lo hicieron con timidez, habían estado solos, y después de lo que vieron, empezaban a no fiarse de nadie. Nada más verlos, Dim sonriéndoles, les dijo:

—Hola, chicos, acercaos a la chimenea, seguro que tenéis frío.

Fueron hacia ella lentamente, sin fiarse del todo de nosotros. Sus caras y sus cuerpos así lo demostraban, y no era para menos, ya que su niñez no entendía la barbarie que habían visto.

—¿Y vuestras familias?

Javi y Berni, al oír a Dim hacer esa pregunta, rompieron a llorar. Él se acercó a ellos.

—No llores, con nosotros estáis a salvo. Mi madre escuchó atentamente todo, entonces los llamó.

—Venid aquí, junto a mí.

Los dos se acercaron mientras se limpiaban las lágrimas. Ella, con ambas manos, acarició a los niños, que no dejaban de llorar.

—Mis niños, tranquilos, ya no estaréis solos, os lo prometo; y haremos todo lo posible para que encontréis a vuestros padres.

Al ver a una madre y recordar a la suya, dejaron de llorar. Mi madre, tiernamente, les preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

Algo tímido y retraído, Javi contestó:

—Yo soy Javi.

—Tienes un nombre muy bonito y una voz muy dulce. —Terminada esa afirmación, giró la cabeza hacia el otro niño—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Berni, me llamo Berni.

Mamá sonrió y les cogió las manos.

—Ambos debéis ser muy guapos, ¡ojalá pueda veros pronto! —Volviendo a sonreírles, añadió —: Pero ahora ¡seguro que tenéis hambre!

Los dos se miraron y tragaron saliva.

—Sí, mucha —dijo Javi. Berni era más tímido.

Entonces mamá me llamó.

—Acércate, Tomi.

—Sí, mamá.

—Encárgate de que Javi y Berni coman, y asegúrate de que después de hacerlo, se den un buen baño.

—Claro, mamá.

Les dimos de comer e hicimos que se bañaran, incluyendo a Dólar. Nunca había visto comer a nadie con tantas ganas, y me refiero al pequeño perrito.

Pasaron dos días desde que encontramos a aquellos dos niños y a su mascota. La nevada cesó por el momento, todo estaba blanco, era una estampa típica de Navidad. Dim fue hasta donde descansaba mi madre.

—Sofi, no podemos continuar más tiempo en esta casa, debemos marcharnos lo antes posible, seguir aquí, sería peligroso.

—Haremos lo que tu consideres necesario, Dim. ¿De verdad crees que corremos peligro?

—Se llevaron a la gente, pero las cosas de valor las dejaron. Volverán, solo es cuestión de tiempo.

—Pero ¿cómo lo haremos? Ahora somos dos más y un perro. —Berni estaba a su lado jugando cerca de la chimenea. Se acercó a ellos y, en esta ocasión, sin ninguna timidez, dijo:

—Detrás de los establos, el dueño tiene una caravana. Lo sé porque mi padre se encargaba de cuidarla.

Esa caravana sería la llave de nuestra marcha.

—Sofi, la providencia parece estar de nuestro lado: ahora, con ese vehículo, tendremos la oportunidad de llegar a la frontera.

—Sí, alguien o algo parece estar ayudándonos. Todo saldrá bien, y pronto te reunirás con tu hijo.

El azar se ponía a nuestro favor. Dim se agachó y, mirando a Berni con agradecimiento por su información, le preguntó:

—¿Me acompañas y me la enseñas?

—Sí, ven, sígueme.

Yo estaba fuera con mis hermanas y el perrito de Javi, Dólar. Al verlos, me acerqué a ellos.

—¿Dónde vais?

—En busca de nuestro milagro, ven con nosotros.

Feliz, me acerqué a Javi.

—¿Puedes cuidar de las niñas un rato?

Tímidamente, me respondió:

—Sí, claro.

—Gracias, Javi, ¡eres un gran tío!

Ana no se despegaba de él. En cambio, Desi jugaba sola alegremente. Fuimos al garaje donde dijo Berni, abrimos el portón y ahí estaba.

—¡Es impresionante! —exclamó Dim.

—Es una casa con ruedas, comenté yo.

Era blanca, muy larga y con muchas ventanas. Nunca había visto algo así. Subimos y la arrancó.

—¡Funciona perfectamente! —exclamó de nuevo Dim. Sacamos del garaje la caravana, y la preparamos para la partida. Todo estaba listo. Tenía cinco literas, baño, sala de estar..., era una casa rodante.

Dim le contó lo de la caravana a mi madre, y sin vacilar se incorporó pidiéndole la mano para que la ayudara. Por fin estábamos dentro y nos pusimos en marcha. Mi madre y los niños, después de parar a comer, se quedaron dormidos. Yo hablaba con Dim mientras conducía.

—Dim, cuando acabe todo esto, ¿volverás? —Realmente quería saberlo, pues le había tomado cariño.

—Es nuestro país, nuestras raíces están aquí. Mi mujer y mis padres están aquí enterrados. ¡Claro que volveré! No olvides cuál es tu tierra, Tomi.

—No lo olvido, no sé si mi padre sigue con vida y rezo para que así sea, pero no perderé la esperanza de volver a verlo, aunque ya nunca más volvamos a estar todos juntos.

El último comentario le extrañó.

—¿Por qué dices eso? ¡Claro que estaréis juntos!

Necesitaba contárselo, me dio la confianza para hacerlo, aquello me mataba por dentro.

—Cuando pasó todo, oí a mis padres decir que se iban a divorciar... El mundo pareció pararse para mí, y no podía hacer nada para evitarlo.

Dim, sorprendido al oír mis palabras, me preguntó:

—¿Estás seguro de eso? —Estaba extrañado y, a la vez, feliz, aunque lo segundo intentó disimularlo.

—Sí, mi padre lleva tiempo con otra mujer, y lo hablaron el día que empezó todo esto. Estoy intentando asimilar la situación, pero me cuesta entender por qué se fue con otra. Supongo que todo depende del prisma con el que lo mires.

—Creo que es así como dices, y lo siento Tomi, ser adulto no es fácil —me dijo abrazándome. No pude evitar acabar llorando de nuevo.

—Tienes que ser fuerte, y debes hacerlo por tu madre y tus hermanas.

Lo miraba atentamente, apenas sin poder hablar. Suspiraba y movía la cabeza negándome a mí mismo que eso pudiera estar pasándonos. Pero la razón y lo evidente se imponían con fuerza.

—Lo sé, y sé que tienes razón, debo asimilarlo. Si se acaba el amor, ¿para que seguir juntos!

—¡Esa es la actitud! Puede que sea lo mejor para ellos. Si se acaba el amor entre los padres, tampoco es bueno para los hijos.

—Pero ¿y mi madre?

—¡Tu madre es una mujer magnífica y preciosa! Con el tiempo encontrará a alguien que la merezca, es una buena persona. —Sus palabras sabias y precisas me hicieron entender algunas cosas. Entonces lo miré.

—¿Alguien como tú?

A Dim le brillaron los ojos, y no sé si por el frío o por lo que le dije, su cara se enrojeció.

—Eso es algo que no me había pasado por la cabeza. Pero si alguna vez tuviera que rehacer mi vida sentimental, sin dudar, me gustaría que fuera una mujer como tu madre... Y ahora será mejor que cambiemos de tema. Volvamos a lo importante, no pierdas la esperanza de reencontrarte con tu padre, ¿de acuerdo!

—No la perderé, Dim. Además, le pedí ayuda a Dios y te mandó a ti. Si nos ayudó esa vez, no creo que nos abandone ahora.

—Es bueno que tengas fe, ¡porque yo, ya no la tengo!... Ya no creo en nada, solo en que hay buenas personas, y otras no tan buenas.

La muerte tan prematura de su mujer, la pérdida reciente de su madre y lo acontecido con su hijo no dejaban margen para que creyera en Dios; y podía entenderlo.

—¿Lo culpas a él?

—No, Tomi, solo el ser humano tiene la culpa, capaz de ser un héroe hoy, después, jefe de un país y, al poco tiempo, hacer un genocidio. No tiene la culpa Dios, no nos obliga a ser como somos.

—Lo siento mucho, Dim, sé que soy muy joven... Bueno, casi un niño, pero creo entender lo duro que tiene que ser perder en tan poco tiempo a tu mujer y a tu madre y tener que ir en busca de tu hijo, sin saber dónde está.

Me miró con un gran suspiro y moviendo un poco la cabeza afirmativamente.

—Por suerte, eso a vosotros no os ocurrirá.

Ahí acabó la conversación, y a los pocos kilómetros recorridos miré por mi retrovisor. Algo raro ocurría.

—Dim, hay mucho humo en la parte de atrás.

Él dirigió la mirada al salpicadero y paró bruscamente. «¿Qué ocurría, por qué hizo eso?».

—¡Maldita sea, se está calentando, tenemos que parar!

—¡Es algo malo verdad!

Su rostro no era precisamente de alegría.

—Sí, Tomi, hazme un favor, llévame a la parte de atrás una de las garrafas de agua.

—¿Cuál de ellas? —le pregunté algo indeciso, pues había de varios tamaños, y no tenía ni idea de para qué la necesitaba.

—Una de cinco litros, creo que bastará.

Dim fue a la parte trasera y levantó el portón donde estaba el motor.

—Acércame el agua, Tomi.

Con mucho cuidado, quitó el tapón del radiador. Al hacerlo, era como una olla a presión cuando salió todo ese vapor. Seguidamente, le puso toda el agua.

—Dim, ¿esto es normal?

—No, me temo que, al ir tan despacio, nos estamos cargando el motor.

Esa noticia no era buena, apenas sin atreverme y con miedo a la respuesta, pregunté:

—¿Lo podemos arreglar?

—No, si termina de romperse, no podremos continuar.

De nuevo, se nos ponía todo cuesta arriba. ¿Qué más nos ocurriría?

—¿Qué podemos hacer? ¡No podemos quedarnos aquí!

—Lo único que podemos hacer es dejar que se enfríe, y que no nos falte el agua. Posiblemente, se haya roto un manguito o se haya agujereado el radiador, aunque podrían ser varias cosas. — Dejó de hablar conmigo y miró por todo aquello—. ¿Sabes?, no parece mal sitio para pasar aquí la noche.

Dim se quedó mirando el motor. Ya estaba decidido. Yo fui a decírselo a mi madre. Le conté lo que pasaba y que nos quedaríamos ahí a pasar la noche. En aquel momento el frío te calaba hasta los huesos. Observé que estaba temblando.

—¡Mamá estás helada!

—No te preocupes por eso, hijo, pronto entraré en calor. Además, empiezo a distinguirte.

La abracé al darme esa magnífica noticia, estaba recuperando la visión.

—¡Mamá, pronto volverás a ver de nuevo, y eso es maravilloso!

Mi madre sonreía.

—Sí, cariño, en breve estaré bien, y ya no seré una carga para todos vosotros.

—¡Tú no eres una carga, mamá! Aunque tuviera que llevarte en brazos, ¡jamás serías una carga!
¡No vuelvas a decir eso nunca más!

—Hijo, en estos momentos sí que lo soy; debería poder ayudaros y estoy aquí tumbada sin poder hacer nada.

—Mamá, lo único que importa ahora es que te recuperes. Nosotros haremos todo lo que haga falta hasta ese momento. ¡No quiero que digas eso nunca más! Tú eres la mejor madre del mundo, aunque estés el resto de tu vida tumbada.

No pude evitar romper a llorar de nuevo, y no me avergüenza decirlo, aunque sí es cierto que, en esos días, había llorado bastantes veces.

—Está bien, cielo. ¡Anda, deja de llorar! Por qué no vas con los niños y estiráis un poco las piernas. ¡Y sécate!, que no noten esas lágrimas.

La miré sonriendo y feliz por su recuperación.

—¡Claro, mamá!

—¡Ven, dame un beso muy fuerte!, y haz que los niños se olviden por un rato de todo lo que está pasando.

Recuperaba la vista y eso era lo importante, por fin volvería a ver. Fui con los niños. En un momento dado, Ana se me acercó agarrada de la mano de Javi. Ese niño era especial para ella.

—¡Tomi, Javi y yo somos novios!

Me quedé blanco, no pude pronunciar palabra, Javi me miró tan sorprendido como yo. Él, al oírla, sin perder un segundo contestó:

—¡Tomi, te prometo que yo no le he dicho nada!

Pobre niño, mi hermanita lo avergonzó.

—Tranquilo, Javi, lo sé; Ana tiene mucha imaginación. Lo que no entiendo es de dónde saca todas esas ideas este moco. No te enfades, es pequeña y no entiende muchas cosas. Y aun menos debes avergonzarte.

—No me enfado, Tomi, he cogido mucho cariño a Ana; sé que es pequeña y fantasiosa.

Todo quedó en nada, cosas de niños. Cogí un libro que encontré en esa gran mansión, y pronto me faltaba poco para terminar de leerlo. ¿Cómo era el título? ¡Ah, sí! *Huida a la eternidad*. Era muy antiguo, autobiográfico, y estaba escrito a mano. Tenía las tapas aterciopeladas y desprendía un olor especial. Con dramatismo y amor, pero, tal vez, algún día podría ocurrir algo parecido, si no toda la historia, al menos parte de ella. La verdad es que me hizo meterme en él como si fuera uno de los protagonistas: el sufrimiento de un niño, su fuerza de voluntad y la de sus padres. A lo que ese niño llega a convertirse para la humanidad. Es un libro de superación, de lealtad y grandes amigos. Incapaz de dejar de leerlo, perdí la noción del tiempo. Javi vino junto con su perrito, los dos llegaron corriendo hasta mí. Lo miré preocupado, algo sucedía y no era bueno.

—¡Respira tranquilo! ¿Qué es lo que pasa, Javi?

—¡Es Ana!... —La cara de Javi y sus movimientos tan nerviosos me hicieron estremecerme, apenas me atrevía a preguntarle.

—¿Qué ha pasado con mi hermana? —Su respiración era acelerada—. Tranquilízate y responde a la pregunta, por favor.

Me miró y, como pudo, respondió:

—Estábamos jugando allí en aquellas rocas. —Esas rocas a las que se refería estaban justo a

la derecha de nuestra caravana, mirando hacia el frente y eran enormes, a unos cincuenta metros de nosotros—. ¡No nos hemos dado cuenta, no la encontramos!

Me puse muy nervioso y llamé a Dim. Al oírme gritar, vino corriendo hasta mí.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me llamas gritando? —Su preocupación era evidente, y yo me temía lo peor.

—¡Es Ana, se ha perdido y no la encuentran! —Dim miró a Javi para preguntarle.

—Javi, ¿estáis seguros de que no está escondida? Le gusta hacerlo.

Javi movía la cabeza de arriba abajo, insistiendo en ello.

—Sí, Dim. La hemos buscado por todas partes y no damos con ella. Lo siento mucho.

—No lo sientas, no es culpa vuestra. —Entonces se giró hacia mí—: Y tú, Tomi, tranquilízate, la vamos a encontrar. Javi, tú te quedarás aquí, y no le digas nada a su madre. No hasta que sea necesario. Ahora quisiera que me prestaras a Dólar, y que me digas exactamente dónde estabais jugando.

—¿Ves aquellos árboles detrás de esas rocas?

Dim los miró, pero eran demasiados.

—Hay muchos, ¿qué árboles, Javi?, sé más concreto.

—Allí, casi en la cumbre. —Javi le señaló a nuestra derecha—. Subiendo por la ladera pegada a nosotros, como ya expliqué antes.

—De acuerdo, ¿me dejas a Dólar?

—Sí, llévatelo. —Javi se agachó y acarició la cabecita de su perrito. Dólar lo miraba fijamente—: Escúchame con atención, sé para qué te necesita Dim, obedécelo y ayúdale a encontrar a Ana, ¿de acuerdo?

No sé si lo entendió, pero nada más terminar de hablar con él, aquel magnífico perro lo empezó a besar y a ladrar efusivamente. Dim me llamó.

—¡Tomi, tráeme alguna camisa o cualquier cosa que encuentres de Ana!

Busqué entre su ropa y le llevé un jersey.

—Gracias, Tomi, creo que servirá. ¡Ven, Dólar!, ¡ demuéstame lo buen rastreador que eres! — Dim le puso al perrito esa prenda por el hocico—. ¡Vamos, Dólar!, ¡búscala!, ¡busca, Dólar!

Increíblemente, empezó a estirar de la correa.

—¡No sabía que Dólar supiera hacer eso! —comentó Javi sorprendido.

Yo fui donde estaban Desi y Berni, les dije que bajaran a la caravana; ya no quería perder a nadie más. Dólar tiraba de Dim, buscaba entre los árboles y los rodeaba uno tras otro, olfateando el suelo palmo a palmo. A unos cincuenta metros de las rocas donde estaban jugando, Dólar se paró súbitamente, había encontrado un agujero y empezó a ladrar muy nervioso.

—Muy bien, Dólar, muy bien. Te has ganado un buen puñado de galletas.

Dim metió la cabeza por el hueco llamándola.

—¡Ana, Ana, estás ahí, cariño! —Volvió a llamarla trascurridos unos segundos.

—¡Sí, y está muy oscuro, tengo miedo y mucho frío!

—¿Cómo estás cielo, te has hecho daño?

—Creo que estoy bien.

El hecho de que se encontrara bien era un gran alivio; si se hubiera roto algún hueso o, lo que es peor, se hubiera dado un golpe en la cabeza, quizás la hubiéramos perdido. Dim volvió a preguntarle:

—¿Puedes subir?

Ella no dejaba de llorar.

—No, no puedo, está muy alto y me resbalo, ya lo he intentado.

Debíamos sacarla pronto de ese agujero.

—No quiero que te pongas nerviosa. Ahora te sacaremos de ahí dentro.

Después de llevar a Desi y Berni a la caravana, fui corriendo hasta Dim y Dólar, el cual no dejaba de ladrar.

—¿Está aquí? —Estaba muy preocupado por mi hermana pequeña, los peores pensamientos me inundaban.

—Sí, Tomi, tranquilízate, se encuentra bien. Ahora quédate con ella y háblale de cualquier cosa, que no piense demasiado dónde está. —Miró hacia los lados, entonces volvió a dirigirse a mí—: Iré a la caravana, creo que tengo una cuerda.

—¡Ve, por favor, tenemos que sacarla pronto de ahí dentro!

Sin perder tiempo, fue a buscarla. Mientras, yo empecé hablar con ella.

—Ana, cariño, estoy aquí contigo, no tengas miedo.

—¡Mamá se enfadará por caerme en este agujero sucio y feo!

—No, no se enfadará, ¿sabes por qué?

—No, no lo sé, Tomi, pero me gustaría mucho que me lo contaras.

No dejaba de llorar y me hablaba entre balbuceos.

—¡Por qué no le vamos a decir nada! Pero me has de prometer que nunca más volverás a hacer algo así. No debes separarte de los demás, ¿me lo prometes?

—Sí, Tomi, no lo volveré a hacer nunca más, te lo prometo. —Qué podía hacer, solo esperar a que Dim consiguiera sacarla de ahí dentro. Debía seguir hablando con ella.

—No jugaré más al escondite tampoco.

Pobrecita mía, estaba muy asustada, pero Dim tenía razón, el hablar, a pesar de mi propia desazón, hacía que se olvidara un poco de dónde estaba.

—No hace falta que dejes de jugar al escondite, simplemente no te puedes separar de nosotros. Y ahora cuéntame cómo te va con Javi, ¿es muy buen niño, a que sí!

Mirándome y hablando muy rápido, exclamó:

—¡Es mi novio! ¡A que es muy guapo! Yo lo quiero mucho.

—Sí, supongo que sí. Seguro que es guapísimo. Y él... ¿sabe que sois novios?

—¡Claro! Le di un beso en la cara. ¡Además, ya te dije que éramos novios!

Estaba consiguiendo calmarla cuando, al fin, llegó Dim. Se arrodilló a mi lado y me preguntó:

—¿Cómo está?

—Creo que bien, hemos estado hablando tal como me dijiste.

Dim me miró y me puso la mano por la espalda.

—¡Bien hecho, Tomi! Ahora la sacaremos de ahí.

Se metió todo lo que pudo en aquel agujero.

—Ana, escúchame atentamente, ahora te tiraré una cuerda, y verás que tiene en su extremo algo parecido a un aro.

Debes pasártelo por la cabeza y ponértelo justo por debajo de las axilas. Cariño, ¿lo has entendido?

—Creo que sí. —Dim, lentamente, dejó caer la cuerda hasta ella, y hizo exactamente lo que le dijo.

—Ana, ahora sujeta fuertemente la cuerda levantando los brazos. Si haces lo que te pido, enseguida estarás aquí con nosotros.

Así lo hizo y empezamos a subirla, la teníamos a un poco menos de un metro de nosotros

cuando, de pronto, gritó:

—¡Me hace daño!

—Tranquila, cariño, danos unos segundos. Dim seguía tirando de ella. Yo lloraba de impotencia al ver por lo que estaba pasando mi hermanita. Esos últimos centímetros se hacían eternos, hasta que al fin llegó hasta nosotros. Gracias a Dólar y a aquel hombre que la providencia puso en nuestro camino, Ana estaba a salvo. Ya fuera del agujero, me abrazó, todos llorábamos. Aunque Dim intentaba disimular mirando hacia otro lado, al igual que nosotros, alguna lágrima soltó. Me acerqué a él.

—Gracias, Dim, le has salvado la vida.

—Ven aquí, dame un abrazo, campeón. Y no me des las gracias, Tomi, pues ya formáis parte de mi familia. Y aunque no hubiera sido así, lo habría hecho igualmente.

—Si no fuera por ti, habríamos muerto hace tiempo.

—Tenéis toda la vida por delante, os estáis salvando vosotros. Cuando acabe todo esto, aprenderéis a vivir con este recuerdo, como si de un mal sueño se tratara.

—Todos excepto tú. Tú no formarás parte de esa pesadilla, pues serás la única luz que habrá habido en ella.

Habíamos encontrado en el camino a un hombre increíble, alguien a quién emular.

Llegamos a la caravana con Ana en brazos. Me apretaba fuertemente el cuello y decidimos no contarle nada a mi madre por el momento.

—¡Tomi, quiero ir con mamá! —me decía entre lágrimas y muy cansada.

—Claro, cariño, ahora te llevaré con ella.

La bajé justo al lado de la caravana. Mi otra hermana, Javi y Berni corrieron a abrazarse con ella. Dólar saltaba y movía el rabo con fuerza de lado a lado como un limpiaparabrisas, y esperando su galletita por un trabajo bien hecho. Se había ganado el paquete entero. Ana solo quería estar con mamá y Javi.

—Javi, ¿vienes conmigo?

Me miró y yo le guiñé un ojo.

—Sí, pero no le digas nada a tu mamá de que te habías perdido, o nos regañará a nosotros.

—No le diré nada, Javi, ¡ya soy mayor!

Mi hermana fue con su enamorado junto a mi madre, y al poco se quedó dormida, pues estaba agotada. Llegó la noche, y con ella concluiría un día más de ese viaje forzoso. A la mañana siguiente emprendimos de nuevo la marcha. Dim no le quitaba ojo al salpicadero, si se rompía la junta de culata, sería el fin. Continuábamos por aquel camino y no dejaba de nevar; cada vez caía con más fuerza.

—Dim, apenas se ve la carretera.

—Lo sé, Tomi. Y lo peor de todo es que tendremos que parar.

—¿Por qué dices eso?

—Mira la temperatura exterior.

Fuera estábamos a cero grados; si nos deteníamos, no tendríamos calefacción.

—¿Ya paramos? —le pregunté, pues creía que aguantaríamos un poco más conduciendo.

—No, es esa curva. La caravana es demasiado grande, no tendremos giro suficiente.

De nuevo se complicaba todo, empezaba a perder la esperanza.

—Lo vamos a conseguir, ¿verdad, Dim?

—Debemos hacerlo, no hay otra opción.

Muy lentamente, dio marcha atrás unos metros. La curva era hacia la derecha. Y a la izquierda,

un gran terraplén bajo nosotros. Si sacaba del camino la rueda delantera izquierda, sería el fin.

—Tomi, quiero que todos os pongáis en la parte de atrás, mirando hacia mí, a la derecha. Poned todo el peso posible en ese lado.

—Voy, Dim, así lo haremos. —Fui a la parte trasera, se lo dije a los niños y me ayudaron a poner todo lo que pesaba—. ¡Dim está todo listo! —Mi madre, ya despierta, intentaba abrazarnos y, a la vez, nos decía que todo saldría bien, que no habíamos pasado todo este calvario para acabar ahora. Dim nos miró y para animarnos, nos dijo:

—Vamos allá, ¡esto será una curva más!

Poco a poco, fue avanzando metros. Se abrió todo lo posible a la parte izquierda, apenas unos centímetros nos separaban de una caída mortal. Ya girábamos la curva, y por la parte de atrás, el lateral derecho rozaba la pared arrastrando tierra y nieve. Los segundos se hacían eternos, todos estábamos muertos de miedo. De pronto, la caravana se inclinó hacia la izquierda. Imaginamos lo peor. Dim frenó súbitamente y la rueda delantera izquierda quedó en el aire.

—Dim, ¿vamos a morir? —dije con voz muy tranquila.

—No, y no pretendo asustaros, pero un mal movimiento podría hacernos caer, y no queremos eso, ¿cierto?

Todos dijimos que no.

—¿Qué quieres que hagamos? —le pregunté tartamudeando del miedo que tenía.

—Déjame pensar unos segundos. —Todos callamos, incluso Dólar, que se metió por dentro de la manta de mi madre. Pasaron unos segundos—. Está bien, Tomi, iré hacia vosotros y tú nos sacarás de aquí.

—¿Yo?! ¡Yo no, no puedo hacerlo! —En aquel momento me quedé paralizado, ¡apenas sabía conducir!

—Sí puedes, te conozco y sé que dentro de ti hay alguien muy valiente, o lo haces tú o no podremos movernos de aquí. Mi peso ahí atrás es imprescindible para conseguirlo.

—¡No, no lo soy, Dim! ¡No soy nada valiente!

—Tomi, si no lo intentamos... No saldremos de aquí con vida. Aunque consiguiéramos salir de la caravana, moriríamos de frío, eres la única opción. —Tenía razón, pero yo estaba temblando. Había conducido alguna vez, pero nunca una caravana y menos en esa situación límite. Me armé de valor y mirando a mi madre y a los niños, supe que debía intentarlo. Me giré hacia Dim.

—Está bien, lo intentaré.

—No, Tomi, ¡hazlo! ¡No lo intentes!

Respiré hondo un par de veces.

—De acuerdo, lo haré.

Todos dependían ahora de mí, incluido yo. Estaba aterrorizado. Dim se fue levantando poco a poco del asiento del conductor.

—Ahora iré hacia vosotros despacio. Así lo hizo, lentamente y colocándose muy pegado a la esquina izquierda mirando hacia atrás desde el asiento del conductor. Ya junto a nosotros para ejercer un contrapeso, su idea funcionó y la caravana aguantó. Era mi turno. Con miedo y asegurando cada paso que daba, llegué al asiento del conductor y me senté.

—¿Qué hago, Dim? —A pesar del frío que hacía, el sudor me caía por la frente.

—Tiene el freno de mano puesto y está en punto muerto: arráncala.

Giré la llave. Notaba el miedo de todos dentro de mí.

—Ahora aprieta el embrague hasta el fondo y mete la marcha atrás. No levantes el pie del embrague.

Empujé el pedal hasta el fondo, aunque me costaba mantenerlo.

—Ya lo he hecho.

—Acelera un poco.

Empecé a acelerar tal como me dijo.

—¡No tanto, Tomi! Más suave. Ve soltando el embrague lentamente, cuando notes la tracción, aprieta el acelerador suavemente y has de sentir cómo va hacia atrás. Si no es necesario, no termines de levantar el embrague, y mantén el volante tal como está.

—¡No puedo hacerlo!

Los pies y las manos me temblaban, y pensaba que caeríamos todos al vacío.

—Sí puedes, lo estás haciendo muy bien. Hazlo y quita el freno de mano lentamente. Por fin, me atreví y lo hice. Aquella rueda delantera volvió a tocar el suelo y empezó a hacer su trabajo; y centímetro a centímetro, inició la marcha atrás.

Capítulo 6

—Lo has conseguido, Tomi. Sabía que lo harías. —No salía de mi asombro y los nervios desaparecieron por completo. Dim se acercó a mí—. Lo has hecho muy bien; sabía que lo lograrías.

Estaba tan emocionado que no podía hablar. Volvió a ponerse en el asiento del conductor, metió primera y, rozando todo el lateral contra el lado derecho, sin importarle lo mal que quedara la caravana, consiguió tomar aquella curva.

Por fin y con el lateral destrozado, esta vez, Dim hizo lo imposible y nos sacó de una muerte segura. Fui hasta él.

—¡Eres el mejor!

Tuve la necesidad de abrazarlo; la alegría que sentíamos todos era palpable. Los niños hicieron lo mismo y saltaban y gritaban de alegría. Incluso Dólar saltaba y ladraba.

—Tranquilos..., lo hemos hecho entre todos. Y ya estamos a salvo... ¡Y vosotros ahí atrás lo habéis hecho muy bien! —Se dirigió a mí de nuevo—: Ahora será mejor que paremos, ya no veo el camino. Con la caravana parada, la temperatura bajaba en el interior rápidamente y el frío era difícil de soportar. Los niños, Dólar y yo estábamos todos juntos con mantas por encima. Entonces, mi madre llamó a Dim.

—¿Por qué no vienes con nosotros?, ¡aquí entrarás en calor! ¡Por favor, Dim, ven!

Él nos miraba dudando.

—No sé si debo.

Mi madre abrió la manta y, dirigiéndose a él de nuevo, dijo:

—¡Claro que debes hacerlo! No nos comemos a nadie.

Así lo hizo. Todos juntos nos proporcionábamos calor mientras llegaba una noche más de nuestra odisea. Él se dirigió a mi madre:

—Debo salir. —En ese instante estábamos a unos siete grados bajo cero fuera de la caravana—. Intentaré una cosa.

—¿Qué vas a hacer, Dim? —le preguntó mi madre preocupada. Supongo que en aquel momento sufría por él, ya que su ropa no era la más apropiada para ese tipo de temperatura.

—¡No te preocupes, Sofí!, ¡vuelvo enseguida! —Salió y abrió la puerta del motor, entró y lo puso en marcha—. Ahora entraremos en calor.

—¿Crees que aguantará?

—Espero que sí, Sofí, es arriesgarnos o morir de frío.

La calefacción se empezaba a notar en el interior, la caravana parecía aguantar y conseguimos sobrevivir una noche más. Amaneció un nuevo día. Dim y yo fuimos los primeros en despertarnos.

—¡Ven, Tomi, mira allí!

—¿Qué he de mirar? Él alargó el brazo señalando por la luna delantera de la caravana.

—El camino se empieza a distinguir.

—Entonces, ¿podremos continuar?

De nuevo, la esperanza emergía a pasos pequeños.

—Lo intentaremos.

Aquella era una gran noticia, y ya me imaginaba en ese nuevo mundo para nosotros.

—Se lo diré a mi madre, se alegrará de saberlo.

—¡Hazlo!

Fui hasta donde estaba.

—¡Mamá, podemos continuar!... —Algo raro noté en su mirada—. Mamá, ¿me estás mirando a los ojos?, ¿puedes verme?

En ese segundo detenido en el tiempo sentí un escalofrío por todo mi cuerpo, por un momento pensé que me miraba y podía verme.

—Sí, cariño, puedo verte. ¡Y el tuyo es el rostro más bonito que he visto nunca!

Mi madre, por fin, volvía a ver... Mis hermanas y los dos niños, al oírlo, saltaban de alegría. Qué gran emoción para todos, pues se había recuperado. A pesar de que no era la madre de Javi y Berni, ambos se alegraron como si de las suyas se tratara.

—¡Mamá, el camino, por fin, se distingue, podremos continuar! Ahora podrás ver lo maravilloso que este sitio, hay nieve por todas partes y, si te fijas bien, incluso podrás ver ardillas y ciervos.

—Haré todo lo que dices, pero nada será tan hermoso como volver a ver a mis hijos.

Mis hermanas, Javi y Berni se acercaron abrazando a mi madre. Ella abrazaba a los cuatro sin distinción.

—¡Mis niños! ¡Cómo os he echado de menos! Poder veros... Y a vosotros dos quiero deciros que sois tal como me imaginaba, guapísimos. Dim, al vernos y al oír lo que dijo mi madre, vino hasta nosotros.

—¡Sofi! ¿Puedes ver?

Cayéndole las lágrimas por la cara, mi madre le respondió:

—¡Sí, Dim! Por fin puedo veros y no me equivocaba al pensar que tu rostro y tu voz denotaban bondad.

Dim, emocionado por su recuperación, dijo:

—Me alegro muchísimo. Nunca perdí la esperanza de que recuperaras la vista. Ahora todo será diferente.

Mamá lo miró tiernamente.

—Ven, acércate. —Él se acercó a ella—. Jamás conocí a nadie como tú, Dim, dando tanto a cambio de tan poco. Ayudas sin esperar nada. Me hubiera gustado haberte conocido antes de todo esto, cuando creíamos ser libres. Sin pensar que nuestras vidas tuvieran tan poco valor.

—Toda vida tiene valor, todos somos especiales y únicos, lo cual no quita para que, entre tantos, haya personas con el mal dentro de sí. Ahora, algo extraordinario me ha sucedido.

En ese momento, Dim quedó callado y dejó de mirar a los ojos a mi madre.

—¿El qué, Dim? ¿Qué ha ocurrido de especial?

Sé que nos tomó cariño a todos, pero cuando miraba y curaba a mi madre, percibía que algo único lo inundaba interiormente.

—No, nada, déjalo, a veces pienso en voz alta. Ahora lo importante es que recobres las fuerzas. Como yo sea no tiene importancia, y lo que piense tampoco la tiene. Tú eres una mujer casada, y yo debería respetar eso. —Cuando terminó de hablar, se levantó.

—¡Dim, no te vayas! Por favor, quédate a mi lado.

—Es mejor así, Sofi. —Dim era todo un caballero, y su hijo seguro que estaba muy orgulloso de él—. Necesito estar solo, ahora debo irme.

Salió y se alejó a unos veinte metros de nosotros, junto a un gran árbol. Mi madre, dirigiéndose a mí, dijo:

—Tomi, debo salir de la caravana y hablar con Dim; ¿te quedarás al cuidado de los niños?

—Sí, mamá, ve con él y haz lo que tengas que hacer.

No podía saber lo que sentía mi madre en aquel momento por Dim, al igual que no debía opinar sobre a quién debía amar. Pues, realmente, mi padre ya no la quería, y le había roto el corazón.

—Gracias, hijo, eres todo un hombre, lo sabes, ¿verdad?

—Lo intento, mamá.

—Sigue así, cariño, serás una gran persona, y a la mujer que dé contigo la harás la más dichosa y feliz del mundo.

Mi madre, no sin esfuerzo, se levantó de la cama y empezó a andar hasta la puerta y, tal como dijo, salió dirigiéndose hacia él. A pesar de su falta de energía y con la visión recién recuperada, llegó y se sentó a su lado.

—Nunca pude imaginar que, en un país como el nuestro, pudiera ocurrir algo así. ¿Y dónde está el resto del mundo para impedir esta locura?

—Sofi, la vida está llena de sorpresas, las guerras ocurren en todas partes, y cuando eso pasa, simplemente, miramos hacia otro lado esperando que lo arreglen los demás. Estamos demasiado acostumbrados al dolor ajeno.

—Lo sé, pero cuántos habrán muerto ya por culpa de estos locos que se creen con derecho a matar en nombre de la paz o en su propio beneficio.

En ese momento, Dim se puso muy triste al recordar a su familia.

—Lo siento, te he hecho pensar en tu hijo.

—No pasa nada, debo aprender a vivir con ello; mi corazón me dice que está bien. ¿Sabes lo peor de todo?

Mamá le cogió las manos.

—No, Dim, no lo sé.

—Que haya tenido que ocurrir todo esto para volver a enamorarme. A pesar de tener muy claro que eres una mujer casada y que lo único que has pretendido es ser agradecida conmigo, pero no he podido evitarlo, no mando en mi corazón.

—No es lo peor que podía ocurrirte.

En aquel momento, mi madre levantó los brazos a la altura de su cara y se la acarició.

—Yo siento lo mismo por ti. Mi marido hace tiempo que tiene a otra mujer y, justo cuando pasó todo, me lo confesó. En ese instante me sentí perdida y sola. Pero luego ¡apareciste tú! Y algo ocurrió dentro de mí. Me hiciste sentir de nuevo sensaciones ya olvidadas y, lo más importante, volver a tener esperanza de enamorarme de un hombre que me amara de verdad.

Durante unos segundos se miraron a los ojos sin decir nada, después ambos se abrazaron. Dim le acarició la cara y la besó. Debo admitir que no fue agradable para mí verlos besarse, pero entiendo que lo hicieran. Mi padre lo estuvo haciendo durante mucho tiempo con una mujer que no era mi madre. Cerré la cortinilla de la ventana y fui con los niños. A la mañana siguiente, cuando me desperté, creí que había sido el primero. No miré a nadie y salí de la caravana. Allí estaba Dim, en aquel árbol, me acerqué a él.

—Hola, Dim.

Él se giró, parecía sorprendido.

—Hola, Tomi. Hace un día precioso.

Dim miraba cómo salía el Sol, abriendo un nuevo día y, a pesar de todo lo que estaba

ocurriendo, irradiaba felicidad.

—Sí, supongo que así es. ¿Sabes?, de alguna manera, Dios ha querido que pase de esta forma.

—¡¡Dios!! ¿Qué Dios, Tomi? ¡Cómo un dios permite que tanta gente muera sin hacer nada! ¡No hay ningún dios! ¡Queremos que haya, necesitamos que exista para poder soportar esta vida injusta y dolorosa! ¡No, para mí dejó de existir en el momento en que no hizo nada para impedir esta maldita guerra! Cuando os encontré, solo tenía una idea en la cabeza: buscar a los que hicieron que perdiera a mi hijo. Sé que hubiera sido una locura. Me habrían matado antes de poner un pie en su base.

Esta vez fui yo el que le puso la mano en el hombro.

—Por suerte, nos cruzamos en tu camino y no lo hiciste. ¡Nos salvaste la vida, Dim! Eres un gran hombre y un buen ser humano, tienes mucho por lo que vivir... Ahora, si tú quieres, tendrás una nueva familia, y todos junto a tu hijo, saldremos adelante.

Él me miró y entendió que me había percatado de lo que sentían el uno por el otro.

—Te has dado cuenta, ¿verdad?

—Sí, os vi fuera anoche.

De pronto, agachó la cabeza y, supongo que un poco avergonzado, dijo:

—No quiero que pienses que me he propasado o que me he aprovechado de tu madre.

Tras esa frase, le respondí con una media sonrisa.

—No lo pienso, si mi madre ha de rehacer su vida, quién mejor que tú. El destino ha querido que sea pronto. Supongo que se ha enamorado de ti, al igual que tú de ella.

—Gracias, Tomi. Y no la culpes, tenía el corazón destrozado al igual que yo. Algo surgió entre nosotros. Ni siquiera yo sé lo que pasó. Pensaba que el amor había muerto para mí, hasta que la conocí. —Sé que estaba avergonzado, y lo entiendo, pero también sé que el amor surge cuando ha de hacerlo.

—No la culpo, es joven y guapa, con toda la vida por delante. Y a ti tampoco te culpo.

Con una media sonrisa se giró hacia a mí.

—¿Sabes? Eres todo un hombre, Tomi, ¡ya lo creo que lo eres!

Cómo culparlos por enamorarse. Él perdió a su mujer hace tiempo y mi madre, bueno, lo sucedido con ella ya lo sabéis.

—Volveré a la caravana. Ya hará tiempo que se habrán despertado. Aunque me dolía el que mis padres se separaran, empezaba a pensar que ambos podían ser felices, cada uno por su lado.

—De acuerdo, ve. Yo me quedaré un rato más.

Volví a la caravana. Todos estaban despiertos y ya habían desayunado. Entonces se me acercó mi hermana pequeña un poco cabizbaja y con las manitas entrelazadas. Me miraba a los ojos y movía ligeramente las caderas.

—Tomi, ¿jugamos a las casitas?

—Ana, ahora no me apetece jugar, díselo a Desi y a los niños.

En ese momento, vino corriendo Dólar muy alterado y ladrando.

—¡Eh!, ¿qué te pasa? —Luego le pregunté a su dueño—: Javi, ¿qué le ocurre al perrito?

—Pide salir para hacer sus cosas.

Dólar no se andaba con chiquitas, estaba claro que tenía que salir.

—Está bien, niños, salgamos para que Dólar haga sus necesidades.

—¡Bien, podremos jugar con la nieve! —decían las niñas saltando de alegría. Incluso ese maravilloso perrito parecía entender todo. ¡Ese peludín era increíble!

Salimos tal como dijo Javi. A los pocos metros de la caravana, Dólar hizo sus necesidades.

—Tomi, ¿hacemos un muñeco de nieve?

«Por qué no», pensé. Eran niños y debían divertirse.

—Sí, Ana, ¡hagámoslo! —Nos pusimos manos a la obra—. Venid todos aquí. —Me acerqué a los mayores—: Berni, Javi, ¿queréis hacer vosotros una gran bola? —Se miraron e hicieron un movimiento con los hombros aceptando la propuesta. Javi me respondió:

—¡Sí, Tomi, nosotros la haremos!

—Entonces, de acuerdo, id. —Con aquella parte resuelta, hablé con mis hermanas—: Desi, Ana, creo que dentro de la caravana hay unas zanahorias, id y traed una. Y algo para hacerle los ojos.

—¡Vamos, Ana, haremos un gran muñeco de nieve! —le dijo Desi emocionada.

Fueron en busca de lo que les pedí. Los niños rodaban una gran bola de nieve, tan grande que, más de una vez, se cayeron con ella. Las risas eran continuas. En esos momentos no existía ninguna guerra para nosotros. Yo busqué palos para los brazos del muñeco y ayudé a todos a crearlo.

—¡Lo conseguimos! —exclamé feliz por ello.

Todo era felicidad, mi madre y Dim se unieron a nosotros y disfrutamos de aquel momento como si nada malo ocurriera en ninguna parte. Hasta Dólar parecía sonreír con aquello; de hecho, creo que lo hacía. Mi madre, al ver que el tiempo empeoraba, dijo:

—Niños, será mejor que entremos en la caravana, empieza a nevar. Nos pondremos en marcha enseguida.

Así lo hicimos. Allí quedaba el muñeco de nieve y las risas de todos al hacerlo. Y de nuevo emprendimos camino. La temperatura volvió a bajar bruscamente y la noche se nos echó encima, tuvimos que parar.

—Pasaremos aquí la noche —nos dijo Dim.

Mi madre se acercó a él.

—¿Queda mucho camino por recorrer?

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea. Hemos tenido que dar un rodeo demasiado grande.

Ella lo miró sonriendo.

—No ha sido en vano... Esos dos niños no habrían sobrevivido de no haberlos encontrado.

—Posiblemente tengas razón, ¡todo este tiempo perdido habrá valido la pena!

En aquel momento, mamá se entristeció y, mirándolo con incertidumbre, preguntó:

—¿Qué será de ellos?

Él se unió a la tristeza de mi madre.

—Supongo que las autoridades de ese país intentarán contactar con sus familiares. Tal vez hayan conseguido escapar.

—¿Y si no es así, Dim? ¿Y si no lo han conseguido?

Mamá pensó en la peor de las situaciones y, aunque no se atrevía a decirlo, la posibilidad de que hubieran muerto estaba presente.

—No los dejaremos solos, si sus padres no lo han conseguido, yo mismo me haré cargo de ellos.

Ese hombre era todo corazón, leal, y humano.

—Ojalá el resto del mundo civilizado interfiera y esta locura acabe pronto; entonces podremos volver a nuestro hogar.

Él la miró fijamente y, entristecido, preguntó:

—¿Qué hogar, Sofi? ¡Ya no hay nada de eso, todo está destruido!, nuestros amigos, nuestra

vida. Todo acabó.

—Volveremos a empezar de nuevo, no sería la primera vez que un país resurge de sus cenizas.

—Son demasiados recuerdos... Hasta hace pocas horas hablábamos Tomi y yo de la posibilidad de volver y, de hecho, llegado el momento le dije que volvería, pero ahora... Iré en busca de un país donde impere la libertad, la tolerancia y el respeto a la vida. —Dim, destrozado emocionalmente, se negaba a pensar que cuando todo acabara, volvería a rehacer su vida en el que un día fue su hogar.

Al contrario que mi madre, que irradiaba optimismo con la posibilidad de volver a casa o, más bien, a lo que quedaba de ella.

—Todo es muy reciente, acaba de empezar, y ni tú ni yo, ni nadie sabe cuándo acabará todo esto, pero la fe es lo único que nos queda. Si la perdemos, ellos ganaran. No pierdas la esperanza, Dim. Con el tiempo, tal vez decidas volver para quedarte.

Ellos siguieron hablando. Todos estábamos agotados y el motor de la caravana parecía aguantar. Gracias a eso sobrevivimos una noche más. Al día siguiente me desperté el primero. Dólar se me acercó pidiéndome que lo sacara. No nevaba. Ese amanecer fue precioso: el sol apareció entre las montañas iluminándolo todo. Dim se acercó a mí.

—¿Cómo estás, Tomi? El sol no entiende de guerras ni de personas verdad. ¿En qué piensas?

—Lo miro y pienso en mi padre. En qué habrá sido de él.

—¡Estará bien, no te preocupes! Pronto estaréis todos juntos de nuevo.

Necesitaba sus palabras de aliento.

—¿Crees que es posible? ¿Crees que todos volveremos a estar juntos otra vez?

Dim me agarró fuertemente de los hombros y, mirándome convencido de ello, dijo:

—¡Por supuesto que sí, no lo dudes ni por un momento! —intentaba animarme, y ciertamente lo hacía.

Volvimos y, después de despertar a todos, nos pusimos en marcha. El camino entre montañas se hacía interminable cuando, de pronto, la caravana se paró.

—¿Qué es lo que pasa, por qué has parado, Dim?

Fijó la mirada en mí.

—No he sido yo, Tomi, creo que no podremos continuar. Si no me equivoco, el motor ha muerto.

—¡Intenta arrancarla, por favor!

—Por mucho que lo intente, no arrancará.

Le insistí en ello.

—Está bien, ahora lo comprobarás por ti mismo. —Lo intentó sin resultado alguno.

Asimilé que no podríamos movernos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Hace frío y está nevando.

—Solo podemos hacer una cosa, ir a pie.

«Continuar andando con los niños sería un suicidio», pensé.

—A pie no lo conseguiremos... ¡Moriremos todos!

No pude evitar sentir miedo. Allí solo había montañas y nieve por todas partes.

—¡Tomi, no morirá nadie! Si nos quedamos aquí, sí que moriremos. Recuerda que la caravana es metálica, y sin la calefacción, en poco tiempo será como un congelador a diez grados bajo cero. Ahora abre la guantera y acércame el mapa, por favor.

Durante unos segundos, quedé ensimismado y ausente, tendríamos que hacer el resto del camino andando; ciertamente no teníamos otra opción. Dim, ya más serio, dijo:

—¡Tomi, dame el dichoso mapa, por favor!

—Perdona, me he quedado en blanco.

—No pasa nada, ahora acércamelo. Cuando lo ojeé la última vez, me pareció ver una marca de un refugio de esos de guardias forestales. —Dim lo examinaba atentamente hasta que, por fin, dio con ella—. ¡Sabía que lo había visto! —Al ver que tenía razón, esta vez fui yo él que le puso la mano en el hombro, dándole un par de golpecitos. Él me miró sonriente—. Está cerca de aquí, no demasiado lejos, a unos dos kilómetros, podemos conseguirlo.

—Eso es mucho, ¿verdad?... Quiero decir, aquí en la montaña.

—Llegaremos, te doy mi palabra. Vamos a decírselo a tu madre y a los niños.

Dim fue hasta donde estaba mi mamá y acercándose a ella, preguntó:

—¿Cómo te encuentras, Sofi?

—Estoy mucho mejor, gracias por preguntar.

—Eso es bueno, y en estos momentos mucho más.

Lo miró con cara de preocupación por aquella última frase.

—¿Qué es lo que ocurre?

Debía decírselo, aunque le costó hacerlo.

—Tendremos que ir el resto del camino a pie. La caravana..., el motor ha muerto, Sofi.

Como era natural, mi madre se asustó. Bueno, tal vez exagero, pero sí le cambió la expresión por completo, y no para bien.

—¡Dios mío! Parece cosa del destino. —Él se acercó a ella aún más, y casi en susurros, dijo:

—Sofi, sea nuestro destino o no... Debemos marchar y pronto. Con suerte, llegaremos antes de que anochezca a una cabaña forestal que he visto en el mapa.

Mamá se armó de valor.

—Entonces no hay tiempo que perder.

Ella, siempre buscando una razón celestial para todo. Por el contrario, Dim solo creía en sí mismo.

—Niños, ahora debemos vestirnos con toda la ropa posible, ahí fuera hace muchísimo frío, ¿me habéis entendido?

Todos ellos lo entendieron perfectamente. Mamá empezó vistiendo a las niñas. Dim y yo ayudamos a Javi y a Berni. Debíamos ponernos toda la ropa que encontráramos, incluso las pequeñas nos ayudarían. Cargamos con todo lo que nos fue posible. Ya nos íbamos y no miraríamos atrás. No habíamos dado ni tres pasos cuando...

—Tomi, y Dólar ¿no tendrá frío? —Ana tenía razón; su corto pelo no le bastaría para protegerlo de esas temperaturas.

—¡Esperad un momento! —les dije—. Vengo enseguida. —Volví a la caravana y cogí una pequeña chaqueta de Ana—. Ven, Dólar, no, no te preocupes, no te haré daño.

Se puso nervioso al no saber qué quería hacerle. Con un poco de esfuerzo y paciencia, conseguí ponerle la chaqueta, aunque me costó un par de arañazos y poco más.

—¡Has hecho bien, Tomi!

—No ha sido idea mía, fue Ana, mamá.

Mi madre miró a Ana algo sorprendida, pues era muy pequeña, y que tuviera a su edad esa empatía, la sobrecogió. Ya íbamos en camino; la nieve nos llegaba por los tobillos y el viento frío nos cortaba la piel visible. Teníamos heladas hasta las pestañas. Dim y yo llevábamos a la espalda a las pequeñas.

—¡Tomi, tengo mucho frío!

—Ana, cariño, enseguida llegaremos a la cabaña y haremos un gran fuego, ya verás como pronto entrarás en calor.

De pronto, el viento aumentó, apenas podíamos dar un paso. Javi cayó del cansancio sobre la nieve helada. Al verlo, grité:

—¡Dim, es Javi!

Se acercó a él como pudo y lo cogió en brazos.

—Venid todos, nos refugiaremos allí.

Dim nos llevó entre unas rocas. Por suerte, un árbol protegía la entrada y la misma montaña nos libraría del fuerte viento. Nos colocamos todos al fondo de aquella semicueva. Mi madre estaba preocupada.

—¡Dim, hace mucho frío! ¡Los niños!

—Tienes razón, ayúdame con las mantas.

—¡Debemos conseguir que entren en calor como sea, Dim!

—Lo haremos. Ahora es cuando tú debes tener fe, Sofí. —Dim se acercó a mí y, en voz baja, me dijo:

—Tomi, necesito tu ayuda, ven conmigo.

Yo apenas notaba mi cuerpo, y el frío se estaba haciendo dueño de mí.

—¿Dónde vamos? —le pregunté esforzándome a cada palabra que pronunciaba.

—Necesitamos leña; o conseguimos hacer fuego o no sobreviviremos.

El viento se calmó y la nieve dejó de caer.

—Dim, hay demasiada nieve, ¿cómo vamos a encontrarla?

—La buscaremos justo en la base de los árboles, siempre habrá menos nieve debajo de ellos. Debemos intentar arrancar las raíces secas de su superficie.

Era un hombre sabio, de eso no cabía duda.

—Dim, ¿dónde aprendiste eso?

—De pequeño, en el pueblo ayudaba a mi madre a buscar raíces por el campo. No siempre había dinero en casa para comprar leña buena.

Puede que, tal vez, todo lo que nos ocurre en la vida sea por una razón, pues gracias a la necesidad de los padres y de Dim cuando era pequeño, supo cómo conseguir unas simples raíces. Lo único que en esos momentos podía salvarnos de morir congelados.

—Tomi, debemos darnos prisa, pronto volverá a nevar.

Los dos llegamos cargados, no sin esfuerzo, pues teníamos los dedos de las manos medio congelados. Dim sacó unas cerillas de su bolsillo derecho. Las manos le temblaban y empezaban a amoratarse la punta de los dedos. Abrió la cajetilla y, al intentar sacar una cerilla, se le cayeron todas al suelo.

—Deja, Dim, ya las cojo yo.

Él me miró y me hizo un gesto de agradecimiento. Las cogí y le pedí la cajetilla ya vacía.

—¡Toma, inténtalo tú!

Cogí dos cerillas a la vez y las encendí. Las puse lentamente en la base de la leña fina junto a algunos papeles. Por suerte, empezó a arder. Aquel fuego nos dio vida a todos. De no ser por él, no creo que ahora estuviera contando todo esto. Por fin, entrábamos en calor. Los dedos de Dim, a las pocas horas, se empezaron a recuperar; excepto por los extremos. Aunque no llegó a perderlos, pasó tiempo antes de que recuperaran su color natural, al igual que su sensibilidad.

Al rato de entrar en calor, volvimos a ir en busca de más leña. Durante dos horas más,

estuvimos trayendo raíces para aguantar la noche. Arrancamos ramas verdes y tapamos todo lo posible la entrada de la cueva. Mi madre se acercó a él.

—¿Qué haríamos sin ti? Enséñame tus manos.

Él las intentaba ocultar.

—Están bien, no te preocupes por mis manos.

—Enséñamelas, por favor.

Le acercó las manos y, al verlas, lentamente le quitó los guantes de lana que llevaba. Se las agarró poniéndoselas en su cara cálida y acariciándoselas. Él se sonrojó y, muy despacio, las retiró. Entonces, mirándola con una calidez y ternura como nunca vi antes, le dijo:

—No sé si hacemos lo correcto.

Ella se acercó y, volviendo a cogerle las manos, respondiéndole, dulcemente:

—No hacemos nada inapropiado, nos has cuidado como a tu propia familia, y yo solo intento darte calor.

—No sé si mi hijo sigue con vida y, por otro lado, estáis vosotros... ¡Estás tú!

—Perdóname, no pensé. He sido egoísta con respecto a ti, por un momento olvidé lo de tu hijo y tu madre.

—Es normal, no debes pedirme perdón, lo que he ido sintiendo por ti día tras día no tiene nada que ver con mi hijo o con mi madre, soy yo. Sofí, ahora no entendería la vida sin ti. Y, por favor, déjame decirte algo.

Hacia años que mi mujer y yo solo convivíamos en la misma casa por nuestro hijo. El amor entre nosotros murió tiempo atrás. Simplemente, es que... debo asimilar que nunca volveré a verlos.

Dim se derrumbó y le empezaron a caer lágrimas incontroladas. Mi madre lo abrazó y acercó la cabeza hacia su pecho. En voz baja, le dijo:

—Para todos nosotros es como si Dios nos hubiera mandado un ángel. Y tienes razón con respecto a tu mujer, pero con respecto a tu hijo..., sé que pronto estarás con él.

—No soy ningún ángel ni nada parecido, solo hago lo correcto, pero agradezco tu optimismo.

—Para nosotros sí que lo eres. No siempre los ángeles llevan alas.

Se hizo el silencio entre ambos. Sin dejar de mirarse, a los pocos segundos, habló:

—¡Está bien, tú ganas! Pero yo te pregunto: ¿un ángel tiene malos pensamientos? —A aquella pregunta, mi madre le respondió sonriéndole.

—¿Quién no los ha tenido?, ¿quién no ha dudado? Somos... como somos, eso es lo que nos hace humanos. Lo importante es no ceder a ellos, y que convirtamos esos pensamientos negativos en buenas acciones.

Hablaban cada uno con su opinión, y ambos sufrían. Dim había perdido a su hijo, sin saber ni siquiera dónde estaba, y nosotros, tal vez, también habíamos perdido a nuestro padre. La noche llegó a su ecuador. Respecto al fuego, conseguimos mantenerlo, y gracias a su calor superamos esas horas y su frío extremo. El amanecer del nuevo día estaba ahí. Los rayos de luz llegaban por la entrada, entre las ramas. Ana se me acercó.

—¡Tomi, Tomi, despierta! —Me movía de lado a lado, a la vez que me llamaba insistentemente. Consiguió su propósito.

—Buenos días, Ana..., ¿qué pasa? ¿por qué tanta prisa?

—¡Tomi, todos duermen menos Dim!

—Estará fuera, no te preocupes.

Estaba claro que no me dejaría dormir.

—¿Me ayudas a despertar a los demás? —¡Lo conseguí! No me dejaría dormir.

—Sí, supongo que será lo mejor.

—Yo despertaré a Javi y a Berni —me dijo sonriendo y oscilando de lado a lado su cuerpo.

—¡Claro, cómo no!, despiértalos tú. Yo desperté a mamá y a Desi.

A Dólar no hizo falta llamarlo, estaba en la entrada de la cueva esperando que Javi lo sacara a hacer sus necesidades. Dim había avivado el fuego de tal modo que pude preparar el desayuno. Nos quedaba algo de leche líquida. A partir de ese momento, tendríamos que tomarla en polvo.

—Tomi, ¿no hay cacao?

—No, Desi, ya no queda, pero con azúcar también está buena, ya lo verás.

Me vio triste y supongo que entendió que debía conformarse con lo que teníamos.

—Está bien, Tomi, me la beberé con azúcar.

Me sentía mal y no era por mí, sino por mis hermanas pequeñas. No mucho tiempo atrás, lo tenían todo, ¡lo teníamos todo! A mi corta edad, recordaba haber visto algún informativo. Noticias de miles de personas abandonando sus países de origen, por causa de guerras o hambrunas terribles. Iban en busca de una oportunidad de sobrevivir o, simplemente, de tener una vida mejor huyendo de todo aquello. Lo sentía como si eso pasara en otro mundo. ¿Cómo podía ocurrir algo así? ¿Qué tipo de humanidad iba a consentir esas muertes? Miraba a mis padres y los oía comentarlo tristes e impotentes:

—¡Sofí, no podemos hacer nada, nosotros no!

—Cariño, deberíamos hacer algo. Si las personas se unieran y saliéramos a las calles, quizás conseguiríamos parar esta locura.

—Todavía no lo entiendes; en todas estas guerras siempre hay intereses enormes para alguien, y cuando digo alguien, me refiero a países que han de mantener su forma de vida, y si para ello han de provocar una guerra, lo hacen. Sofí, hay varios mundos en este. Y todo está preparado para evitar que las gentes se tiren a las calles. Nos han engordado de tal manera... Nos han permitido tener de todo, y ahora, ¿quién se expone a perderlo? Saben muy bien lo que hacen. Todos tenemos que dar de comer diariamente a nuestros hijos, pagar la hipoteca, todos los gastos de la casa, los coches... No tenemos tiempo de ayudar a nadie. Ese era su objetivo y lo han conseguido... Sí, nos quejamos y comentamos entre nosotros a dónde llegará el mundo de seguir así, pero, cariño, realmente no podemos hacer nada. ¿Recuerdas el día en el mercado, cuando aquel tipo comentó lo de los tumultos de Egipto?

Mamá miró en su memoria.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Qué le contestó aquella mujer?

—«Que sigan los tumultos, más turismo para nosotros», le dijo.

—Ahí tienes la respuesta. A estas cosas me refería: la gente solo quiere tener trabajo para poder pagar sus deudas y sobrevivir. Nos hemos creado un caparazón en el que solo existe el yo y los míos.

—Entonces, todos estamos expuestos a la aniquilación, solo es cuestión de que unos pocos lo decidan.

Mi madre, sin saberlo, profetizó nuestro propio futuro... ¡Cuánta razón tenían! Dejando a un lado mis recuerdos por un momento, la luz del sol dejó de entrar por la entrada de la cueva. De nuevo, Dim tapó sus rayos. No pude evitar recordar cuando vi su silueta por primera vez en lo que fue nuestra casa.

—Hola, Dim, buenos días.

Se sentó a mi lado.

—Buenos días, Tomi, ¿qué tal estás?

—Bien, ya hemos desayunado todos.

—El día es propicio; preparemos todo para la partida.

Dim se levantó y, acercándose a mi madre, dijo:

—Hola, Sofí.

—Hola.

Capítulo 7

—¿Cómo te encuentras?

En sus miradas se percibía complicidad.

—Perfectamente. He oído lo que le decías a Tomi.

—¿Y qué te parece?

—Me parece bien. Cuando tú lo decidas, nos marchamos de aquí.

—Entonces, no hay más que hablar.

De nuevo, el camino en busca de ese techo donde prepararnos para llegar a la ansiada frontera; tal como dijo Dim, el día era bueno para intentarlo. Tres horas trascurrieron desde que dejamos atrás aquella cueva. Paramos, si algo debíamos hacer era descansar y recuperar fuerzas.

Los más pequeños aprovecharon para jugar con la nieve. Mi madre, Dim y yo hicimos un recuento de las provisiones con las que contábamos.

—Si en ese refugio no hay comida, nos será muy difícil sobrevivir.

Dim era muy realista, no dejaba nada al azar.

—Debemos confiar en que haya algo que llevarnos a la boca. Ten fe, no la pierdas.

Ella, por el contrario, siempre optimista. Su fe movería montañas.

—De acuerdo, Sofi, no la perderé. Si no me equivoco, al otro lado de esta montaña encontraremos la cabaña.

—¡Ojalá tengas razón! Los niños están agotados y yo también.

Seguidamente, Dim, se dirigió a mí:

—Tomi, a pesar de tu juventud, llevas muy bien todo lo que nos está pasando. Estás haciéndote un hombre apresuradamente, aunque hubiera preferido que tu adolescencia fuera distinta, y que este horror no lo vivieras. Pero la vida no es justa y tenemos que afrontarla dando la cara. No lo olvides nunca: lucha pase lo que pase.

De alguna forma, me hacía sentir orgulloso de mí mismo y sus consejos me servirían para el resto de mi vida.

Emprendimos de nuevo la marcha rodeando la montaña. No se equivocaba: por fin dimos con el refugio. Mi madre, al verlo, dijo:

—¡Es enorme! Y parece estar en buen estado.

Aquello no parecía un refugio, era una gran casa hecha de madera, con cuatro ventanas en la fachada principal y un porche que la rodeaba. Entramos y, para nuestra sorpresa, no estaríamos solos. Cuatro niños nos miraron aterrorizados. No era para menos, pues todos teníamos nuestra propia historia de huida y de terror.

—¡Dios mío! —exclamó mi madre. La historia se repetía: unos niños abandonados—. No tengáis miedo, no os vamos a hacer daño.

Una chica salió de entre las sombras. La miré perplejo..., pues era Marí. Por un momento me quedé sin palabras. La miraba y no me lo terminaba de creer. La hacía ya a salvo en otro país, disfrutando de la libertad, esa maravillosa palabra tan fácil de pronunciar, y tan difícil de sentirla para muchas personas. Me acerqué a ella con una sensación agrídulce, por un lado, me sentía feliz

de volver a verla, pero, por otro, triste y apenado de que no lo hubiera conseguido.

—Marí, ¿qué haces aquí? —le pregunté sin creermelo que la tenía frente a mí—. ¿Y Barri?

Ella quedó tan sorprendida como yo. De pronto, se me abalanzó para abrazarme; y una sensación de placer, en el buen sentido de la palabra, me envolvió por completo. Entonces me miró y me respondió sobre Barri.

—Salió a buscar leña. —Marí no pudo resistir la emoción al vernos—. ¡Pero eres tú, sois vosotros, estáis vivos!

Estaba emocionado, al igual que ella. La miraba y no sabía si era un sueño o si, por el contrario, estaba despierto. Era mi primer amor y ese no se olvida nunca.

—Sí, Marí, somos nosotros. Por favor, no llores, estamos aquí con vosotros.

Estaba temblorosa y preocupada.

—¡Tomi, nuestros padres no vuelven! Ha pasado demasiado tiempo. ¡Creo que no regresarán!

—Los volverás a ver, no te preocupes, simplemente algo los está retrasando. —¿Qué podía decirle? Lo más probable es que no los volviera a ver—. Nunca llegasteis a la frontera, ¿verdad?

—No, Tomi, miles de personas esperábamos, pero, desde el otro lado, nos negaban la entrada. Ahí estábamos, hacinados como animales. Rezando para que se apiadaran de nosotros, pero esa solidaridad nunca llegó.

—Lo siento. Pero ¿cómo llegasteis hasta aquí?

¿Por qué ese país, que siempre fue amigo y solidario con nosotros cuando hizo falta, nos negaba la entrada en un momento tan delicado para miles de personas? Supongo que la orden de ayudarnos no llegaba.

—Los padres de estos niños y los míos decidieron rodear la frontera, pero nos fue imposible conseguirlo, hay grandes muros vigilados por guardias armados. ¡Tomi, no estamos muy lejos!

—Lo siento... Siento que no os dejaran entrar... ¿Dónde están ahora tus padres y los de estos niños?

—Los de los niños decidieron encontrar una salida del país. A los nuestros les tocó buscar comida. ¡Pero ninguno ha vuelto, Tomi, ninguno de ellos! Supongo que les pilló la tormenta.

Marí no dejaba de llorar, y no era para menos, quizás ninguno de ellos volviera a ver a sus padres. Mi madre y Dim hablaban. Entonces se acercaron a Marí y mamá la abrazó.

—Hola, cariño, estamos con vosotros. Ya no tenéis nada que temer, vuestros padres pronto volverán, y mientras tanto nosotros estaremos aquí para protegeros.

Marí la miró con algo de esperanza y con una media sonrisa.

—¡Cómo me alegro de que estén aquí! No hubiéramos sobrevivido sin nuestros padres. Me hacía la fuerte, pero en mi interior, no soportaba la idea de morir.

Mi madre, al percibir el miedo en sus palabras, intentó animarla:

—¡Mírame!, ¡no morirá nadie! Ya no tienes que preocuparte, ahora el destino nos ha guiado hasta vosotros. Ya no estaréis solos. —Marí no dejaba de llorar. Mamá la consolaba abrazándola y acariciando su bonito pelo—. ¡Mírame! Jamás te mentaría, entre todos saldremos de esta. Tu hermano, tú y los otros niños ya no debéis tener miedo. —Con el paso de los minutos, de nuevo volvió la esperanza a ella—. ¡Tus padres vendrán, ya lo verás! Y si no es así, los encontraremos. No llores más, cariño, te prometo que daremos con ellos.

Marí, poco a poco, se calmó, me acerqué a ella y me senté a su lado. Mamá aprovechó para hablar con Dim.

—Dim, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo nos alimentaremos? ¡Somos muchos! —le comentaba con gran preocupación.

—No lo sé, Sofí. —Él le daba vueltas a la nueva situación—. Necesito hablar con ella. —Se levantó y vino hasta nosotros—. Marí, ¿eres la mayor?

—Sí, mi hermano y yo somos mellizos.

—¿Os quedan alimentos? —Ella miró a una puerta que había al fondo, pegada a unas camas.

—Más bien pocos, algunas latas de garbanzos y lentejas, puede que algo de arroz y leche en polvo.

—Gracias, Marí, y cómo te ha dicho Sofí, todo saldrá bien. —Volvió a dirigirse a mi madre—: Sofí, uniremos todo y racionaremos la comida. Hay que estirla. Nosotros, los mayores solo comeremos una vez al día; tal vez de esa forma consigamos sobrevivir algún tiempo.

—¡Por supuesto! Ellos son lo primero.

Marí se acercó al resto de los niños.

—Venid, son amigos.

Dos niños de unos quince años y una niña de unos cinco se acercaron hasta nosotros. Mi madre les preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Yo soy José.

Debía tener unos catorce años, era rubio y de pelo un poco rizado. Seguidamente, mi madre preguntó al otro niño:

—¿Y tú?

—Carlos.

Él tenía el pelo oscuro y parecía ser muy espabilado. La más pequeña se pegó a mi madre y le estiraba de la ropa. Mamá se agachó y, con una gran sonrisa, le preguntó:

—Y tú, mi niña, ¿cómo te llamas?

—Ariadna.

Esa niña era preciosa, con unos ojos grandes y verdes, el pelo liso y rubio.

—Cariño, ¿has comido?

—Sí, lentejas. —Tal como lo dijo, no parecía que fuera su plato preferido.

—Muy bien, cariño. Aparte de Tomi, tengo dos niñas de tu edad. ¿Quieres conocerlas?

—¡Sí! ¡Sí! —En ese momento, la niña rompió a llorar, pues echaba de menos a sus papás.

—Ay, mi niña, no llores. —Mamá la cogió en brazos mientras llamaba a mis hermanas—: Ana, Desi, venid a conocer a Ariadna.

No pasó ni un minuto, cuando ya parecían amigas de toda la vida, tanto a Javi como a Berni les sucedió lo mismo con Carlos y José. Dim y mi madre los miraban, supongo que pensando que, algún día, lo harían en total libertad.

—¡Qué bendición ser niños!, ¿verdad, Dim?

—Sí, Sofí. Su inocencia es inigualable. Ojalá los adultos aprendiéramos de ellos.

Al fondo de la habitación se oyó llorar a un niño pequeño. Mi madre, al oír ese llanto, sorprendida, preguntó a Marí:

—¿Hay un bebé?

—Lo siento, lo olvidé. Es Adrián, tiene dos años y es hermano de Ariadna.

Mi madre, sin perder un segundo, fue en su busca y lo cogió en brazos. Efectivamente, era un bebé de unos dos años. Con él en su regazo, lo acercó hasta Dim. Lo trataba como si fuera su propio hijo.

—¡Dim, debemos ayudarles!

Él, tan asombrado como ella, al ver a ese niño, exclamó:

—¡Por supuesto, nos acaba de crecer la familia!

Ahora éramos una gran familia.

Al fin, volvió Barri. Entró y, sorprendido al vernos, se acercó a nosotros emocionado para abrazarnos efusivamente.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo nos habéis encontrado?

Estaba tan sorprendido como nosotros. La mayor de las casualidades nos pertenecía. Y dándole un gran abrazo, respondí a su pregunta:

—Llegamos aquí buscando un refugio. Para nosotros ha sido una sorpresa encontrarlos. De hecho, creíamos que estabais fuera de peligro, más allá de la frontera, a salvo de todo esto. ¡Todavía no me lo puedo creer!

—Por desgracia, no ha sido así. ¡Nuestros padres no han vuelto, Tomi! —Su tristeza y la pérdida de la esperanza eran palpables en él.

—Lo sabemos, nos lo ha contado Marí. Pero haremos lo posible para encontrarlos.

Él recordaba estremeciéndose por todo lo acontecido.

—Estaba lleno de militares, no pudimos cruzar. ¡No éramos nada para ellos! —Aunque lo intentaba, era difícil consolar lo inconsolable, lo que en un mundo civilizado no debería ocurrir jamás.

—¡Venga, tranquilízate! Conseguiremos llegar a ese país.

—¿Y mis padres, Tomi? ¿Qué habrá sido de ellos? —Para esa pregunta no tenía respuesta.

—Lo más probable es que los hayan cogido..., Berni. A mi padre también se lo llevaron.

—Lo siento, Tomi. ¡Y me alegro mucho de que estéis aquí, no te imaginas cuánto!

—Ojalá lo hubierais conseguido, pero no voy a negar que, en estos días, sois lo mejor que me ha pasado.

—¡Ni Marí ni yo sabemos qué tenemos que hacer!

—Mi madre y Dim nos sacarán de aquí. Ya no tienes nada que temer.

Mamá se quedó al cuidado de las pequeñas y del bebé, los demás fuimos a buscar toda la leña que encontraríamos en los alrededores. Marí y yo nos separamos del resto. Ambos llevábamos sobre las manos cuatro palos contados. En un momento dado se acercó a mí.

—Tomi... —Me miró fijamente y se hizo el silencio durante unos segundos, hasta que ella misma lo rompió—: ¿Por qué nunca me has besado?

Me quedé sin palabras. Agaché la cabeza, pues no podía mirarla a los ojos. Entonces me armé de valor.

—El tiempo pasaba y no me atrevía a decirte lo que sentía. Con los años, al crecer tanto nuestra amistad, incluida la de tu hermano, nunca encontré la ocasión... Tuve miedo de que me rechazaras. Me hubiera muerto de vergüenza.

Entonces ella tiró la leña y, acariciándome el pelo, acercó su boca a la mía y me besó. No puedo describir lo que sentí en aquel momento, por unos segundos solo existíamos ella y yo en todo el universo, ni siquiera notaba el frío que nos envolvía.

—¡Realmente sentías algo por mí!

No podía apartar la mirada de sus ojos, esos ojos tan penetrantes. Trascurridos unos segundos, rompió el silencio de nuevo.

—Siempre me gustaste, pero nunca dabas el paso. Te vi cuando viniste a mi antigua casa, la que teníamos al lado de la playa; y para mí fue lo más romántico del mundo. Creo que en ese momento me empecé a enamorar de ti.

—Dios mío, creía que solo querías ser mi amiga. Eres tan bonita que pensé que yo era muy

poca cosa para ti. Está claro que me equivoqué. —Todos esos años enamorado de Marí, pensando que nunca querría ir más allá de la amistad. ¡Qué errado estaba!—. Fue una locura ir hasta allí, era demasiado pequeño, podrían haberme atropellado en aquella carretera.

—Por suerte, no pasó nada de eso, y aquello fue lo que hizo que sienta esto en mi corazón.

—No te imaginas la sensación que tuve al verte.

Apenas me atrevía a mirarla a los ojos y mi cuerpo temblaba como si de un flan se tratara. Ella se percató.

—¿Qué te ocurre, por qué tiemblas?

—De verdad no sabes por qué. Lo que he sentido con ese beso me ha hecho subir al cielo.

Con una expresión de felicidad y con la voz más dulce del mundo, me dijo:

—Entonces, ¡bésame otra vez, y subamos los dos juntos!

Esta vez fui yo él que la besó; el tiempo se detuvo en ese instante. Por desgracia, pasados unos minutos, decidimos volver. Por el camino, me preguntó de nuevo:

—¿Saldremos de aquí?

—Debemos confiar en Dim, sin él no estaríamos con vosotros.

—Está bien, no perderé la esperanza y confiaré en él.

—Será mejor que volvamos con algo de leña o empezarán a preguntarse dónde estamos.

Se giró hacia a mí y se acercó a pocos centímetros de mi cara.

—Claro..., pero antes bésame otra vez, llevo esperando demasiado tiempo este momento y no dejaré que esta absurda guerra me impida hacerlo una y otra vez.

Nos besamos con pasión: mi sueño se hizo realidad. Supongo que el de ella también. Por supuesto, recogimos toda la leña que encontramos a nuestro paso. Y ya en la cabaña, nos mirábamos y sonreíamos. Barri se me acercó para susurrarme al oído.

—Oye, Tomi, a vosotros dos os pasa algo raro. —Yo no dejaba de mirar a Marí.

—No nos pasa nada, ¿por qué dices eso?

Él insistía.

—A mí no me la pegáis, os habéis enrollado, ¿eh!

—¡No digas tonterías! ¡Y cállate, o te van a oír!

Ella se movía por la casa, y yo negaba lo evidente.

—¡A mí no me engaños! Conozco a mi hermana y te conozco a ti, y sé que siempre has estado pillado por ella, y algo me dice... ¡Además, Tomi, siempre te gustó Marí y tú a ella!, ¿qué tiene de malo, cuñadito?

—Mira en qué situación estamos, no creo que sea el momento.

Por fin, Barri diría algo coherente.

—El amor no entiende de guerras ni de nada parecido... Por fin, mi mejor amigo es feliz con el amor de su vida, o sea, mi hermanita.

A pesar de que me conmovió, protesté:

—¡Quieres callarte ya, te va a oír mi madre! —Mi hermana pequeña oyó a Barri y no perdió un segundo en ir a ver a mamá.

—Mami, Tomi es el novio de Marí, igual que yo de Javi.

No pasó mucho tiempo cuando Mamá se acercó a mí.

—¿Es cierto, Tomi?

Valientemente, le respondí.

—Sí, mamá.

Feliz, me abrazó y, mirando a Marí, dijo:

—¡Me alegro mucho, hijo... Marí, ven, acércate! —Se sentó junto a mí, en medio de los dos—. Me dais una gran alegría, supongo que no es el momento soñado por vosotros, pero eso ahora no importa, algún día todo esto será solo un recuerdo, ¡ya lo veréis!

Nunca me había sentido tan avergonzado, pero ese instante tenía que llegar tarde o temprano. Dim, avivaba el fuego a la vez que nos escuchaba. Entendió mi vergüenza y lo dejó estar. Dos días después dejó de nevar, José y Carlos propusieron jugar un partido de fútbol. La nieve se derretía y enfrente de la cabaña teníamos una gran explanada.

—¿Qué nos dices, Tomi, jugamos?

—Está bien, José. ¿Javi y Berni, van a jugar también?

—Sí, incluso Dim quiere.

Mi madre se quedó con las pequeñas y Adrián.

—¡Juguemos pues!

Carlos tenía un balón. Preparamos las porterías con unas piedras. Hicimos los dos equipos. Le pedí a Marí que fuera mi portera; y el resto de mi grupo lo formaban Javi y Berni. Como debéis imaginar, Dim, José y Carlos se enfrentarían a nosotros.

Mi madre, con Adrián en brazos, las tres pequeñas y Dólar eran los espectadores del gran partido sobre nieve; bautizado así por Barri, el Ideas.

Por unos minutos, todos olvidaríamos por qué estábamos allí.

—¡Marí, pásame el balón! —Carlos llegó a mi encuentro, intenté regatearlo, pero me quitó la pelota. A pesar de que Javi era más pequeño, consiguió quitárselo—. ¡Pásamelo, Javi! —Se lo pasó a Marí y ella a Berni.

—¡Gol, gol, ganamos! ¡Campeones..., campeones, oe, oe, oe! —Cantaban los más pequeños.

Sonreíamos. Todos celebrábamos ese momento único entre tanta tristeza.

—Creo que será mejor que preparemos la comida —comentó mi madre a Dim.

Los niños, al oírla, no tardaron en salir corriendo hacia la cabaña. Barri se alejó también mirándonos y sonriendo, realmente se alegró de nosotros al saber que, por fin, habíamos dado el paso, aunque fuera en esas circunstancias. Mi madre se acercó a Dim.

—Míralos, qué felices se les ve, es como si todo esto, por unos instantes, lo hubieran olvidado.

—Así es, Sofí, y me alegro; cómo no hacerlo. Pero pienso en mi hijo, él debería haber estado aquí, jugando con los demás y, por el contrario...

—¡Lo siento, Dim, no debería haber hecho ese comentario!

Él la miró tiernamente.

—Aunque no lo hubieras hecho, nada podrá hacer que salga de mis pensamientos. Tendré que aprender a vivir sabiendo que, tal vez, nunca lo encuentre.

Tal como nos alejábamos, pude ver llorar a Dim, y a mi madre abrazándolo. Aquella maldita bomba segó de cuajo esas dos vidas, y aunque vivo, sería difícil encontrarlo. La bomba dejaba a un padre medio muerto en vida.

Ya todos estábamos en la cabaña y el frío se hacía más intenso.

—Tomi, ayúdame a meter leña, que se vaya secando.

—Claro, Dim.

Los dos salimos. Por suerte, nos hicimos con un buen montón de ella. Ambos estábamos agachados, preparados para llevárnosla.

—Dime, Tomi, ¿qué tal con Marí?

Supongo que el color de mi cara cambió al rojo vivo con aquella pregunta.

—Me da un poco de vergüenza hablar de eso contigo.

—Somos hombres, y a estas alturas creo que me debería haber ganado tu confianza.

Dim era lo más parecido a un padre en aquel momento, y sí que necesitaba hablarlo con él.

—Lo sé... Está bien, siempre la he querido, desde muy pequeños, y ahora, por fin, sé que ella siente lo mismo por mí.

—Es un amor largo en el tiempo, y ciertamente hacéis una gran pareja..., créeme. Aunque deberás cuidar de ella también.

—¿Te refieres en un futuro?

—¡Claro! En un futuro. Ahora entremos estos palos.

Así lo hicimos, pero el tono de voz que utilizó al confirmarme que se estaba refiriendo al futuro de Marí y mío me dejó un poco desconcertado. Cuando todos dormían, Dim salió de la cabaña.

Me levanté sin hacer ruido y fui con él. Ya a su lado.

—Hola, Tomi, ¿tú tampoco puedes dormir?

Dim sacó un cigarrillo de su bolsillo derecho y lo encendió.

—Hola, Dim. No, tampoco puedo dormir. —Sorprendido, le pregunté—: ¿No sabía que fumaras?

—Es un viejo hábito que dejé hace mucho tiempo, pero ahora lo necesitaba. Dime, ¿qué te preocupa?

—Cuando me dijiste lo del futuro de Marí y mío, me dejaste con una duda. Presentí que no era a ese futuro lejano al que te referías.

Dim me miró y, durante unos segundos, quedó en silencio.

—Está bien, después de mí, eres el responsable junto a tu madre de todos los que están aquí. Si me ocurriera algo, deberás tomar decisiones importantes.

Lo que me estaba diciendo me preocupó sobremanera. Aquellas palabras me angustiaron.

—¿Por qué ha de ocurrirte algo malo?

—No ocurrirá nada, pero sí, por alguna circunstancia, os quedarais sin mí, quiero que afrontes el hecho de que tendrás que ser el que los saque de aquí con vida, Tomi. No podemos arriesgarnos a ir todos en busca de la frontera.

—¡No te entiendo! —Estaba desconcertado, pues no sabía a qué se estaba refiriendo o, tal vez, no quería saberlo.

—Iré yo primero, cuando esté seguro de haber elegido el mejor camino. Volveré. —Ahora sí lo entendía, no me gustaba la idea, pero tenía razón.

—Pero eso es muy peligroso, podría ocurrirte algo... ¡yo iré contigo!

—No, no, debes quedarte. Has demostrado con creces, tu valentía e imaginación... Alguien ha de guiarlos si no vuelvo.

Yo sabía que corría riesgo y empezaba a tomar cariño a aquel hombre.

—Está bien, haré lo que me digas.

Lo miré con temor, pues quizás no volvería verlo jamás.

—Mañana me iré, si en una semana no he vuelto, si afloran las tormentas, marchad. Os dejaré el mapa, ¿sabrás leerlo?

—Creo que sí.

—No lo olvides..., una semana.

Esa noche apenas pude dormir. Llegó el amanecer, y con el nuevo día nos quedamos sin nuestra figura protectora. Una pequeña ventisca se empezaba a formar. Dim habló con mi madre.

—Sofí, es necesario.

Dim hablaba con la razón, a pesar de que su corazón le decía que no se marchara. Mi madre,

desconsolada de pensar en el peligro que correría, le dijo:

—Intentémoslo todos juntos.

—Es demasiado arriesgado, debo hacerlo yo.

—Has demostrado con creces tomar siempre las decisiones acertadas. Y he de reconocer que nunca había conocido a nadie con tu seguridad y valor. Pero los niños te echarán en falta, y se han encariñado contigo... Al igual que yo. Cuando creí haber perdido el amor, apareciste como caído del cielo. Y ahora que de nuevo lo he encontrado, no quisiera perderlo.

—En otras circunstancias no sé qué hubiera hecho al oír tus palabras. Pero ahora, aunque te haya encontrado para perderte, debo hallar una salida para todos esos niños y para ti... No os preocupéis por mí, volveré.

Mi madre aceptó que era lo mejor para todos y, afligida, acercó las manos a su cara.

—Rezaré por ti.

Dim preparó todo para su partida y, uno a uno, se despidió de nosotros.

A mí me dejó para el último.

—Llegó el momento, Tomi... Recuerda que, junto a tu madre, debéis tomar todas las decisiones, buenas y malas.

—Lo sé, y no te defraudaré.

—Antes de que trascurren los siete días, estaré aquí de nuevo.

Sin pensarlo, lo abracé, en cierto modo se había convertido en mi segundo padre, y en el corazón cabe todo el amor del mundo. Con todo preparado, se fue alejando entre la ventisca hasta llegar a desaparecer ante nosotros. Mi madre nos llamó a todos, tenía al bebé en brazos totalmente dormido.

—Venid aquí, mis niños. —Así lo hicimos; todos frente a ella, prosiguió—: Debemos tener esperanza en que Dim volverá pronto, y podremos ir a ese nuevo país donde volver a empezar. Ariadna preguntó:

Capítulo 8

—¿Qué es tener esperanza?

Oírla preguntar eso siendo tan pequeña nos sorprendió a todos, pues, aunque parecía estar en su mundo jugando, siempre estaba pendiente a todo lo demás.

—Cariño mío, tener esperanza es creer que todo saldrá bien, es creer que algo mucho más grande que nosotros nos ayudará. Tener esperanza es no perder la fe.

—¿Dios? —preguntó con los ojos muy abiertos y entusiasmada.

—Sí, cariño. Él nos ayudará a que todo salga bien poniéndonos los medios necesarios para ello. No olvidéis, y esto os lo digo a todos, que todo pasa por una razón y que Dios no te da lo que le pides, sino que pondrá en tu camino lo que necesitas para ese fin. Aunque muchas veces no entendamos por qué ocurren las cosas que nos hacen sufrir. —Las palabras de mi madre nos dieron motivos para seguir adelante, a pesar de la ausencia de Dim, nuestro salvador. A veces pienso que el destino le arrebató a su familia, para encontrarnos y salvarnos a todos nosotros, aunque suene egoísta por mi parte.

Tres días de fuertes nevadas trascurrieron. Barri y yo salíamos lo justo para conseguir leña. Al amanecer del cuarto día, Marí estaba mirando por la ventana. Me acerqué a ella.

—Hola.

Miraba al infinito, pensativa.

—Hola, Tomi —me devolvió el saludo con una dulce sonrisa, a su lado todo era diferente.

—¡Hoy no nevará!

—Espero que tengas razón, necesito salir de aquí.

—¡Demos una vuelta! ¿te apetece?

Necesitábamos estar solos y que nos diera el aire, aunque fuera helado.

—Sí, tú y yo.

Nos pusimos los abrigos y empezamos a caminar. Le di la mano. Ella me apretaba fuertemente.

—Tengo miedo, Tomi; por mis padres, por nosotros y, sobre todo, por los niños más pequeños.

—Yo también, pero no debemos tenerlo, Dim volverá con una salida. Pronto estaremos a salvo y te reunirás con tus padres.

Entristecida y preocupada de pensar en ellos, me miró con un gran temor.

—¡Y si han muerto, y si no los vuelvo a ver!

Debía calmarla, tenía que creer en el milagro.

—¡No digas eso!, posiblemente os están esperando retenidos en algún sitio. Sé que mi padre nos encontrará. Tú debes pensar lo mismo.

Se acercó mucho más a mí.

—Abrázame, por favor.

La abracé con todo mi cuerpo y mi corazón; en ese momento supe que era el amor de mi vida y que nada ni nadie nos separaría jamás.

La besé y de nuevo todo desapareció para mí: solo existíamos ella y yo. Por unos segundos, se disiparon todos nuestros problemas de nuevo. Entonces, estrepitosamente, se apartó de mí. Yo, en

lo único que pensaba era en qué había hecho mal o cómo la había ofendido. Pero nada más lejos de la realidad.

—¿Has oído eso? —Alterada, miraba por todos esos árboles cubiertos de nieve.

—No, no he oído nada.

Marí no dejaba de repetirme que oía algo.

—¡Escucha! Son pisadas en la nieve, ¿no lo oyes? —Por fin pude oír esas pisadas.

—Ahora lo oigo.

De pronto, de unos matorrales salieron dos hombres armados y vestidos de uniforme, el mismo que vestían los que se llevaron a mi padre. Nos apuntaban con sus armas, no sé qué eran, posiblemente fusiles de asalto.

—No mováis ni un músculo —nos dijo él más alto, moreno y de piel tosca—. ¿Qué hacéis aquí?

—Nos refugiamos en una cabaña forestal —le respondí.

Aquel tipo no dejaba de apuntarnos, y el miedo nos paralizaba.

—¿Cuántos sois? —preguntó él otro tipo. Este iba con pasamontañas, apenas se le veían los ojos. Yo le respondí:

—Mi madre y siete niños más.

—¿Cómo?, ¿de adultos solo está tu madre? —En ese momento pensé que era mejor no decirle que Dim tenía que volver pronto—. Supongo que sois hospitalarios y nos invitaréis a ir con vosotros. —Nos apuntaban con sus fusiles, ¡cómo no invitarlos a venir, cuando tienes un arma apuntándote a la cara!

—¡Claro! Está detrás de aquel montículo —le dije apuntando con la mano hacia la cabaña. Aquellos dos soldados se miraron. Seguidamente, dándome con la culata de su fusil en la espalda, el del pasamontañas habló con una voz autoritaria:

—Ir delante de nosotros y no hagáis nada raro.

Durante todo el camino no dejaron de apuntarnos. El más bajo no abría la boca. Me preguntaba qué hacían dos soldados en esa zona. Algo dentro de mí me ponía en guardia contra ellos.

—¿Tenéis comida? —nos preguntó él que parecía el jefe.

—Sí, algo tenemos.

Llegamos a la puerta.

—Parad ahí. Abre, entra y di que traéis invitados —me exigió de nuevo aquel soldado, el más alto. Lo miré con temor, que era lo que sentía, pero debía aparentar valor.

—¡De acuerdo, haré lo que me pides!

Abrí la puerta, todos estaban alrededor del fuego. Mi madre me miró sonriendo.

—Pasad, hijos, calentaos frente al fuego.

Entonces me miró atentamente, mi expresión le decía que pasaba algo.

—¿Qué ocurre, Tomi?

Giré la cabeza hacia la puerta y volví a mirarla.

—Mamá, traemos invitados. —Con mis palabras supo que esos supuestos invitados, no eran tales.

—Compartiremos lo que tenemos con ellos, diles que pasen, no les hagas esperar. —Mi madre siempre hablando con el corazón. Me giré y les invité a entrar. Entonces, al verlos de uniforme y con sus armas apuntando al interior, los niños, muy asustados, se acercaron a mi madre aún más. Ella miró a aquellos dos hombres y, muy preocupada al ver que eran soldados, habló mirando a los niños.

—No tengáis miedo, son soldados, no nos harán daño.

Entraron y, sin dejar de apuntar con sus fusiles, dijeron:

—Buenos días, señora, ¿hay algún problema con que hayamos entrado? La noto nerviosa con nuestra presencia.

El del pasamontañas, sin titubear y soberbio, después del comentario a mi madre, se sentó en una silla al lado del fuego mientras la miraba fijamente, serio y sin pestañear.

—Buenos días, no hay ningún problema en que hayan entrado, y no estoy nerviosa. Si buscan comida y refugio, sean bienvenidos, pero si quieren permanecer dentro, dejen de apuntarnos y bajen las armas. Y, por favor, quítese el pasamontañas, los niños están asustados.

Los dos se miraron, el otro soldado se dirigió a él:

—Haz lo que ha dicho.

Se quitó el pasamontañas y pudimos ver una herida que le atravesaba su cara de lado a lado. Entonces, volvió a dirigirse a mi madre.

—Se lo agradecemos. Algo caliente nos sentará bien. Llevamos dos días sin comer y refugiándonos en cuevas.

—Claro, algo habrá para que puedan saciar su hambre, pero ¿y sus compañeros?

Sin vacilar, respondió a su pregunta:

—Todos muertos. La resistencia nos emboscó a unos quince kilómetros de aquí. Pudimos escapar cuatro personas de un total de cien. Y, de los cuatro, quedamos Romeo y yo. Fue una matanza.

A todos nos conmovieron en aquel momento: noventa y seis personas habían muerto. No importaba el color de la ropa que llevaran, pues la vida es la mayor riqueza que tenemos.

—Lo siento. ¿Cuál es tu nombre?

—Antón.

Mi madre estaba atemorizada, pero, aun así, intentaba ser amable con ellos.

—Yo soy Sofí.

—Bonito nombre. ¿A dónde se dirigen? —En ese momento, mi madre titubeó durante unos segundos, dudaba en decirles la verdad, pues era huir del país y ellos lo representaban—. ¿No me ha oído?, ¿qué a donde se dirigen?

Mamá suspiró profundamente, lo miró a los ojos y, sacando fuerzas, le respondió:

—A la frontera, cuando crucemos pediremos asilo.

Antón levantó la mano para que todos calláramos, incluido su compañero. Y, sin bajarla, empezó a andar por la casa, paró y mirando a mi madre de nuevo.

—¿No veo ningún hombre! ¿Dónde están? ¿No estarán escondidos?

—¿No, señor, no están! Antes de que las bombas devastaran la ciudad, se llevaron a mi marido detenido por los suyos.

Él la miró y, con una sonrisa burlesca, dijo:

—Supongo que debían averiguar de qué lado estaba. ¡Hoy en día no te puedes fiar de nadie! Pero le diré algo, si no era un rebelde, lo sabrán y lo soltarán, no habrá problema. —En ese instante, se acercó a pocos centímetros de mi madre y, dirigiendo su aliento putrefacto a su cara, añadió—: Pero si, por un solo instante, creen que es un subversivo, lo fusilarán en plena calle para dar ejemplo. —Después de decirle eso, se giró hacia todos nosotros, levantó el brazo y, con el dedo índice estirado, sentenció—: ¡Pung, Pung! Muerto.

Mamá, imaginando lo que podrían haberle hecho a mi padre, y con el corazón acelerado, tuvo que sacar fuerzas de flaqueza y, con una gran entereza, dijo:

—Lo mismo pienso yo, es lo justo, pero, a pesar de lo que sea justo o no, tuvimos que huir, las bombas no distinguían a nadie.

Ya en un tono de voz calmado y con una expresión sonriente, el soldado habló:

—Lo entiendo.

Mi madre y yo les pusimos lentejas y algo de pan duro. Los dos soldados comieron sin dejar de mirarnos, a la vez que nosotros los mirábamos a ellos. Al terminar de comer, el que parecía él jefe, Romeo, se acercó a mi madre.

—Señora, ¿dónde podríamos descansar?

—Elijan ustedes, ahí están los catres.

Con el fusil en la mano, se echaron a dormir. Mamá me mandó salir y habló conmigo en susurros.

—Tomi, debemos tener cuidado, tengo el presentimiento de que no nos cuentan toda la verdad.

—¡Mamá!, ¿y si son desertores?

—Me temo que es lo que son, cariño. Si no vuelve pronto Dim, creo que lo pasaremos mal.

—Te has dado cuenta de que no han dejado sus armas ni un solo momento.

—Sí, y no debemos hacer nada que los enfade. ¡Tomi, nada que los enfade! —me advirtió y lo hizo con razón, aquellos dos individuos no eran buena gente.

—Está bien, mamá, no te preocupes, haré lo que me digas.

—Los niños no nos tienen que ver preocupados, ¿de acuerdo?

—¡Por supuesto, mamá!

Mientras dormían, explicamos la situación a todos, pues no sabíamos realmente qué intenciones podían tener esos dos soldados. Ana, como siempre, nos preguntó:

—Mami, ¿nos van a ayudar?

Mi madre la cogió en brazos y, mirándola con dulzura, intentó explicárselo para que lo entendiera:

—Cariño, no lo sabemos, ojalá. Pero mientras estén con nosotros, debemos ser condescendientes con ellos.

Ana, muy intrigada, movió la cabeza y, mirándola fijamente, preguntó.

—Mami, ¿qué significa condescendientes?

—Ser amables, no molestarlos, en fin, que no se enfaden, cariño.

—Aaaah, está bien, mami, ahora lo entiendo, seré condes... cen... diente.

Mamá estaba sorprendida de la capacidad de entendimiento de su pequeña.

—¡Mi niña!, ¡qué mayor eres!

Los demás jugaban como debe ser, Carlos, Marí, Barri y yo fuimos a buscar más leña. El frío se acrecentaba y un fuerte viento se levantó. Yo era el cabeza del grupo y era mi responsabilidad cuidar de ellos.

—Chicos, debemos volver, lo que hemos recogido tendrá que bastar.

Todos, con algo de leña, entramos a la cabaña. Aquellos dos hombres estaban ya levantados. Nos miraban como si fuéramos insectos, sobre todo él de la cicatriz. Salieron y empezaron a hablar. Me acerqué a la ventana que había al lado de la puerta para intentar oír lo que decían. El de la cicatriz, Antón, le comentaba:

—Romeo, todos estos niños valen una fortuna, sobre todo el bebé.

Romeo miraba al infinito, pensativo. Pasados unos segundos se giró hacia él súbitamente.

—Lo sé, ¡el problema es llevarlos vivos! —Romeo insistía. Para Antón no había ningún

problema e intentaba convencerlo de ello.

—Hay comida suficiente para esperar el momento propicio y llevármolos a mi contacto al sur de la frontera.

A Romeo no le terminaba de convencer, seguía dudando.

—¿Estás seguro de que nos pagarán?

Para aquel tipo, lo único importante era el dinero.

—¡Por supuesto que lo harán, tienen una reputación que mantener, y están ganando mucho con todos estos niños!

Romeo empezó a pensar que, tal vez, no habría problema para conseguir el dinero. Ya más tranquilo, respondió:

—Me preocupan los mayores, no sé si serán un problema.

—¡Aunque menos, también tienen valor!

Para aquellos seres mal llamados hombres la vida tenía el valor del dinero que obtuvieran por ella. No hace falta ir al infierno para encontrarse con demonios.

—Está bien, los mantendremos con vida. De alguna forma, esta guerra nos servirá para algo. ¡Necesito vivir a lo grande, me lo he ganado!

—¡Claro que sí, hemos sufrido mucho, y ya va siendo hora de cobrarlo! Con respecto a los niños, me preocupa el hijo mayor. Debemos vigilarlo de cerca. Además, su madre depende mucho de él, parece el más espabilado.

Romeo le puso el brazo por encima y, acercándose a él, dijo:

—Pienso lo mismo que tú. Los demás son demasiado infantiles, no habrá ningún problema en controlarlos. —Durante unos segundos quedó en silencio—. ¡Por cierto, Antón, sosiégate!, no quiero que vuelva a ocurrir lo que pasó con aquella niña.

El cara rayada, como lo bautizó Barri, se le quedó mirando como si aquella pregunta no fuera con él

—No hice nada, ella se resistió y me cegué, eso es todo.

Al oír su explicación, sulfurado por sus palabras, exclamó:

—¡Te cegaste!... ¡La mataste a golpes, y solo era una niña! ¿Qué tendría, catorce años?

Asustado de verlo exaltado, protestó:

—¡Quince, tenía quince años!

En ese momento, Romeo lo miró sonriendo para preguntarle de nuevo:

—¿Era virgen?

El cara rayada se relajó con aquella pregunta.

—¡Sí, ya lo creo que lo era!

Entonces, volvió a ponerse serio con él, pero esta vez lo agarró de la pechera.

—Antón, te das cuenta del dinero que perdimos por tus desmanes sexuales.

Mirándolo con el miedo metido en el cuerpo, explicó:

—¡Me controlaré, te lo juro! Estoy harto de pasar hambre.

—En unos pocos días, no nos faltará la buena comida. ¡Recuerda!, deben creer que los vamos a ayudar. Todos han de llegar en perfecto estado, hasta la madre tiene valor, puede que sexualmente o como criada, o quizás por su hígado o algo así.

—¡De esta nos hacemos ricos!

—Antes de pensar en el dinero, hay que conseguir llevarlos con vida.

Me acerqué rápidamente a mi madre y le conté las verdaderas intenciones de Antón y Romeo. Al decirle lo que pretendían hacer con nosotros, su corazón se alteró y tuvo un ataque de pánico.

Apenas sin poder hablar, me respondió:

—Necesitamos a Dim desesperadamente. Nosotros no podremos hacer nada frente a ellos. Si no llega a tiempo, nos venderán como ganado.

Los mirábamos desde el interior. Ellos, sin dejar de reír, se liaron un cigarro celebrando su suerte.

—¡Dios mío, Tomi! Debemos ser cautos y esperar la oportunidad de escapar. Definitivamente, son malas personas, capaces de lo peor. Ahora más que nunca tenemos que ir con mucho cuidado.

—Mamá, ¿qué será de los niños? ¡Tengo miedo! Y no sé qué hacer para protegerlos.

—No pierdas la esperanza, cariño, todo saldrá bien. Ahora no deben sospechar que sabemos de sus intenciones. Tomi, debemos estar juntos en esto... El que más me preocupa es Antón, es un psicópata depravado.

¿Qué podíamos hacer?... Solo esperar a que Dim volviera y nos ayudara. Las horas pasaban y no daba señales de vida. Ellos hacían bien su papel; incluso jugaban con los más pequeños. Por el contrario, el peludito de Dólar no quería acercarse a ninguno de los dos, simplemente les labraba. Quizás sea cierto que los perros detectan el aura de las personas; y por supuesto, ellos debían tenerla muy negra.

Empezaba a caer el sol y, desde el fondo de la cabaña, Antón llamó a mi madre. En aquel momento, solo estábamos nosotros tres.

—Señora, acérquese.

Mi madre aun sabiendo de sus intenciones, fue hasta él temerosa y muy despacio.

—Aquí estoy. ¿Qué quiere de mí?

Él, desde su cama y, mirándola lascivamente, preguntó:

—¿Puedo tutearla?

Mamá, con una gran entereza y sabiendo lo que pretendía, respondió:

—Haga lo que usted prefiera.

—Entonces te tutearé. —La miró de arriba abajo—. ¿Sabes?, no imagino una mujer como tú sin un hombre a su lado que la proteja y la ame todo el tiempo.

Mi madre, asustada, volvió a dirigirse a él sin levantar la mirada:

—No sé a qué viene esa pregunta.

Antón se levantó de la cama y fue hacia ella. Se puso en el perfil derecho y acercó la nariz a su cuello.

—¡Qué bien hueles! —exclamó levantando la cabeza ligeramente y cerrando los ojos a la vez que inspiraba fuertemente. Nada más terminar de decirle aquello se puso frente a ella y la agarró por los hombros—. A tu pregunta te diré que no creo que sea difícil de entender, aunque puedo formulártela de otra forma: ¿no te gustaría pasar un buen rato conmigo? Llevo ya algunas semanas sin estar con una mujer, y menos tan hermosa.

Incapaz de reaccionar ante Antón, su mente se puso a trabajar para intentar calmar a aquel psicópata. Una vez que pensó qué decirle se dirigió a él:

—Creía que su intención era ayudarnos y no utilizarnos para su desahogo personal. Además, podría entrar cualquiera de los niños; aparte de Tomi o, quizás, volver antes Romeo.

—¿Crees que me importa lo que puedan ver los niños o Romeo? Porque, si es lo que piensas, estás muy equivocada, yo hago lo que quiero, cuando quiero. ¡No lo olvides nunca!

Después de decirle aquello, la obligó a sentarse a su lado derecho. Mi madre, por el bien de todos, no se resistió. Lo miraba fijamente a sus ojos desafiantes. Cuando empezó a acariciarle una pierna, ella apartó su mano y, con rabia y mirándolo con asco, le preguntó:

—¿Qué quieres de mí? ¡Soy una mujer casada, deberías respetarme y dejar que vuelva con los niños!

Ese cerdo, ignorando sus palabras, levantó la mano y le acarició el pelo. Y yo, a cada momento que pasaba, estaba más nervioso, con ganas de abalanzarme sobre él. No soportaba ver cómo babeaba a mi madre, al final no pude contenerme y me lancé.

—¡Déjala en paz, maldito seas!

Él me sujetaba los brazos y se reía mientras me balanceaba de un lado a otro. Mi madre, a su vez, intentaba protegerme.

—¡No, Tomi! Vuelve donde estabas —gritaba mamá pensando en lo que podría hacerme aquel maldito ser.

En ese preciso instante, ese cerdo me agarró del pelo de la nuca.

—Yo puedo arreglar esto.

Terminando de decirme aquello, entraron los demás. Se quedaron paralizados junto a la puerta todavía abierta, sin asimilar lo que estaban viendo. Entonces, ese depravado, mirándome con los ojos llenos de odio, me apartó agarrándome fuertemente. Se levantó y me tiró al suelo, con el que me golpeé la cabeza. En aquel momento, todos dieron un paso atrás, todos menos Barri y Marí, lo cuales vinieron hasta mí.

—¿Estás bien, Tomi? —me preguntó Marí muy preocupada, al igual que Barri.

Aunque yo sufría un fuerte dolor de cabeza, intenté hacerles creer que no fue más que eso, un golpe.

—Estoy bien, no os preocupéis.

Aquel cerdo se levantó y, mirándome, sacó un cuchillo enorme de su pernera. Marí y Barri se apartaron al verlo. Mi madre, en ese momento, le agarró del brazo en cuya mano tenía el cuchillo y, mirándole dulcemente, le dijo:

—¡Por favor, no le hagas daño a mi hijo, te lo ruego!

Por suerte, el destino actuó: Romeo entraba por la puerta.

—Antón, ¿qué está pasando aquí? —Deducía que estaba volviendo a las andadas. Se fijó bien en él y vio que tenía un cuchillo—. ¡Guarda ese cuchillo! —Aquel gusano, obedeciendo, lo guardó de nuevo en su pernera—. ¡Te he hecho una pregunta, responde!

—¡No pasa nada! Simplemente hablaba con Sofí, y su hijo se ha abalanzado sobre mí.

Romeo se acercó a mi madre.

—Señora, ¿es cierto eso?

Ella, por no crear un conflicto con Antón, dijo mirando al suelo:

—Sí, es cierto.

Al oír su respuesta, Romeo vino hasta mí.

—Muchacho, debes controlar tus impulsos o podrías salir mal parado. No lo olvides, es un consejo que te doy.

Entonces, le respondí mirando a Antón, que se reía de mí.

—Sí, señor.

Romeo se quedó mirándonos a todos, se giró y fue hasta la chimenea. Antón aprovechó el momento para acercarse a mí.

—Escúchame atentamente, niño. Si vuelves a entrometerte entre tu madre y yo, ni siquiera Romeo te libraré de que te arranque la piel a tiras, y se la dé a los lobos, pues también han de comer. —Al terminar de amenazarme, se giró hacia mi madre—. En cuanto a ti, tarde o temprano serás mía, solo es cuestión de tiempo... ¡Ya lo verás! Te aconsejo que duermas con un ojo abierto.

Ahora largaos de aquí.

Mamá me cogió del brazo y me llevó con ella hasta los niños. Una vez allí y haciendo un gran esfuerzo para respirar, dijo:

—Tomi, sé que es muy duro ver a este salvaje en esa situación conmigo, pero no quiero que vuelvas a hacer eso, ¿lo entiendes? ¡Haré lo que haga falta para protegeros! Lo que haga falta. — En ese momento se puso a llorar—. Sois mis hijos, y, además, están los otros niños. Prométeme que no te entrometerás si vuelve a llevarme con él.

Era mi madre, cómo no intentar impedir que abusara de ella aquel salvaje. Una gran batalla se libró en mi mente, al final, ganó la razón, debía obedecerla.

—¡Haré lo que me pides! —le dije entre lágrimas atado de pies y manos, sin poder hacer nada por evitar lo inevitable.

—¡Prométemelo, Tomi! ¿Recuerdas lo que hizo papá por nosotros? —Con aquellas palabras me vino a la mente cuando mi padre me guiñó el ojo en el momento de su captura.

—Sí, mamá, claro que lo recuerdo.

—Pues ahora me toca a mí. Y, si llega el caso, tú harás lo mismo por los niños.

—Está bien, no me meteré, te lo prometo.

Mamá, abrazándome, añadió:

—Ese es mi hombrecito. Anda, dame un beso, uno muy grande.

Los dos llorábamos de la impotencia que sentíamos ante aquella nueva situación. Dos días nos separaban de la posible vuelta de Dim, y yo me sentía el ser más insignificante del mundo, pues no podía hacer nada por evitar lo que pretendía aquel malvado. Hasta ese momento, todo lo ocurrido podía entenderlo.

La guerra, esa locura a la que se llega por diversas razones, poder, religión, riquezas o, simplemente, modos de vida diferentes. A la huida a la que nos vimos obligados para poder sobrevivir y, por supuesto, a la necesidad de que, en este caso, al ser una guerra civil, algún país fronterizo nos acogiera y nos diera la oportunidad de vivir dignamente, como deberían poder hacerlo todos los seres humanos de este planeta. En aquel tiempo, no se nos pasó por la cabeza que algo tan normal como eso tuviera un precio tan alto. Durante los minutos siguientes, ninguno de nosotros tenía la certeza de que aquellos depravados permitieran que pudiéramos conseguir nuestro propósito. El tiempo parecía haberse detenido. Por fin tendríamos un momento para poder hablar con libertad. Trascurridos esos minutos, Romeo se acercó a Antón.

—Antón, acompáñame, salgamos de aquí.

—Romeo, ahí fuera hace mucho frío.

Él lo miró desafiante y añadió:

—¡He dicho que salgamos, ahora!

Antón con sumisión y agachando ligeramente la cabeza.

—Está bien, de acuerdo... Salgamos.

Estaba claro quién mandaba de los dos. Salieron y anduvieron hacia el norte hasta que los perdimos de vista. Mi madre, al ver cómo se alejaban, dijo:

—Venid aquí, junto al fuego.

Todos nosotros nos pusimos cerca de ella. La primera en preguntar fue Desi.

—Mamá, ¿nos harán daño? ¡No me gustan esos hombres!

—No lo sé, cariño. Lo que sí sé es que no son buenas personas y tenemos que estar unidos para que no nos ocurra nada malo. Quiero que sepáis que todo saldrá bien y que lograremos llegar juntos a la frontera, pero debemos ser fuertes.

Las pequeñas, incluida Ariadna, empezaron a llorar, al igual que Javi y Berni al verlas; incluso los mayores hicimos lo mismo, todos nos contagiamos de aquel miedo que nos oprimía el pecho. Mamá nos intentaba consolar, aunque supongo que en aquel momento no le era fácil hacerlo, pues, a pesar de ser adulta y madre, también estaba aterrorizada. A los pocos minutos, ya más calmados, hablé:

—Mamá.

—Dime, Tomi —me respondió tragando saliva y esforzándose para no derrumbarse.

—¿Qué pasará si llega Dim y no se da cuenta de que están estos dos hombres?

—¡Dios mío, Dim! No lo había pensado. ¡Si lo ven aparecer por aquí lo matarán! Tomi, debemos hacer algo para avisarle. Pero ¿qué podemos hacer?

Ahora teníamos un problema muy serio, pues ¿cómo podíamos avisarle para que no acabaran con él?

Justo en ese momento oímos girar la maneta de la puerta y un silencio nos envolvió a todos. Eran Romeo y Antón.

—¡Apartaros de la chimenea! —nos exigió Antón como si fuéramos ratas. Sin dudarlo lo hicimos. Entonces, volvió a preguntar—: ¿No se come aquí?

Sin pensarlo y todavía ciego por lo que pasó, le respondí mirándolo fríamente a los ojos:

—Si tienes hambre, coge lo tu.

Sin dudarlo, se acercó a mí bruscamente, me cogió de la pechera y me tiró al suelo de nuevo. Se colocó encima de mí y me habló desde muy cerca:

—Me empiezas a cansar, niño. Compórtate como es debido o tendrás que atenerte a las consecuencias. No volveré avisarte.

En ese momento Romeo intervino.

—¡Antón, deja al muchacho!

Aquel maldito se me acercó a pocos centímetros.

—Tienes suerte, te ha salvado la campana, pero no siempre estará Romeo para salvarte, vigila tu espalda.

Posiblemente tenía razón, Romeo me salvó de aquel tipo. Mi madre preparó la cena: gachas para todos, Antón no dejaba de mirarla mientras cenábamos. Cuando terminamos, habló Romeo:

—Antón, debemos acostarnos, mañana será un día largo.

Sin pronunciar palabra, aquel maldito cobarde obedeció a Romeo y, por fin, se fueron a dormir. Marí y yo intentaríamos salir para hablar.

—Marí, no hagas ruido al cerrar.

—Tranquilo, no lo haré.

Nos alejamos unos veinte metros y nos sentamos en una gran piedra. La luz de la luna se reflejaba en la nieve y Marí se acercó a mi hasta tocarnos, cuerpo contra cuerpo.

—¿Qué vamos a hacer, Tomi?

Yo tenía tanto miedo como ella, qué podía decirle.

—No lo sé..., supongo que rezar para que llegue pronto Dim y nos ayude.

—¿Y si no lo consigues? Esos monstruos..., ya sabes lo que nos harán.

—Debemos tener fe. Sé cómo es, y gastará su último aliento por regresar.

—Ojalá sea como dices.

Marí tiritaba, y aunque yo soportaría lo que hiciera falta para estar a su lado, el frío era demasiado intenso.

—Hace mucho frío, será mejor que volvamos dentro. Cuando entramos, aquellos dos roncaban

como cerdos. Yo me acosté en mi colchón tirado en aquella esquina, al lado de la cocina; y Marí, pegada a la chimenea. Pasaron unos minutos sin poder coger el sueño cuando, de pronto, noté una mano en mi espalda. Me giré bruscamente y, asustado pregunté:

—¿Quién es?

Casi en susurros, me respondió:

—No te asustes, Tomi, soy yo, Marí.

Sorprendido, exclamé:

—¡Marí!

—Sé que aquí hace mucho frío, y vengo a darte calor.

Yo estaba muy nervioso, mi corazón latía rápidamente, de hecho, pensaba que se me saldría del pecho. No sabía qué decirle.

—Sí, así es... Hace mucho frío.

—¿Me dejas un sitio a tu lado?

Fue la primera vez que sentí miedo de verdad, nunca había estado tan cerca de una chica.

—Claro..., claro, por supuesto.

Abrí mis mantas y se colocó mirando hacia mí, pegada a mi cuerpo. Su cara estaba frente a la mía, a pocos centímetros, acercándose milímetro a milímetro. Entonces, me besó muy suavemente. Y una sensación única e inexplicable recorrió todo mi cuerpo de nuevo: olvidé lo que estábamos pasando. Las caricias eran continuas; el frío había desaparecido por completo. Aquella noche jamás podré sacarla de mi memoria, ya que fue nuestra primera vez, el día en que hicimos el amor. La noche pasó dando lugar a un nuevo amanecer: un día distinto a todos los demás. La luz entró y Marí y yo despertamos.

—Tomi, mi amor, será mejor que me vaya a mi cama.

La miraba y no terminaba de creer lo que pasó entre nosotros, feliz como nunca me había sentido la respondí:

—Sí, tienes razón, será lo mejor.

Se levantó lentamente, sin hacer ruido dirigiéndose a su colchón.

—Hola, Marí, ¿de dónde vienes? —le preguntó Barri medio dormido, con lo ojos aún cerrados.

—¡Me has dado un susto de muerte! Y ya sabes de dónde vengo.

—Ya, no te preocupes... Tomi es un buen tío.

—Gracias, hermanito. Ahora duérmete.

—No hay de qué.

No pasaron más de cuarenta minutos cuando todos se levantaron. Marí y yo no dejábamos de mirarnos. Mi madre me llamó en el momento en que aquellos dos seres, por llamarlos de alguna forma, salieron.

—Tomi, ¿podemos hablar?

—Sí, ¿sucede algo, mamá?

—No, cariño. Solo quiero hacerte una pregunta: ¿estás muy enamorado de Marí?

—¡Claro, mamá!... ¿Sabes? Creo que es el amor de mi vida.

Mamá me miró con una gran sonrisa, me puso las manos en los hombros y dijo:

—Yo también lo creo, y cuidala mucho, hijo. Lo único que te pido es que seas siempre sincero con ella y la respetes.

—No te preocupes, mamá, la cuidaré con todo mi ser.

Ya estaba más tranquilo, y la vergüenza se fue tal como vino.

—Te conozco muy bien y sé que lo harás. —Supongo que sabía más de lo que decía, pues era mi madre y conocía el amor—. Ahora, cariño, será mejor que tú y los mayores vayáis a buscar leña o esta noche será muy dura de soportar.

—Está bien, mamá, se lo diré a los niños.

Hice lo que me dijo y busqué a los mayores: Javi y Berni se quedaron fuera jugando con los pequeños aprovechando esa tregua que nos dio el tiempo. Mi madre se quedaría para arreglar y preparar la comida. Antón nos vigilaba mirándonos muy fijamente.

Perdonen por la interrupción, de nuevo soy yo, la voz en *off* que empezó a relatar les esta historia. Doy por hecho que, si han llegado hasta aquí, habrán sufrido y sonreído alguna vez. Y, si me lo permiten, seré yo el que ahora les cuente esta parte. Pues, en este momento, lo que pasará con Romeo repercutirá en el final de esta odisea.

Romeo se marchó camino abajo, ya que llegó el momento de contactar con los compinches de su compañero. Anduvo durante unas horas, cansado y con frío decidió parar. Se sentó en un recoveco entre dos grandes rocas. De pronto, apareció un hombre por el horizonte difuminado por la niebla y apenas sin fuerzas. Como ya habrán imaginado, era Dim que regresaba tal como prometió. Romeo, sin dudarlo, fue a su encuentro. Ya a su altura y apuntándole con su fusil, exclamó.

—¡Eeh, amigo! ¿Te has perdido?

Dim levantó los brazos pensando que había llegado su final sin poder cumplir su promesa. Ya, sin nada que perder, explicó:

—Así es, busco la frontera, pero creo que estoy dando vueltas. De hecho, estoy seguro de que ya he pasado por aquí. —Debía ganarse su confianza si quería tener una oportunidad.

Romeo dudó y volvió a preguntarle:

—¿Por qué buscas la frontera?

—Intentó encontrar a mi hijo, se lo llevaron pensando que estaba solo.

—¿Dónde fue la última vez que estuviste con él?

Dim debía medir sus palabras; a la vez que tenía que ser rápido en sus respuestas. De tal modo que le diría la verdad.

—En la ciudad. Mi casa saltó por los aires, un obús cayó de lleno sobre ella destruyéndola por completo. Lo busqué entre los escombros, sin resultado alguno, creí que lo había perdido. Al día siguiente supe que se lo habían llevado en un camión, camino de la frontera, por eso estoy aquí.

Romeo, sin dejar de apuntarle con su fusil, empezó a dar vueltas a su alrededor pensando en qué instante apretaría el gatillo. Ya decidido, paró frente a él.

—¿Sabes?, tu historia me ha conmovido, pero, por desgracia para tu hijo, su padre nunca lo encontrará.

Romeo levantó ligeramente su arma y apuntó a Dim a la cabeza. Luego colocó el dedo índice en el gatillo. Dim cerró sus ojos y bajó la mirada encomendándose a Dios, a pesar de haber perdido su fe.

—Reza lo que sepas.

No pasaron más de diez segundos cuando Romeo apretó el gatillo, pero el fusil se encasquilló. Dim no lo dudó y se abalanzó sobre él. Lo empujó y consiguió tirarlo sobre la dura nieve. Ambos forcejearon rodando por el suelo. Dim logró ponerse encima de él y le golpeó en la cara con sus puños helados. Romeo, apenas sin fuerzas, estiró el brazo derecho y agarrándole, con una piedra

lo golpeó en la cabeza. Con eso consiguió quitárselo de encima. Los dos, mal heridos y extenuados, se levantaron y se miraron frente a frente. Sabían que llegaba el final para uno de los dos. Tres metros los separaban a ambos del fusil. Pero solo uno de ellos conseguiría cogerlo. Sacando fuerzas de donde no las había, dieron un par de pasos intentando ganar la partida. El destino quiso que fuera Dim el que agarrara el fusil por el cañón. Lo giró como si fuera un bate de béisbol en dirección a la cara de Romeo y acabó con su vida de un solo golpe.

Liberado de Romeo y sin perder ni un segundo, fue en dirección a la cabaña.

Ahora si lo desean, dejaré que Tomi siga donde lo dejó.

Antón se dirigió a mí.

—Quiero que traigáis un buen montón de leña, anoche tuve frío.

Lo miré y recordé las palabras de mamá.

—No te preocupes, esta noche no lo tendrás.

Me miró sonriente. Acercándose aún más a mí, dijo:

—Ahora empezamos a entendernos.

Se alejó unos metros y se sentó en el banco del porche. Seguidamente, se encendió un cigarrillo y nos dirigió una mirada de odio. Yo me dirigí a los chicos:

—Ya lo habéis oído, vamos a por esa leña.

Algo no me gustaba de todo aquello, tenía un mal presentimiento, pero no sabía de qué se trataba. Nos habíamos alejado unas decenas de metros, cuando Marí me hizo parar.

—Tomi, ¿qué te ocurre? ¡Estás demasiado nervioso!

—No lo sé, pero algo va mal, tengo un mal presentimiento.

—Me estás asustando. —Marí, aterrorizada por mi culpa, me abrazó. Yo me sentí fatal por ello.

—Perdona, seguramente sea todo lo que nos está pasando, no le des importancia.

Llevábamos un tiempo recogiendo leña. En la cabaña, mi madre vio abrirse la puerta.

—¿Quién es? —preguntó con temor desde la chimenea.

—Yo. —Supongo que imaginan de quién se trataba—. ¿Esperabas a otra persona?

—Pensé que eran los niños. —El corazón se le empezaba a acelerar.

—Como puedes ver, estabas equivocada. —Por desgracia, no éramos nosotros, sino Antón—. Veo que estás sola. Me gusta tu vestido azul.

El vestido de mi madre no es que fuera de gala, pero se le ajustaba un poco.

—No era mi intención.

Mi madre lo intentaba esquivar como podía, pero ese ser, mal llamado humano, no cedería en su empeño.

—¡Eso es... lo que más me pone de ti, eres una mujer dura! Justo la que necesito en este momento.

Mamá ya temía lo peor.

—¡Por favor, déjame en paz! Ya te dije que soy una mujer casada.

A él no le interesaba en absoluto nada de eso, simplemente quería poseerla y seguía acercándose a ella cada vez más.

—¡De verdad crees que eso me importa! ¡No estoy pidiendo tu permiso, serás mía quieras o no!

Mi madre sabía que no tendría escapatoria, e intentó ganar todo el tiempo que pudo.

—¡Por favor, te lo ruego! No me hagas algo de lo que luego te arrepientas.

—¡Arrepentirme! —Con esa palabra envuelta entre exclamaciones, soltó una gran carcajada. Trascurridos unos segundos, prosiguió—: Me he fijado en cómo me miras y sé que me deseas tanto como yo a ti.

Aquel energúmeno, ya a su altura, la agarró fuertemente de los brazos. Mi madre, con lágrimas en los ojos, impotente, le suplicaba que la dejara en paz.

—Está bien, te dejaré tranquila, pero todo tiene un precio. Tendrás que elegir entre tus dos hijas: ¿con cuál lo hago primero? Aunque no sé si les gustará.

Al oír su amenaza, mi madre encolerizó.

—¡Maldito hijo de puta! ¿Serías capaz? ¡No te atrevas a tocar a ninguna de mis hijas ni a ningún otro niño, o te mataré!

—¡Tranquila, tranquila, no mates tanto!... Y posiblemente tengas razón sobre mi madre... Y sí, sería muy capaz. ¡Tú decides!

Ella no lo dudó, cerro sus ojos y se relajó.

—Haz lo que quieras conmigo, pero deja en paz a mi familia.

Aquel maldito sonrió.

—Así me gusta, veo que has entrado en razón.

La tiró sobre la mesa con toda su fuerza y se subió encima de ella. Le rompió la parte de arriba del vestido y empezó a manosearla por todo el cuerpo. Mi madre giró la cabeza con la mirada perdida para poder soportar todo aquello, a pesar del asco y el horror que sentía. Él le subió el vestido y con las dos manos le arrancó la ropa interior. La miraba con lujuria y con el rostro enloquecido.

—Eres una mujer preciosa. ¡Ahora estarás con un hombre de verdad! —Ese maldito ser se quitó la correa, se desabrochó el pantalón y se lo bajó. Luego, unió su cuerpo al de mi madre—. ¡Prepárate, cariño!

Mi madre asumió que la violaría.

—¡Haz lo que tengas que hacer de una vez, maldito cabrón!

Llegó ese fatídico momento cuando, de pronto, se oyó un fuerte golpe, y seguidamente notó todo el peso de aquel mal nacido sobre ella, pero no se movía. Mamá abrió los ojos. Antón parecía estar demasiado quieto. Unas manos empujaron el cuerpo, que cayó al suelo. Entonces, una silueta se acercó hasta ella. Estaba temblorosa y en estado de *shock*. Lo que para ella era una sombra, le bajó el vestido y le cerró la blusa. En ese momento, la luz entró por la ventana iluminando la cara de su salvador.

—¡Dim, eres tú, eres tú! —Mamá no dejaba de llorar, al mismo tiempo que se abrazaban.

—¡Os dije que volvería!; os lo dije. ¡Siento mucho no haber llegado antes!

—No te preocupes por eso ahora.

Ambos se besaron sin pausa al mismo tiempo que se acariciaban la cara mirándose uno al otro. Daban gracias por volver a estar juntos. Supongo que, en aquel momento de impotencia, fue lo que mi madre clamaba al cielo, mientras era sometida por aquel indeseable. No terminaban de creer su reencuentro.

—Temíamos por ti, podrían haberte matado.

—Mi amor, como puedes ver, no lo han hecho. Y siento mucho que hayas tenido que pasar por esto, ¡no te imaginas cuánto!

Sonriéndole, mamá quiso calmarlo por lo sucedido.

—No lo terminé, no lo hizo. Gracias a Dios, llegaste en el momento preciso. ¡No lo terminé!...

Dim, son dos, el otro marchó no hace mucho tiempo.

En ese instante, Dim se apartó de ella unos centímetros y su expresión cambió.

—No te preocupes por ese otro. Cuando estaba ya muy cerca de aquí, me encontré con un soldado que se acercó a mí. Hablamos y decidió acabar conmigo, por suerte se le encasquilló el arma. Aproveché aquello y luchamos. Como puedes ver, fui yo quien ganó. Ya no tenéis nada que temer. De hecho, fue él quien me hizo preocuparme por vosotros. ¡Sofi, vine lo más rápido que pude!

—¡Mi héroe! No te martirices. Estás aquí, es lo único que importa.

Se abrazaban, y solo existía el silencio entre ambos. Por fin volvían a estar juntos. Pasados unos minutos, él le comentó:

—El camino se empieza a divisar, si no nieva podremos marcharnos muy pronto.

Mamá lo miraba como una adolescente enamorada.

—Gracias. Dim, no sé qué hubiera sido de nosotros sin ti.

—Estoy aquí, con vosotros, y no os volveré a dejar.

Dim se acercó a Antón, que estaba bocabajo. Estiró el brazo intentando comprobar si estaba vivo. Mi madre le preguntó:

—¿Sigue vivo? —Dim la miró sobrecogido.

—Creo que ha muerto. Este tipo no volverá a sodomizar a nadie nunca más.

Pero nada más lejos de la realidad: Antón se giró y agarró a Dim por el cuello. Lo apretaba fuertemente con el fin de ahogarlo. Él, a su vez, levantó los brazos a la altura de su cara y, con los pulgares, le apretó los ojos para que cesara en su intento de estrangularlo. Trascurridos unos segundos interminables, Antón lo soltó. Dim cayó al suelo recuperando la respiración. Por el contrario, Antón intentaba abrir sus ojos. Los tenía ensangrentados. A tientas, buscaba a Dim gritando:

—Te mataré, maldito bastardo.

Sin fuerzas y arrastrándose, Dim se alejaba de él con la esperanza de encontrar algo con que defenderse cuando, de pronto, ese tipo lo agarró por las piernas. De una de sus botas militares sacó un cuchillo y se lo clavó en el muslo derecho. Mi madre, desorientada, se tiró de la mesa y, como pudo, se acercó donde estaba el fusil de Antón; lo cogió, apuntó hacia él y, de un disparo certero, acabó con la vida de ese monstruo. Sin asimilar que lo había matado, dijo:

—Ahora estoy segura de que ha muerto, Dim.

Mi madre estaba todavía en *shock* por lo sucedido y con el fusil humeante entre las manos. Tuvo que apretar el gatillo para salvar la vida a Dim y a todos los demás. Sintió en lo más hondo de su alma una desesperanza indescriptible al haber arrebatado una vida, aunque fuera la de ese ser. Supongo que mi madre y Dim se sentían igual. Mamá, al percatarse de la sangre que Dim perdía a causa de la puñalada, le quitó el cinturón al cuerpo ya sin vida de Antón, y con él le hizo un torniquete. El muslo dejó de sangrar. Ya más relajada...

—¿Qué vamos a hacer con el cuerpo?

—Esa es una buena pregunta. Los niños no tienen que verlo. Lo sacaré y lo ocultaré entre la nieve.

Aquel malnacido yacía bocabajo. Dim lo giró sobre sí mismo. Entonces, al verle la cara, durante unos segundos, quedó en silencio.

—¿Qué te ocurre? Parece que hubieras visto un fantasma.

Dim tragaba saliva incontroladamente. El interior de su boca quedó seca al momento y, sin poder evitarlo, empezaron a caerle las lágrimas por el rostro. Aquella cicatriz, jamás podría

olvidarla, pensativo y sin dejar de mirarlo, dijo:

—Este hombre violó y mató a sangre fría a una de las compañeras del periódico donde trabajaba.

Aquello dejó blanca a mi madre, y supo la suerte que habían tenido.

—Lo siento mucho. Ya no volverá a hacer daño a nadie. El mundo estará un poco mejor sin ese demonio.

Dim no podía dejar de pensar en su compañera y sufría por ello.

—Ahora, Julia descansará en paz. En aquel momento no pudimos hacer nada por ayudarla. Mi compañero y yo presenciamos cómo este monstruo la violaba y la asesinaba a sangre fría. El destino es caprichoso.

—Supongo que así es. Merecía lo que le ha pasado, y yo he quitado la vida a un hombre. Aun siendo un monstruo, le he quitado la vida.

A pesar de todo, mamá estaba hundida en su interior, se sentía igual.

—Has hecho lo que debías, no solo pretendía violarte. Probablemente te hubiera matado también, como hizo con Julia. Y luego están los niños; ¿qué hubiera sido de ellos?

Ella respiró profundamente y volvió a mirar a Dim.

—Tendré que aprender a vivir con ello.

—Sé que te lo he dicho ya varias veces, pero no me cansaré de repetirlo si es necesario. Eres la mejor mujer y la mejor madre que he conocido, y a bondad no te gana nadie, hiciste lo que tenías que hacer. Dios te dará la paz.

Nosotros ya volvíamos con la leña para pasar la noche.

—Qué ganas tengo de ponerme enfrente de ese maravilloso fuego.

—Barri, ¡eres el tío más friolero que he conocido nunca!

—Tú vas muy cerca de mi hermana, yo voy muy solo.

Marí me dijo que entrara a la cabaña con Barri. Ella buscaría a los pequeños. Ya estábamos a unos metros, cuando Dólar se acercó corriendo hacia nosotros. Venía moviendo el rabito y ladrando con energía. Después de saludarnos a todos, se pegó a mí y me acompañó hasta la cabaña. Abrí la puerta y allí estaba.

—¡Dim, has vuelto!

Tiré la leña y fui corriendo hacia él. Lo abracé como si se tratara de mi propio padre. La alegría se palpaba en todos nosotros—. Me temía lo peor, creía que no te volveríamos a ver. —En ese momento me percaté de su herida en la pierna—. ¿Qué te ha pasado?

—No es nada; de vuelta a la cabaña tuve un pequeño accidente: me clavé una astilla. No te preocupes, no es grave. Lo importante es que estoy aquí Tomi, y pronto nos marcharemos.

En ese momento, recordé a los dos militares. Di por hecho que se pondría bien.

—¡Con la alegría de volver a verte, me había olvidado de los dos soldados, Dim, son desertores! ¡Nos quieren vender como si fuéramos carne!

—No, Tomi, ya no están... Se han marchado, yo mismo me crucé con ellos.

No terminaba de entender que se hubieran ido sin más.

—Romeo se fue, pero Antón está aquí.

Me puso el brazo por encima.

—Créeme, no volverán a molestarnos. —Sus palabras me tranquilizaron. De alguna forma, sabía que no volveríamos a verlos.

Entonces entraron por la puerta todos los demás. La sorpresa fue mayúscula. Fueron hacia él echándose encima como si de un familiar se tratara.

—¿No te volverás a ir!, ¿verdad, Dim?

—No, Desi, no nos separaremos, ya no.

Todos juntos de nuevo, encendimos un gran fuego. Esa noche cenaríamos conejo; Dim los había traído.

—Espero que os guste.

Nos reímos con lo que dijo, pues estábamos un poco hartos de comida en lata.

—Después de comer tantas lentejas y garbanzos, seguro que sí.

Esa cena se convirtió en una gran fiesta: los niños reían y los mayores también. Los miraba y veía en sus ojos el amor. Mi madre y Dim se habían enamorado de nuevo. No sentía traición hacia mi padre, él tomó su decisión con aquella mujer tiempo atrás, y aún estaba con mi madre cuando lo hizo. Él sí que la traicionó... ella no. Traición sería no corresponder a Dim, traicionaría a su corazón, pues se había ganado a pulso su amor.

Los más pequeños se empezaban a quedar dormidos. Mi madre y Dim los llevaron a sus camas. Seguidamente, nos fuimos los demás, la noche fue larga, y el camino a la frontera sería difícil. Llegó el día siguiente. Fui el primero en levantarme. Llamé a Marí.

—Hola, buenos días.

—Hola, Tomi.

La miraba y sentía estar con la chica más guapa del mundo, no podía creerme que estuviera a mi lado.

—Debemos levantarnos.

Me miró sonriendo y tendiéndome la mano.

—¿No podemos estar un ratito juntos antes de levantarnos?

—No creo que por unos minutos pasé nada.

Así lo hicimos: estuvimos abrazados, mirándonos uno al otro. Ella me preguntó algo preocupada:

—Ahora que ha vuelto Dim, ¿crees que lo conseguiremos?

—Por supuesto, no hemos llegado hasta aquí para nada. No lo dudes ni por un segundo.

—Tengo miedo, somos muchos. Y, sobre todo, me preocupan los niños pequeños.

—Cuando estén cansados los llevaremos en brazos, no temas por eso. Llegaremos a la frontera y viviremos todos juntos. Ahora sí deberíamos levantarnos.

Poco a poco, lo hicimos y despertamos a todos.

Ya habíamos desayunado cuando Dim se dirigió a mi madre:

—Sofi, es la hora, debemos marcharnos.

—Prepararé a los niños.

Los mayores fuimos con él a llenar las mochilas. Cogimos todas las mantas posibles para el camino. También los víveres. Marí y Barri ayudaron a mi madre con los pequeños. Ya todos preparados y en el porche, esperábamos a que salieran mamá y Dim.

—Sofi, no te voy a engañar, el camino será duro.

Ella, con optimismo, respondió:

—Lo conseguiremos todos juntos... Ahora lo sé. Recuerda que llegaste a tiempo, Dios no puede haberte puesto ante nosotros si no quisiera que estuviéramos a salvo.

—¡Ojalá tengas razón! Ahora debemos irnos.

—Sí, cuanto antes mejor.

Salieron y mi madre nos miró sonriente. Y aunque en aquel momento yo aún no sabía lo que sucedió entre aquel malnacido y ella, algo me decía en mi corazón que soportaba un gran pesar. Se

acercaron a nosotros. Dim iba delante.

—¿Estamos todos preparados?... Veo que sí. Pues vayámonos de aquí de una vez. Tomi, quiero que los mayores vayáis detrás, no quisiera perder a nadie.

—Claro, iremos Marí y yo.

—¡Y yo! ¿Me consideráis pequeño?

—No, cuñado, tú vendrás con nosotros si quieres.

Dim escuchaba y, al acabar yo de hablar, comentó:

—Por supuesto, si alguien ha de parar, todos paramos.

Empezamos a andar. Dejábamos atrás aquella cabaña y sus recuerdos, buenos y malos. A pesar de que el sol brillaba, el frío era intenso, el día claro y las vistas increíbles. Altas montañas cubiertas de nieve y, en sus valles, árboles por todas partes. En el camino que había entre ellos, la nieve no alzaba más de veinte centímetros. Anduvimos varias horas con tan solo un par de paradas. El cansancio y el hambre nos hicieron detenernos de nuevo. Esta vez, ya para comer. Dim nos llamó a los mayores.

—¿Cómo estáis, chicos? —Todos contestamos: «Bien». Aunque la realidad era otra—. Está bien. ¿Qué os parece si los chicos buscamos algo de leña y las chicas preparan por aquí algún sitio para descansar y comer?

Así lo hicimos. Después de buscar raíces en las bases de los árboles, volvimos. Yo mismo preparé el fuego; me había convertido en un experto.

Los más pequeños, sobre todo Adrián, Ariadna y mi pequeña Ana, no se apartaban del calor que emitía. Miraban asombrados las llamas como si de algo mágico se tratara. Adrián intentaba tocarlas.

—¡No, Adrián!, ¡si lo tocas te quemarás!

Entonces, su hermana se dirigió a mí muy seria:

—¡No lo entiendes, él es muy pequeño y no sabe hablar!

Me dejó frío su forma de expresarse. En aquel momento, Ariadna no debía tener más de cinco años.

—Tienes razón, pero no podemos dejar que se queme.

—Ya lo sé, solo podemos estar muy cerca de él para que no le pase nada malo. —Me volvió a dejar helado—. Tomi, ¿cuándo vendrán mis padres?

—Pronto los encontraremos, ya lo verás, seguro que están esperándonos allí, en la frontera.

—¿Y por qué no han vuelto a por nosotros? —Ella insistía, y yo no sabía qué responder; así que le dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Mira, ¿ves toda esa nieve? Pues en el sitio al que nos dirigimos aún hay más. Seguramente, están esperando a que se derrita un poquito.

—¿Y entonces por qué no vienen, si nosotros vamos?

Ahí ya no supe qué decir. Disimulé como pude y llamé a Marí. No sabía cómo salir de esas preguntas con una niña de cinco años.

—Dime, Tomi.

—¿Puedes acercarte un momento?

—Claro. ¿Sucede algo?

—Es Ariadna. Es demasiado inteligente y no sé qué decirle sobre sus padres. Intento tranquilizarla, pero no sé cómo hacerlo. Por favor, échame una mano con ella.

—No te preocupes; al ser una chica sabré qué hacer.

—Gracias, Marí.

Me fui de allí y ayudé a preparar la comida. Mientras, los otros chicos, Javier, José, Carlos, Berni y mi gran amigo Barri jugaban en la nieve con Dólar, quien no parecía aburrirse. Mi madre, una vez hecha la comida, nos avisó a todos. Comimos y emprendimos de nuevo el camino hacia la libertad. Los más pequeños estaban muy cansados, por lo que los mayores tuvimos que cargar con ellos: unos en brazos y otros a caballito. Pasaron unas horas y la luz del sol se apagaba. Dim dijo que paráramos para buscar refugio. Se acercó a mí.

—Tomi, si no recuerdo mal, muy cerca de aquí hay una cueva. Debemos encontrarla pronto.

—Voy a avisar a los chicos.

—Es mejor que ellos busquen algo de leña para pasar la noche. Tú y yo bastamos para encontrar la cueva.

Así lo hicimos, después de unos minutos la encontramos tal como dijo: era enorme y profunda y, por suerte, a pesar del frío exterior, dentro casi se podía estar sin fuego. Fuimos a buscar a los demás. Los chicos encontraron raíces suficientes para pasar la noche.

Todos estábamos ya dentro. Cada cual buscó un sitio para sentarse o tumbarse. No había pasado mucho tiempo cuando caímos rendidos. Por fin, al despertar, haríamos la última caminata.

—Tomi, ayúdanos a tu madre y a mí a llamar a los demás.

—Cinco minutos más, por favor.

Me sentía tan cómodo y tan cansado a la vez que, por un momento había olvidado que ya no estaba en casa. Aun así, Dim me dejó para el último. Empezamos lo que sería para todos nosotros el fin de aquella odisea, la cual no podríamos olvidar ninguno jamás, exceptuando, quizás, a los más pequeños. Después de cuatro horas de un camino entre montañas escarpadas, conseguimos divisar la frontera. Con la ilusión de saborear la libertad, empezamos todos a correr montaña abajo. Recuerdo perfectamente cómo se reían los más pequeños: Javi, Carlos, José, Berni, Ariadna, Adrián, mi pequeña Ana y, por supuesto, mi guapísima Desi. Unos cincuenta metros nos separaban. Al fondo, entre paredes naturales, una entrada con barrera roja y blanca nos esperaba al final del camino.

Dos guardias en lo alto de aquellos muros y una decena vigilando el frente. De pronto, unos soldados, los mismos que se llevaron a mi padre, aparecieron por nuestra derecha entre los árboles, armados y disparando contra nosotros.

—¡Corred! —gritaban mi madre y Dim.

Las balas silbaban a nuestro lado. Todos nosotros, con los pequeños en brazos intentando protegerlos de aquellos disparos, corríamos sin mirar atrás. Estábamos apenas a unos metros para conservar la vida, cuando uno de ellos alcanzó a Dim, que iba él último. Tuvo que soltar de sus brazos a mi hermana Desi. Se levantó como pudo cojeando de la pierna derecha y, con un gran esfuerzo, de nuevo cogió a mi hermana. Los soldados de aquel país levantaron la barrera alentándonos para que la cruzáramos. Por suerte, conseguimos hacerlo. Nos giramos para saber que todos estábamos a salvo de aquellos locos. Por desgracia, faltaban dos: Desi y Dim.

—¡Corre, Desi, corre!

Mi hermana corrió hasta nosotros, y pudo salvar su vida. Dim sonreía de satisfacción al ver a salvo a Desi. Por desgracia, aquellos soldados se acercaban cada vez más a él. Estaba tumbado en el suelo sin moverse, no podía quedarme sin hacer nada. El miedo me empezaba a paralizar, pero mi mente y mi corazón me pedían que hiciera algo por él.

—¡Mamá, he de ir a ayudarle!

Al decirle aquello, me miró con lágrimas envolviéndole el rostro y, asumiendo el riesgo que correría, me dijo:

—¡Ve, hijo, ayúdale!

Iría a por él, pero no lo haría solo.

—¿Crees que vas a ir sin mí?

—Gracias, Barri, eres un gran tipo.

—Yo también le debo mucho.

Tal como dijo, vino conmigo. Las balas seguían silbando muy cerca de nosotros, aun así, llegamos hasta Dim y, agarrándolo por las axilas, lo trajimos hasta la libertad.

—¡Dim, Dim! —mi madre intentaba hablar con él—. ¡Por favor, ayuda, ayuda! —gritaba mamá a aquellos soldados.

No pasó ni un minuto cuando dos de ellos con el brazalete de la Cruz Roja llegaron hasta nosotros.

—Apártese, señora —le dijo el que parecía el médico.

—¡¿Vivirá?! Por favor, ¡dígame si vivirá!

Aquel hombre la miró con una sonrisa.

—Ha tenido suerte, vivirá.

Aquella bala le atravesó por encima de la cadera derecha y, por suerte, no le afectó a ningún órgano vital. Mi madre, una vez que nos dejó a todos instalados, fue con él; y no se separaría hasta que despertara. Ahora tendríamos que encontrar a todos los padres, el nuestro, los de Marí y Barri, los de Javi y Berni, los de José, los de Ariadna y Adrián y, por supuesto, los de Carlos; pero, si algo teníamos era tiempo para dar con ellos. En cuanto a Dim, se recuperaría, pues un Ángel, no puede morir.

Agradecimientos

Mi especial agradecimiento a Maite Cabañas por su ayuda y apoyo con este sueño, que me animó cuando lo creí imposible.

A Víctor J Sanz, por sus arreglos y esfuerzo por mejorar la gramática de esta novela.

A Joan Bibiloni, del bar sa taverneta, a Bernat Real y a Paco del bar Altura, ya que sin su financiación, tampoco hubiera podido realizarlo.

Y como olvidar a mi familia, en especial para vosotros; mi mujer, mis tres hijos y mi perrito Dolar.